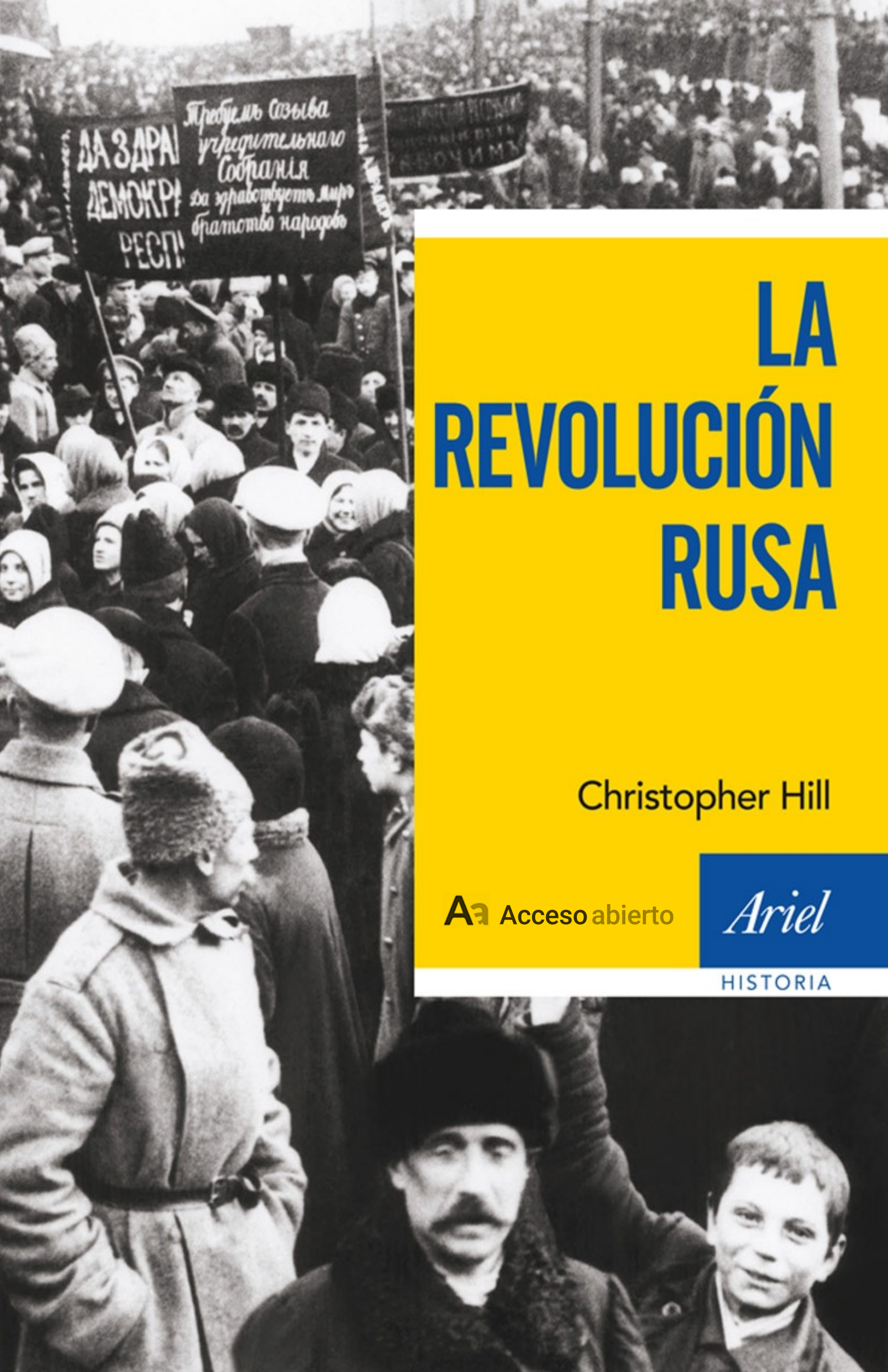

Требуемъ созыва
учредительнаго
Собранія
да здравствуетъ миръ и
братство народовъ
ДА ЗДРА
ДЕМОКР
РЕСП
LA
REVOLUCIÓN
RUSA
Christopher Hill
Acceso abierto
Ariel
HISTORIA

ÍNDICE

La revolución rusa
Christopher Hill



Título original: *Lenin and the Russian Revolution*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Everett Historical / Shutterstock.com

Traducción de Ángel Abad

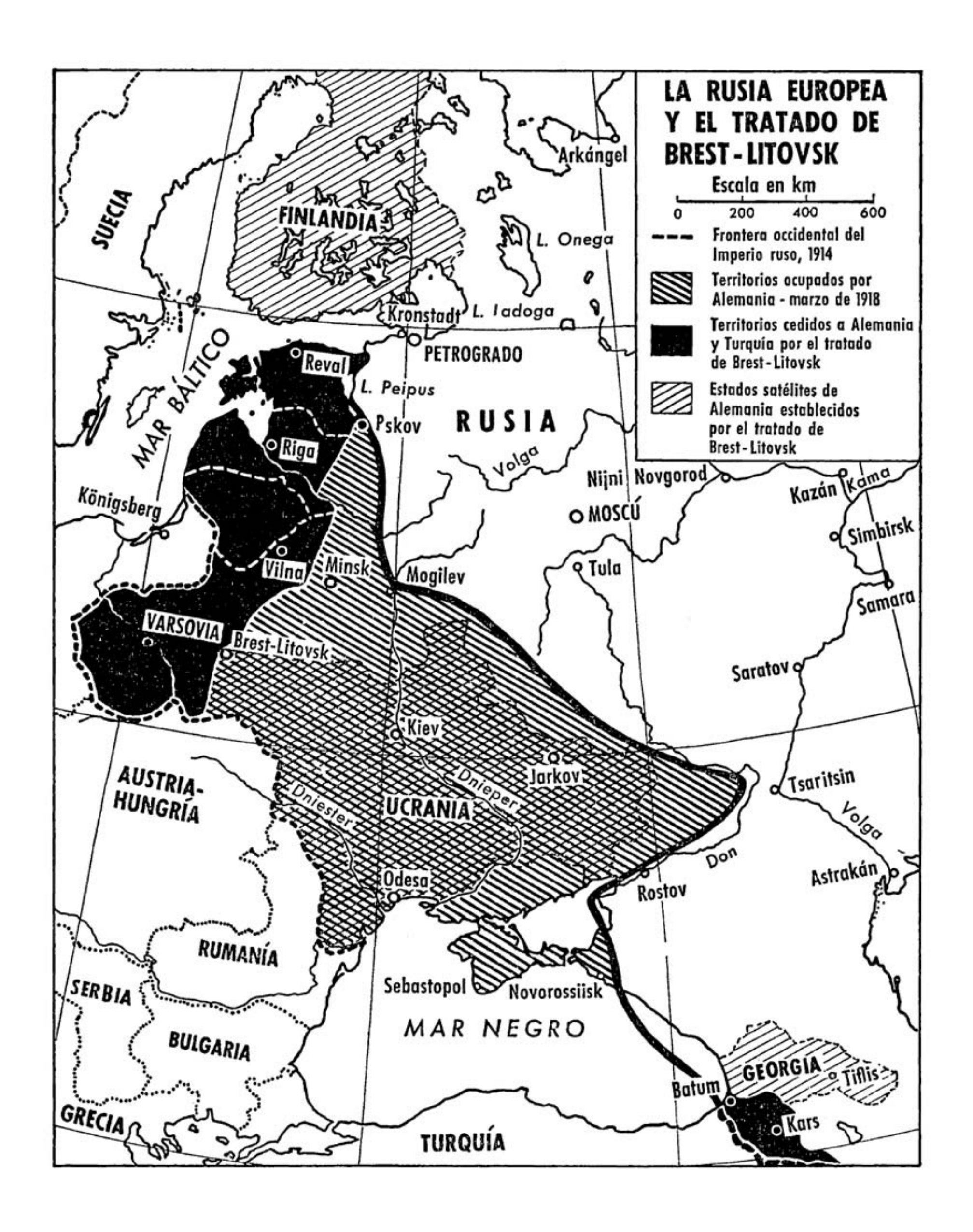
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es   www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-344-2535-4 (epub)

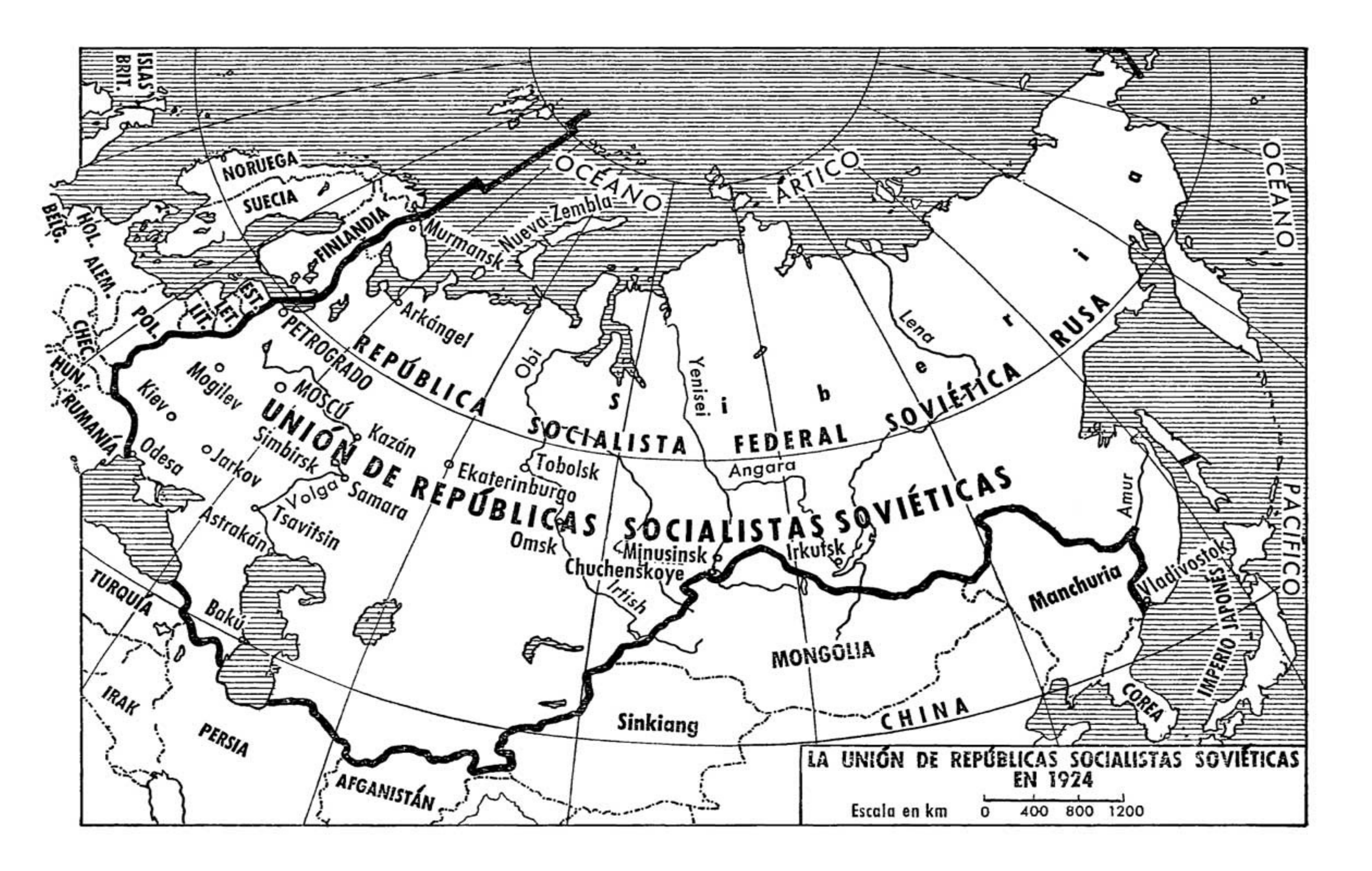
Conversión a libro electrónico: Ātona-Víctor Igual, S. L.

A Dona Torr



LA RUSIA EUROPEA
Y EL TRATADO DE
BREST-LITOVSK
Escala en km
0
200
400
600
Frontera occidental del
Imperio ruso, 1914
Territorios ocupados por
Alemania - marzo de 1918
Territorios cedidos a Alemania
y Turquía por el tratado
de Brest-Litovsk
Estados satélites de
Alemania establecidos
por el tratado de
Brest-Litovsk
SUECIA
FINLANDIA
Arkángel
L. Onega
Kronstadt
L. Ladoga
PETROGRADO
MAR BÁLTICO
Reval
L. Peipus
Pskov
RUSIA
Riga
Volga
Nijni Novgorod
Kazán
Kama
Königsberg
MOSCÚ
Simbirsk
Vilna
Minsk
Mogilev
Tula
Samara
VARSOVIA
Brest-Litovsk
Saratov
Kiev
AUSTRIA-
HUNGRÍA
Jarkov
Dnieper
Tsaritsin
Dniester
UCRANIA
Volga
Don
Odesa
Rostov
Astrakán
RUMANÍA
SERBIA
Sebastopol
Novorossiisk
MAR NEGRO
BULGARIA
GEORGIA
Tiflis
Batum
Kars
GRECIA
TURQUÍA


OCÉANO ÁRTICO
Tropas británicas: agosto de 1918-septiembre de 1919
Kolchak con tropas japonesas, checoslovacas, americanas, británicas y otras. Último avance - abril de 1919
Denikin con apoyo francés y británico. Último avance octubre de 1919
Ejército polaco. Último avance mayo de 1920
Yudenich, con apoyo británico - octubre de 1919
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Arkángel
MAR BÁLTICO
EST.
PETROGRADO
Volga
LETONIA
LITUANIA
MOSCÚ
Kazán
R U S I A
Simbirsk
Samara
Orenburg
Orel
POLONIA
Saratov
Kiev
Jarkov
Volga
Tsaritsin
UCRANIA
Don
Odesa
Astrakán
RUMANÍA
MAR CASPIO
BULGARIA
MAR NEGRO
Tiflis
RUSIA DURANTE LA INTERVENCIÓN
Escala en km
0 200 400 600
TURQUÍA


LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
EN 1924
Escala en km
0 400 800 1200
OCÉANO ÁRTICO
OCÉANO PACÍFICO
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
REPÚBLICA SOCIALISTA FEDERAL SOVIÉTICA RUSA
S i b e r i a
ISLAS BRIT.
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
BÉLG.
HOL.
ALEM.
POL.
CHEC.
HUN.
RUMANÍA
EST.
LET.
LIT.
Murmansk
Nueva Zembla
Arkángel
PETROGRADO
MOSCÚ
Mogilev
Kiev
Odesa
Jarkov
Simbirsk
Kazán
Samara
Volga
Tsavitsin
Astrakán
Ekaterinburgo
Tobolsk
Obi
Omsk
Irtish
Minusinsk
Chuchenskoye
Yenisei
Angara
Irkutsk
Lena
Amur
Vladivostok
IMPERIO JAPONÉS
Manchuria
COREA
MONGOLIA
CHINA
Sinkiang
AFGANISTÁN
PERSIA
IRAK
TURQUÍA
Bakú

INTRODUCCIÓN

I

A comienzos de 1917, Rusia, aliada a Inglaterra, Francia y Japón, estaba en guerra con Alemania. Sus pérdidas en dos años y medio de guerra habían sido enormes, y, a pesar de ello, no había conseguido ningún resultado positivo. Sus tropas estaban agotadas, mal equipadas, mal mandadas; la mayoría de los soldados no comprendían nada en absoluto de los motivos y los objetivos de la guerra. Doce años antes, la derrota de Rusia frente al Japón había desencadenado una revolución contra la autocracia del zar Nicolás II. Esta revolución había sido aplastada, aunque el zar hubo de hacer algunas concesiones, incluida la formación de una asamblea representativa, la Duma. Sin embargo, las posibilidades de acción que tenía este órgano se vieron reducidas enseguida, quitándosele casi todo su poder real. Y así, el gobierno del zar siguió tan corrompido y autocrático como antes, pero ahora se había enajenado la confianza de todas las clases de la sociedad.

El 12 de marzo de 1917, el gobierno del zar fue derrocado por una revolución casi incruenta en la capital. Las provincias

siguieron el ejemplo; los jefes del ejército se unieron a la Duma para pedir al zar Nicolás que abdicara; por fin, al cabo de trescientos años de haber conquistado el poder, la dinastía de los Romanov desaparecía casi sin ofrecer resistencia. Se estableció entonces un gobierno provisional que representaba a los partidos conservador y liberal, los cuales, conjuntamente, tenían mayoría en la Duma. Los miembros de este gobierno no habían sido, empero, los autores de la Revolución; no hicieron más que llenar el vacío de autoridad tras la abdicación del zar. En Petrogrado, el poder real pronto se vio que estaba en manos del soviet, un consejo revolucionario de delegados de los trabajadores. También había soviets en el ejército y en la marina, en Moscú y en ciudades de provincias, así como en distritos rurales. Se formó inmediatamente un Congreso de los Soviets, en Petrogrado, al cual enviaron delegados los soviets locales. Mientras tanto, el soviet de Petrogrado actuaba de hecho como un segundo gobierno, dictando órdenes y tomando medidas que los trabajadores y los soldados acogían mucho mejor que las dadas por el gobierno provisional. Las libertades de prensa y de reunión se empezaron a ejercer espontáneamente; los dirigentes revolucionarios salieron de las cárceles o regresaron del exilio.

Entre estos últimos llegó a Rusia, en abril, Lenin, quien enseguida empezó a atacar al gobierno, exigiendo el final de la guerra, la distribución de la tierra a los campesinos y la entrega del poder a los soviets. Gracias a este programa, el Partido Bolchevique se ganó un apoyo tan grande que puso fin a la fase de luna de miel de la revolución. El gobierno provisional se reorganizó rápidamente con sólo los partidos del Soviet que estaban de acuerdo en continuar la guerra. Kerenski fue nombrado primer ministro. Se lanzó una nueva ofensiva militar.

El Partido Bolchevique fue puesto fuera de la ley, y Lenin tuvo que esconderse.

Sin embargo, la continuación de la guerra no suscitó ningún entusiasmo. La consigna bolchevique de «paz, pan y tierra» fue ganando partidarios. En el frente, los ejércitos se disolvían y las tropas se dispersaban. En agosto, el general Kornilov intentó dar un golpe contrarrevolucionario, pero fue derrotado. No obstante, este hecho puso de relieve la debilidad del gobierno de Kerenski, quien no habría sido capaz de resistir el golpe de Kornilov de no haber sido por el apoyo que le prestó en esa ocasión el verdadero poder de entonces en Rusia: los soviets de delegados de obreros y soldados. Hasta ese momento, Kerenski se había mantenido en el poder apoyándose en la derecha para contrarrestar el avance de la izquierda; después de la derrota de Kornilov, no quedaba ninguna fuerza de la revolución a la derecha de Kerenski. El gobierno provisional había prometido redistribuir las tierras y convocar una asamblea constituyente; no cumplió nada de esto, y, a cambio, sólo ofrecía llamamientos patrioteros e impopulares para proseguir la guerra. En el soviet de Petrogrado, los bolcheviques obtuvieron entonces la mayoría. Y ya antes la habían conseguido entre las tropas y clases del ejército. Los días 6 y 7 de noviembre, los soviets tomaron el poder casi sin oposición. Se formó un gobierno presidido por Lenin, e inmediatamente se promulgaron leyes dando la tierra a los campesinos y nacionalizando las industrias básicas. El gobierno de Lenin anunció su decisión de poner fin a la guerra y de firmar una paz sin anexiones ni indemnizaciones.

En marzo de 1918, el gobierno revolucionario firmó, en Brest-Litovsk, la paz con Alemania, en condiciones muy duras para Rusia. Pero no había llegado aún el momento de la paz para

la nación, cansada ya de guerras. Los vencidos supervivientes del antiguo régimen quisieron volver atrás el reloj de la historia y, con ayuda de países extranjeros, pretendieron derribar el nuevo régimen revolucionario desencadenando una guerra en territorio ruso que duró casi tres años. Finalmente, las fuerzas soviéticas derrotaron a la coalición de «catorce naciones» y se abrió para la nueva república un esperado y urgente período de reconstrucción nacional. En 1921 se introdujo la llamada «Nueva Política Económica», que señaló el comienzo de una lenta recuperación. Al año siguiente, Lenin sufrió un atentado de resultas del cual quedó paralítico. Y en enero de 1924, murió.

II

Éstos fueron los principales acontecimientos de la Revolución rusa hasta la muerte de Lenin. Espero que este breve anticipo ayudará al lector a seguir los hilos de la trama en esta obra. El poco espacio disponible no da para escribir una historia de la Revolución rusa, de la que, por lo demás, ya hay muchas; tampoco ha sido intención mía escribir una biografía de Lenin. Lo que sí he intentado es establecer el lugar que debe ocupar Lenin, y la revolución que fue la obra de su vida, en la historia. Por esta razón, he seleccionado, para examinarlos con mayor detenimiento, aquellos aspectos de la actividad y el pensamiento de Lenin, así como aquellos trances decisivos de la revolución, que a mi parecer tienen una significación que rebasa lo anecdótico y local. Así, por ejemplo, el propio partido bolchevique, y lo que le diferencia de los otros partidos

socialistas; la política agraria de este partido en un país en el que los campesinos constituían el 80 por ciento de la población; la filosofía política que inspiró la revolución y el Estado soviético; la crítica de Lenin al imperialismo y su definición de la política nacional e internacional, que los dirigentes del Estado soviético habrían de seguir después de él: temas todos ellos merecedores de consideración, a falta de la cual me parece imposible llegar a comprender la Revolución rusa.

Por razones de sencillez, he empleado siempre la nueva forma de fechar introducida por la revolución, aunque en Rusia se adoptase posteriormente. Para convertir las fechas a la antigua usanza hay que restar doce días en el siglo XIX y trece entre 1900 y el 14 de febrero (1.° en la forma nueva) de 1918. He conservado los nombres tradicionales de Revolución de Febrero y Revolución de Octubre, aunque, de hecho, estas revoluciones sucediesen en marzo y noviembre, respectivamente, según el calendario gregoriano (el 27 de febrero del viejo calendario es el 12 de marzo del nuevo; el 24 y el 25 de octubre, corresponden, pues, según el viejo calendario, a los días 6 y 7 de noviembre). Antes de 1914, me refiero a la capital de Rusia con el nombre de San Petersburgo, rebautizada después como Petrogrado. Hoy, por supuesto, la llamamos Leningrado: la ciudad de Lenin.

Normalmente, al citar obras de Lenin el lector debe sobreentender que me refiero a las traducciones inglesas corrientes; no obstante, he confrontado estas traducciones con el original ruso (3.ª ed.) y en algunos casos he introducido modificaciones de las que únicamente yo soy responsable.

Debo añadir que han sido muchas las personas que me han ayudado a escribir este libro. En especial, doy las gracias a la señorita Dorothy Marshall, al señor Rodney Hilton y a su

esposa, a los señores Maurice Dobb, Donald Pennington, A. L. Rowse, director de la colección a que pertenece esta obra, y sobre todo, a la señorita Dona Torr.

PARTE PRIMERA

ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Capítulo I

LAS CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN

> Muchas cosas hay en el mundo que tendrán que ser destruidas a sangre y fuego.
>
> Lenin, 1915

I

En 1917, en dos revoluciones, el pueblo ruso destronó a su zar, quitó su carácter oficial y de Estado a su Iglesia y expropió a su aristocracia. En Inglaterra y en Francia, todo esto había sucedido bastante antes: en Inglaterra, durante la guerra civil del siglo XVII; en Francia, cuando la Revolución de 1789. De manera que, al tratar sobre la Revolución rusa, lo que hemos de preguntarnos no es ¿por qué sucedieron estos violentos acontecimientos en Rusia en 1917? —una época en que la Europa occidental evolucionaba, en comparación, de modo pacífico y constitucional—, sino ¿por qué tardaron tanto en producirse en relación con otros países europeos? La primera pregunta podría llevarnos a suponer que la revolución sangrienta es algo peculiar de Rusia, y si seguimos por este camino antes de que nos demos cuenta estaremos diciendo tonterías sobre el alma

eslava. De todas maneras, en la revolución de 1917 hay aspectos que son ciertamente muy rusos; pero es muy importante que quede claro desde el principio que Rusia, con su revolución, ponía fin a la Edad Media de la misma forma que habían hecho los ingleses en 1640 y los franceses en 1789. Y por eso ahora podemos y debemos preguntarnos por qué fue tan tardío el desarrollo de los acontecimientos en Rusia.

La razón más importante, fundamental, es que en Rusia no surgió una clase media independiente. En la Europa occidental, los siglos XVII, XVIII y XIX fueron la época de la expansión capitalista durante la cual las clases mercantil e industrial arrebataron el poder económico, primero, y después el político, a las aristocracias terratenientes y a las monarquías absolutas. Durante toda la época heroica del capitalismo occidental, la economía rusa era como un gran charco de agua estancada; su comercio lo controlaban grupos extranjeros y sus escasas industrias eran feudo del zar o de otros señores feudales. La clase media rusa se desarrolló muy tarde y con mucha lentitud; la envergadura de sus operaciones mercantiles era de poca monta, y nula su independencia política. De ahí que el liberalismo, que fue la filosofía de la burguesía ascendente en Occidente, no tuviera raíces sociales en Rusia. El poder seguía estando exclusivamente en las manos del zar autocrático, que gobernaba por medio de una burocracia corrompida y se apoyaba en una aristocracia omnipotente en el campo y dueña y señora de todos los cargos de importancia en el ejército y la administración.

La primera oportunidad que tuvo el liberalismo en Rusia fue después de las tremendas derrotas sufridas en la guerra de Crimea (1853-1856). Estos desastres demostraron que las guerras ya no podían ganarse sin una moderna industria, y además pusieron al

desnudo la más total desorganización de la maquinaria estatal. En 1861, con la abolición de la servidumbre se inició un período de reformas económicas y políticas. También se introdujeron, desde arriba, algunas de las técnicas de la civilización occidental, pero los cambios nunca gozaron del respaldo de una clase media competente y segura de sus posibilidades, capaz además de ponerlos en práctica y hacerlos realidad hasta en los niveles más bajos de gobierno. Tales innovaciones no pasaron de ser, por lo general, una ficción, una fachada tras la cual la aristocracia y la burocracia seguían monopolizando el poder. No había en Rusia base social capaz de asimilar y aprovechar las nuevas corrientes.

Estas ideas liberales que habían penetrado en el país constituían un credo ideológico extraño, accesible sólo para gentes de buena posición; además, ese credo ya había empezado a sufrir ataques en el propio Occidente. En 1861, los románticos denunciaron ya la fealdad del industrialismo, y los socialistas las desigualdades inherentes al capitalismo. Nada extraño era, por tanto, que de entre los primeros oponentes al zarismo pocos fueran los que desearan aprovechar e imponer las instituciones e ideas del parlamentarismo occidental. Los conservadores eslavófilos idealizaban «las viejas tradiciones del alma eslava», procurando convertir en una virtud el hecho de que el desarrollo social de Rusia marchara con tres siglos de retraso respecto a Occidente. Otra tendencia de pensamiento, más democrática, soñaba con que Rusia podría pasar directamente a un tipo particular de socialismo-anarquismo campesino, sin sufrir la industrialización, a la que atribuían todos los males padecidos por Occidente. Pero estos «naródniki» (populistas), con su mística fe en «el pueblo» (*narod*, en ruso), eran «aristócratas con mala conciencia», terratenientes avergonzados de la vida que se

daban a costa de los campesinos. Y su ambiente, educación y simpatías nada tenían que ver con los campesinos reales, a los que, en realidad, temían. Estos intelectuales de los años setenta y ochenta del siglo XIX que querían «ir al pueblo», vivir y trabajar en las aldeas, encontraron que les era incluso muy difícil ser comprendidos por los campesinos analfabetos, dominados por sus popes, cuya filosofía política se limitaba a conservar una vaga esperanza religiosa en que, algún día, el zar, un ser tan distante e hipotético como el propio Dios, vendría a sacarles de la miseria y castigar a sus opresores. Y, como dice el proverbio ruso, «Dios está en los cielos, el zar está lejos», pero el terrateniente, éste, seguía estando presente, muy presente, en cada lugar.

El rápido desarrollo industrial de las tres últimas décadas del siglo XIX trajo consigo cambios sociales. Pero ese desarrollo lo financió casi por entero el capital extranjero, y tuvo escasos efectos sobre la posición de la clase media nativa. La burguesía rusa dependía de Occidente en cuanto al capital, la técnica y las ideas políticas; de ahí que tuviera que invocar la protección del estado zarista para hacer frente a sus rivales, más poderosos económicamente. Esta clase no tuvo la menor pretensión de desafiar la dominación política de la monarquía y la gran burguesía hasta que, ya en el siglo XX, el régimen social imperante demostró, ante las exigencias de la guerra moderna, su absoluta incapacidad y corrupción, su impotencia incluso para mantener el orden y la estabilidad financiera.

II

Por aquel tiempo, apareció en escena un nuevo poder: el movimiento obrero, nacido con la industrialización. El proletariado ruso, extraído de sus míseras parcelas de tierra, conducido como rebaño a las fábricas y las minas, hacinado en barracones insanos, trabajando jornadas larguísimas, pésimamente pagado, tomó consciencia de sí mismo con una gran rapidez, en condiciones muy favorables para la unión, la solidaridad de clase, la organización y el desarrollo de un movimiento de masas revolucionario. Debido a que el desarrollo capitalista había sido tan tardío en Rusia, muchos sectores de la industria saltaron de golpe del estadio artesanal al de la gran fábrica dotada con el equipo más moderno. Por lo general, las fábricas estaban en manos, bien de firmas extranjeras, interesadas ante todo en obtener beneficios rápidos, bien de capitalistas rusos, menos preparados y eficientes y que, por consiguiente, sólo podían competir reduciendo los costes al máximo. Así se explica que en las fábricas rusas hubiera cada año más víctimas que durante toda la guerra ruso-turca de 1877-1878. La lucha de clases se mostraba completamente sin máscara.

A diferencia de la clase media, el proletariado ruso heredó de Occidente una ideología que convenía plenamente a su vitalidad. Las revoluciones de 1848 y la Comuna de París de 1871, junto con los escritos teóricos de Marx y de Engels y la experiencia política de los partidos de la Segunda Internacional, habían permitido la formación de un cuerpo doctrinal socialista y de tradiciones de una revolución específicamente obrera. Esta «revolución proletaria», según la teoría marxista que Lenin adoptó, vendría a establecer el socialismo bajo la dirección de la clase obrera, de la misma manera que las «revoluciones burguesas» de 1640 y 1789 habían llevado a la dominación

política de la clase media.[1]

Hasta el momento he estado intentando responder a aquella primera pregunta que me hice al principio: ¿por qué tardó tanto en producirse en Rusia, respecto de Inglaterra y Francia, la revolución que abolió el absolutismo y liquidó los restos del feudalismo? Con lo que llevamos dicho, hemos de hacer ahora una segunda pregunta: ¿por qué triunfó una revolución socialista, que hizo innecesarios, o bien que no precisó, el capitalismo y el liberalismo, en un país como Rusia, de relativo atraso industrial, en un momento en que los partidos obreros de Europa occidental actuaban, bien como oposiciones parlamentarias legales, bien como ramas subsidiarias de partidos liberales aún más respetables que los anteriores? Por el momento, me limito a exponer la pregunta. Lenin se ocupó de esta cuestión con ahínco, y su respuesta espero quedará clara en todo lo que sigue. De todas maneras, tenemos claro ya un punto concreto. En Inglaterra, Francia y Alemania, gracias a la fuerza y madurez alcanzadas por la tradición liberal, el movimiento obrero propendió a dejarse absorber con actividades parlamentarias y «reformistas». En Rusia, donde no existía esa tradición, y donde tampoco era posible introducir reformas por procedimientos constitucionales, la situación se radicalizó mucho más, hasta el punto que allí, en los años setenta y ochenta del siglo XIX, hubo aristócratas e intelectuales radicales metidos a revolucionarios y terroristas. Desde sus primeros comienzos, los dirigentes del movimiento obrero ruso dieron por supuesto, y correctamente además, que para obtener las reformas que exigían era previo y necesario derrocar por la violencia el régimen existente. Lo que decía el *Manifiesto Comunista* podía aplicarse casi letra por letra a los trabajadores de las fábricas rusas: no tenían otra cosa que

perder que sus cadenas; y tenían todo un mundo que ganar.

III

La Revolución rusa fue hecha contra la autocracia de los zares, una clase de gobierno que en Inglaterra no se conocía desde el siglo XVII. Varias razones explican la supervivencia de ese régimen en Rusia. El país había sido siempre demasiado grande, sus comunicaciones pésimas y esto hacía imposible en la práctica administrarlo de manera eficiente desde un centro único. Pero, por otra parte, la defensa militar de un país así, con estepas abiertas e inmensas, exigía un gobierno muy centralizado puesto bajo la dirección de un solo líder. Y así fue como la autocracia de los zares pudo sobrevivir, porque al menos daba un poco de uniformidad a la administración de la muchedumbre de pueblos, atrasados y analfabetos, que componían el vasto Imperio ruso.

Pero, ya a finales del siglo XIX, la máquina de vapor y el telégrafo habían convertido la autocracia zarista en un anacronismo completo. Sin embargo, las instituciones políticas y sociales resisten y sobreviven mucho tiempo después de haber desaparecido la razón de su existencia. El zar Nicolás II todavía creía, en el siglo XX, en la idea de que él era zar por derecho divino y que le correspondía la obligación moral de mantener intocable e inconmovible la estructura del absolutismo; la cual o se conservaba enteramente como estaba, o desaparecería por completo. En cierto modo, tenía razón el zar en pensar así.

El Estado ruso era la negación de la democracia; ahora bien, no se podía introducir la democracia sin permitir, al mismo

tiempo, que el capitalismo se desarrollase. Lo cierto es que la posibilidad de introducir en Rusia formas responsables de autogobierno dependía, en primer lugar, de la mejora de las comunicaciones. Hasta que la enseñanza, la educación política incluida, no llegase hasta las aldeas más apartadas con la ayuda del ferrocarril y el teléfono, no se podía pensar con realismo en constituir administraciones y gobiernos locales autónomos; hasta que los aviones y, más tarde, la radio permitieron una comunicación rápida con la capital, la burocracia existente tuvo que someterse a dictados y normas muy generales sin posibilidad de examinar y atender como convenía cada caso particular.

Y es que la burocracia no podía ceder en lo más mínimo, no podía adaptarse por sí misma a las nuevas situaciones. Aquella burocracia estaba íntimamente vinculada a la dominación de clase de la gran burguesía, y sostenía a capa y espada su idea de «después de nosotros, el diluvio». Esto significaba que estaba en oposición consciente al desarrollo de aquellas fuerzas de producción las cuales, y sólo ellas, podían haber creado condiciones para la transformación del gobierno burocrático. Y de ahí la revolución. El que en Rusia se desarrollase el respeto por la persona humana dependía, paradójicamente, y en primer término, de la difusión de las innovaciones tecnológicas. Ahora bien, como dijo Lenin en una de sus célebres frases epigramáticas, que bastaban para iluminar extensos campos de oscuridad: «La electrificación es la base de la democracia».

La causa fundamental de la Revolución rusa, por consiguiente, fue la incompatibilidad del Estado zarista con las exigencias de la civilización moderna. La guerra aceleró el desarrollo de las crisis revolucionarias, pero sus profundas causas subyacentes no podían eludirse en tiempos de paz. En 1904,

vemos al ministro del Interior (departamento responsable del mantenimiento del orden) defender la idea de desencadenar «una pequeña guerra victoriosa» como único medio que se le ocurría a él para abortar la revolución que se avecinaba. Pero, en lugar de eso, la guerra perdida frente al Japón dio lugar a la revolución de 1905; las derrotas sufridas en la guerra de 1914 a 1917 llevaron por vía directa a la catástrofe final de 1917. «La Revolución ha estallado —escribió Bruce Lockhart, testigo de la misma— porque al pueblo ruso se le ha terminado la paciencia y porque esto ha sucedido bajo un sistema de ineficiencia y corrupción sin paralelo posible.»

Pero si bien la guerra fue la causa inmediata de la revolución de 1917, no hemos de perder de vista las circunstancias en que el gobierno zarista entró en la guerra de 1914-1918, circunstancias que eran el producto de todo el atraso histórico de Rusia. El capital necesario para financiar su rápido desarrollo industrial y ferroviario y para dar empleo a los millones de braceros liberados de la servidumbre por la «emancipación» de 1861, había venido del exterior. Antes de 1914, todas las grandes centrales hidroeléctricas existentes en Rusia eran propiedad de extranjeros, así como el 90 por ciento de todas las acciones de sus empresas mineras. Los ferrocarriles rusos habían sido construidos con capital inglés y francés; el capital francés era predominante en las industrias metalúrgicas y del carbón de Ucrania, y el británico en el petróleo del Cáucaso. Alemania, ocupada en su propia y vertiginosa expansión tras la guerra franco-prusiana, tenía menos capitales disponibles para su exportación, y tampoco estaba muy interesada en tener un vecino, Rusia, fuertemente industrializado. De ahí que los banqueros franceses se convirtieran pronto en los principales acreedores de Rusia, y

como, por aquellos años, Europa se hallaba dividida en dos campos rivales, estos préstamos adquirieron una clara significación política.

El año decisivo fue 1906, primer año de vigencia de la Constitución arrancada a Nicolás II por la revolución de 1905. En su Manifiesto de 30 de octubre de 1905, el zar había prometido «establecer como principio intangible que ninguna ley será promulgada sin el consentimiento de la Duma del Estado y, además, que a los elegidos por el pueblo se les concederá la posibilidad de participar realmente en la supervisión de la legalidad de las acciones de las autoridades nombradas por Nos». De haberse hecho realidad estas promesas, la Duma quizás habría podido llegar a controlar el gasto del Estado, y con él, la política del gobierno. Pero Nicolás II tenía intenciones muy diferentes. En abril de 1906, un sindicato de banqueros de diversos países, principalmente franceses (que gozaban del respaldo de su gobierno), acordó otorgar un crédito de 2.250 millones de francos al gobierno del zar —«el préstamo más grande que se haya concedido jamás en la historia de la humanidad», según comentó con orgullo el primer ministro ruso.

Sobre esa base, Nicolás II podía entrometerse en el funcionamiento de la Duma y manejarla para sus designios. Cuando la asamblea de representantes del pueblo ruso —la Duma— se reunió un mes más tarde, el primer proyecto de ley que el gobierno del zar sometió a su consideración fue una donación a fondo perdido para la construcción de una biblioteca y un conservatorio en una universidad de provincias. Tras dos meses de celebrar sesiones, la Duma fue disuelta. A finales de 1905, el soviet de San Petersburgo había lanzado la amenaza de que la revolución triunfante repudiaría todas las deudas

contraídas por el gobierno zarista. Los miembros de la oposición en la Duma se retiraron a Finlandia, un territorio relativamente libre, e hicieron un llamamiento al país para que se negara a pagar impuestos y a reconocer los préstamos contratados sin el consentimiento de la Duma. Pero el pueblo no respondió. La revolución había sido derrotada; los dividendos de los inversores franceses parecían haber quedado firmemente asegurados.

El precio de todos estos manejos se pagó muy pronto. Mientras se negociaba sobre el préstamo, se celebraban también las sesiones de la Conferencia de Algeciras. En esta conferencia, Inglaterra y Francia actuaban juntas y en oposición a las pretensiones de Alemania en Marruecos; como contrapartida por el préstamo, el zar Nicolás II dio instrucciones a los representantes rusos en la Conferencia de Algeciras para que apoyaran las posiciones franco-británicas. Frente al bloque que le presentaron Francia, Inglaterra y Rusia, Alemania tuvo que ceder. Al año siguiente, se hicieron grandes esfuerzos por remendar, aunque fuera a base de parches superficiales, las relaciones ruso-británicas, tradicionalmente malas. Así se fueron levantando los dos bloques que se enfrentarían en 1914.

IV

Era inevitable que la guerra fortaleciese las posiciones de la burguesía, que había prosperado con el tardío pero rápido desenvolvimiento del capitalismo en Rusia. También dio algunas fuerzas a la posición de la Duma del Estado. Porque sólo esta última, en colaboración con la Unión de los Zemstvos y la

Unión de las Ciudades, podía movilizar las energías y los impulsos necesarios para producir municiones, pertrechos militares y dotaciones a la Cruz Roja en la cantidad requerida. El primer ministro advirtió al presidente de la Duma —Rodzianko— que las cuestiones de municionamiento y el abastecimiento de víveres no eran de su competencia y que no le correspondía «interferirse en asuntos relativos a la marcha de la guerra». Rodzianko quiso organizar una amplia reunión de alcaldes y jefes de zemstvos, a instancias del comandante en jefe del ejército, para ver de organizar mejor el suministro de botas a las tropas; pero el ministro del Interior prohibió la reunión, pues sospechaba que la verdadera finalidad de tal reunión era recabar adhesiones a favor de una Constitución. El general Brusílov, quien se quejaba reiteradamente de la escasez de toda clase de equipos y suministros militares, hizo notar que el ministro de la Guerra no perdía ocasión de atacar y hostilizar a la Duma, en lugar de colaborar con ella.

En estas circunstancias, era difícil que los patriotas, disgustados por la idea de que los soldados fueran al frente descalzos, no alimentasen sentimientos subversivos. La guerra hacía prosperar a comerciantes y financieros, y por esta razón, incluso entre los círculos gubernamentales y cortesanos, había personas nada entusiastas de la guerra (incluida la zarina), y deseosas de firmar una paz por separado con Guillermo II, por cuyo sistema de gobierno sentían vivas simpatías, más desde luego que por el parlamentarismo de Francia o Inglaterra.

Conforme la guerra seguía su curso, la incompetencia (por no decir otra cosa) de los gobiernos nombrados por el zar, así como la necesidad de mantener a Rusia dentro de su bloque militar, obligaron a los embajadores de Francia e Inglaterra, cada

vez más, a buscar la alianza con la Duma del Estado y con la oposición liberal. Presionaron al zar para que diese rienda suelta a las energías frustradas del país y las agrupara a favor del esfuerzo de guerra mediante la cooperación con las instituciones representativas rusas. Lenin (y, con él, muchos otros) sospechó siempre que la Revolución de Febrero de 1917 la tramaron los embajadores de Francia e Inglaterra. Tal vez esto no haya sido literalmente cierto, y por otra parte, sir George Buchanan, embajador británico, tenía la suficiente perspicacia y lucidez para saber que, una vez iniciada una revolución, habría sido muy difícil detenerla; empero, esa afirmación es congruente con la lógica de la situación. Es cierto que el gobierno formado de resultas de la Revolución de Febrero estaba ligado a Francia e Inglaterra por lazos y compromisos estrechísimos. Dependía de estos países completamente en todo lo relativo a pertrechos y suministros militares, condición esencial para mantener a Rusia en la coalición de guerra, ganar para ésta el control de los Estrechos y las demás conquistas territoriales prometidas en los acuerdos secretos. Pero lo que las potencias capitalistas occidentales ya no tenían tiempo de salvar era la propia monarquía rusa.

En verdad que habría mucho que discutir sobre lo dicho por Lenin de que lo único que podía dar la auténtica independencia nacional a Rusia era abandonar la guerra y repudiar las deudas contraídas por los gobiernos zaristas con países extranjeros, actos que suponían una revolución mucho más radical y completa que la de febrero de 1917, que llevó al poder a un gobierno liberal basado en la Duma. En 1916, los intereses y amortizaciones que pesaban sobre la deuda pública ascendían a más del total de los ingresos del Estado: la mitad se debía directamente a bancos y

gobiernos extranjeros, deuda exterior que fue aumentando vertiginosamente.

V

A la edad de veinticinco años, Lenin había trazado un proyecto de programa para el aún inexistente partido socialdemócrata ruso. En una «Explicación» anexa a ese proyecto, incluyó un notable pasaje sobre los efectos de las inversiones extranjeras (que por entonces acababan de comenzar) sobre el proceso de la revolución rusa. «Últimamente, los capitalistas extranjeros están invirtiendo con ansia sus capitales en Rusia; están levantando empresas filiales aquí y constituyendo compañías cuyo objeto es formar más empresas nuevas en Rusia. Esos capitalistas extranjeros se han lanzado con auténtica hambre sobre este joven país, cuyo gobierno se muestra más amistoso y agradecido para con el capital que ningún otro, donde los trabajadores están menos unidos y en peores condiciones para resistirles que en los países occidentales; y donde el nivel de vida (y, por tanto, los salarios) es más bajo, de manera que los capitalistas extranjeros pueden obtener mayores beneficios que en sus propios países. El capital internacional tiene ahora por objetivo a Rusia. Ahora es cuando los obreros rusos pueden estrechar sus manos con el movimiento obrero internacional.»

Resumiendo brevemente el tema: el desarrollo del capitalismo en la Rusia de finales del siglo XIX creó las condiciones favorables para que se produjera una revolución contra el Estado zarista. Al mismo tiempo, el atraso del

capitalismo nacional ruso, y la debilidad del gobierno dominado por los grandes terratenientes hicieron de Rusia un país atractivo para los inversores extranjeros. La inversión exterior aceleró el crecimiento del capitalismo en Rusia, y, con él, el desarrollo de un movimiento de la clase obrera que tuvo a su disposición toda la experiencia del movimiento obrero de Occidente, con el cual se vinculó. Precisamente, lo que indujo al gobierno francés a acudir solícito en ayuda del zarismo, en 1906, fue el temor al movimiento obrero ruso. El zar fue sostenido frente a una revolución burguesa por miedo de que ésta llegara demasiado lejos. Sin embargo, cuando el gobierno del zar tuvo que pagar el precio por participar en la guerra contra Alemania, los intereses de los capitalistas, tanto rusos como de los demás países occidentales, coincidieron en un objetivo: estimular el desarrollo del parlamentarismo liberal y el control burgués, lo cual produjo, finalmente, la Revolución de Febrero de 1917.

Empero, esos intereses comunes de capitalistas rusos y occidentales habían coincidido demasiado tarde. En efecto, para entonces el movimiento obrero ya se había desarrollado hasta tal punto que estaba en condiciones de barrer el débil gobierno liberal, el cual tuvo tan poca base social en el interior de Rusia como el propio gobierno zarista en sus últimos días. Con el triunfo de los bolcheviques en noviembre de 1917, desaparecían juntos el capitalismo ruso y las inversiones exteriores. Como advirtiera el poeta Blok a la intelectualidad rusa nueve años antes, «la historia, esa misma historia que, según dicen, puede ser reducida a simple economía política, ha puesto una auténtica bomba sobre la mesa».

VI

Hasta este momento nos hemos referido solamente a las causas generales y más impersonales de la Revolución rusa. Ahora bien, las causas cuyos orígenes se remontan incluso a siglos atrás obran sus efectos a través de agentes humanos. En Rusia, las razones inmediatas de la Revolución hay que buscarlas alrededor de la personalidad del zar, Nicolás II. Según todas las fuentes, Nicolás era un buen esposo y un excelente padre. También lo fueron Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia, quienes, en circunstancias históricas similares, descubrieron que las virtudes privadas no eran equivalentes ni sustituto de la sensibilidad y el buen sentido políticos —y tampoco, podríamos añadir quizá, de la honestidad política—. Nicolás compartía el punto de vista de Carlos I según el cual el simple hecho de haber sido coronado y de haber prestado juramento le absolvía, si le convenía, de cualquier otro tipo de compromiso solemne. Lo que significaba, por supuesto, también, si ello le convenía a la zarina, puesto que Nicolás II, falto por completo de voluntad y carácter, estaba enteramente dominado por su esposa. Ironía de la historia que ha sido observada con frecuencia: Carlos I, Luis XVI y Nicolás II fueron hombres entregados, dominados por odiadas esposas extranjeras cuya ineptitud e intrusismo político convirtieron en cosa cierta la probabilidad de su ruina: la francesa, la austríaca y *Nemka* (la alemana), respectivamente. Pero el paralelo histórico termina aquí en nuestro caso, porque ni Laud ni Cagliostro pueden ser comparados ni de lejos con Rasputín, el inefable bribón que gobernaba a la zarina igual que ésta a su marido.

Rasputín era, notoriamente, un corrompido, un disoluto completo, y muy probablemente, cuando menos, era manejado

por agentes alemanes. No obstante, a través de la zarina era capaz de conseguir que sus amigos fueran nombrados obispos y arzobispos, y hasta dar pábulo a la idea de que era un santo de una clase nueva; al final, llegó a imponer prácticamente la formación de gobiernos, influyendo de esta suerte sobre la orientación de la política y la marcha de la guerra. Al zar le pasaban informes completos de las licencias y los excesos de Rasputín, pero aquél se negaba a aceptarlos, cayendo en desgracia todos sus correveidiles bienintencionados. La prensa tenía terminantemente prohibido mencionar el nombre de Rasputín (la prensa legal, naturalmente). Algunos consideraban como circunstancia atenuante el que las relaciones de la zarina con Rasputín eran, sin duda, del todo inocentes; ocurría que este último tenía una cierta y curiosa influencia hipnótica sobre un hijo de la zarina, hemofílico, y esto era lo que convencía a la histérica madre de que Rasputín era «un enviado de Dios».

Para que podamos captar hasta qué punto Rasputín era dueño de la situación, merece la pena que leamos alguna de las cartas de la zarina a su esposo, escritas cuando éste estaba lejos, con el ejército, y la mujer era de hecho el jefe del gobierno. Veremos cómo los méritos de los ministros del gabinete, los jefes del estado mayor, del propio comandante en jefe del ejército, eran valorados según su actitud para con Rasputín.

«*Cant you realize that a man [the Grand Duke Nicholas] who turned simple traitor to a man of Gods, cannot be blessed, nor his actions be good?*»,[2] escribía la zarina en junio de 1915. Dos meses después el Gran Duque Nicolás era destituido de su cargo de comandante en jefe, que asumió el propio zar contra el consejo escrito de ocho de sus ministros. Brusílov consideró que esta acción sellaba el destino de la monarquía: en adelante, el zar

sería el único responsable de las derrotas que sufriera el ejército. En febrero de 1916, la zarina impuso el nombramiento de un primer ministro totalmente incapaz, Stürmer, quien, según comentarlo de un amigo suyo, consideraba que la guerra era «la mayor desgracia que le podía sobrevenir a Rusia y que además no tenía la menor justificación política». Por otra parte, la zarina escribió que Stürmer «valora mucho a Gregory [Rasputín], lo cual es una gran cosa». En noviembre: «Nuestro Amigo [Rasputín] dice que Stürmer puede seguir por un tiempo de primer ministro», pero que debería cesar como ministro de Asuntos Exteriores. Como así fue, en efecto.

El nombramiento más ultrajante para la opinión pública fue el de Protopopov, un liberal renegado miembro de la Duma y conocido por su progermanismo, como ministro del Interior, en septiembre de 1916. La zarina le recomendó para este puesto clave con estas curiosas palabras: «Aprecia mucho a nuestro Amigo al menos desde hace cuatro años, y eso dice mucho de un hombre… Yo no le conozco personalmente, pero creo en la sabiduría y el consejo de nuestro Amigo… Escuchémosle a Él, quien sólo quiere vuestro bien; a Él le ha dado Dios más clarividencia, sabiduría y luces que a todos los militares juntos».

El zar no estaba convencido del todo, pero al saber que Rasputín había tenido una «pequeña rabieta», Protopopov fue nombrado. A través de este personaje, Rasputín pudo controlar directamente la política interna. La zarina escribió un mes después de su nombramiento: «Perdóname por lo que he hecho —no tenía otro remedio—; nuestro Amigo dijo que era *absolutamente* necesario. Protopopov está consternado por haberos dado ese documento el otro día, él pensaba que era lo correcto hasta que Gr[egory] le dijo que era un completo error.

Hablé con Stürmer ayer y los dos creen en lo maravilloso que es nuestro Amigo, al que Dios envía sabiduría. Stürmer os envía un nuevo correo con otro documento para que lo firméis»… según el cual Protopopov, muy a pesar suyo, se hacía cargo de la distribución de alimentos a toda Rusia. La revolución estalló cuatro meses después.

Los ministros no sólo eran incapaces hasta la desesperación, sino que, además, se les sustituía con una rapidez asombrosa conforme la situación iba de mal en peor. En los dos años anteriores a la Revolución de Febrero, hubo cuatro primeros ministros, seis ministros del Interior, cuatro ministros de la Guerra y otros cuatro de Agricultura. Esta especie de juego de «salta-la-burra ministerial» en tiempo de guerra y de aguda crisis interna contribuyó en no menor medida que las arbitrarias interferencias de la zarina y Rasputín a impedir un funcionamiento medianamente eficiente de los departamentos ministeriales.

Y no es que queramos atribuir una importancia desmesurada a la corrupción de Rasputín; queremos señalar, simplemente, que estos episodios eran todo un símbolo de la corrupción, mucho más profunda, reinante en la sociedad rusa, en su clase dominante. Rodzianko, en su calidad de presidente de la Duma, intentó una y otra vez, aunque en vano, abrir los ojos al zar y hacerle ver el abismo cada vez más ancho que se estaba cavando entre la corte y la opinión digna en Rusia. Así, escribió, por ejemplo, en estos términos: «La aparición en la Corte de Gregorio Rasputín, y la influencia que ejercía allí, señalan el comienzo de la decadencia de la sociedad rusa y la pérdida de prestigio para el Trono y la persona del propio zar… La culpa de este proceso de desintegración que empezó a manifestarse en ese

momento no puede echarse sobre las solas espaldas del emperador Nicolás II. La carga de la responsabilidad pesa plenamente sobre todos los miembros de las clases dirigentes quienes, cegados por su ambición, avaricia y apetito de prosperidad, olvidaron el terrible peligro que amenazaba a su emperador y a Rusia».

VII

Lenin definió después «la ley fundamental de la revolución» con estas palabras: «No basta para la revolución que las masas explotadas y oprimidas comprendan la imposibilidad de vivir a la manera de siempre y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores sean incapaces de vivir también al modo tradicional… De donde se deduce que para la revolución es esencial, primero, que una mayoría de trabajadores (o, al menos, una mayoría de los que tienen consciencia de clase, de los obreros activos mental y políticamente) hayan comprendido plenamente que la revolución es necesaria y estén dispuestos a sacrificar sus vidas por ella; segundo, que las clases dirigentes estén en un estado de crisis gubernamental tal, que ello empuje incluso a las masas más atrasadas a la política (un síntoma de toda auténtica revolución es el rápido incremento, multiplicando por diez y hasta por cien, del número de representantes salidos de las masas oprimidas y derrengadas por el trabajo —apáticas hasta ese momento— y capaces de lanzarse con vigor a la lucha política), una crisis que debilita al gobierno y permite a los revolucionarios derribarlo rápidamente».

Esta ley, añadía Lenin, fue confirmada por la revolución de 1905 y por las dos revoluciones de 1917. Desde comienzos de siglo, el procedimiento administrativo habitual de la autocracia era el empleo en gran escala de agentes provocadores que organizaban huelgas y cometían asesinatos políticos, y también de las Centurias Negras, bandas protofascistas que organizaron pogromos contra judíos y socialistas. Un gobierno que emplea semejantes métodos en tiempos de paz demostraba estar en guerra con un amplio sector de su propia nación y se enajenaba además la lealtad de los elementos dignos incluso de las clases burguesas. M. Maiski describe algunos reveladores incidentes ocurridos en sus tiempos de escolar, en Omsk, todavía en la década de 1890. Cierto día, los alumnos de su clase discutían con el profesor, como sucede de vez en cuando en cualquier clase, sobre si el estudio de los clásicos era algo útil y valioso. En pocos minutos, la discusión se tornó en acalorado debate *político* en el que se ponía en tela de juicio a toda la autoridad, y de resultas del cual se pasó a mayores, organizándose un tumulto que tuvo resonancias en toda la ciudad. Poco después, un ensayo sobre la literatura en el reinado de Catalina II motivó críticas políticas contra la censura en general, dando lugar a que las autoridades calificasen el incidente como disturbio; el «cabecilla» escolar fue expulsado.

Todos éstos son episodios muy representativos de la Rusia prerrevolucionaria. Existía una divergencia completa entre el aparato oficial del Estado, la Iglesia y la policía política, por una parte, y la intelectualidad (en realidad, toda la masa de la población), por otra. El pensamiento expresado libremente era rebelión, y toda persona que pensara normalmente estaba expuesta a ser víctima de represión antes o después, como le

ocurrió a Maiski en la escuela y a Lenin en la universidad. (En realidad, las universidades procuraban regularmente un cupo de revolucionarios. Los terroristas *naródniki* de los años setenta y ochenta del siglo pasado salieron en buen número de esa cantera, y muchos dirigentes bolcheviques ingresaron en la política a través, primero, de los movimientos estudiantiles.)

Al gobierno de Nicolás II le aterrorizaba cualquier pensamiento o acción que él no controlase directamente. En 1912, año de hambres, el gobierno se opuso tercamente a que otras personas o instituciones que no fueran las oficiales distribuyeran víveres de socorro. La censura impidió dar publicidad al programa del partido *Cadet*, liberal e inofensivo. Tolstoi fue excomulgado por una Iglesia cuyos sacerdotes debían revelar secretos de confesión cuando así lo exigía el interés supremo del Estado. En diciembre de 1906, el Santísimo Sínodo exhortaba a los sacerdotes para que explicasen a los fieles la conveniencia de elegir probados monárquicos para la Duma del Estado. En 1917, se demostró que la clase más adicta al antiguo régimen en el campo era el clero. Una orden general a la policía daba instrucciones para vigilar la observancia de los dogmas de la Iglesia ortodoxa y controlar las discrepancias y posibles conversiones a otra fe.

Como en Inglaterra en 1640 y en Francia en 1789, surgieron disidentes que se añadieron a un material ya de por sí bastante inflamable. Algunos se negaron a pagar impuestos, cumplir el servicio militar o rezar oraciones por el zar. Otros predicaban la igualdad entre los hombres y abogaban por un reparto igualitario de todas las riquezas de la tierra. Los había también que se organizaban en comunidades, con techo y granero en común, del que cada uno tomaba según sus necesidades. La Iglesia oficial

perseguía con dureza a tan peligrosas personas, llegando incluso a arrancar a los hijos pequeños de sus padres. No fueron infrecuentes las «conversiones» forzosas. De esta suerte, los disidentes de diversas tendencias hubieron de acabar apoyando una revolución que les anunciaba la libertad de culto. Sin olvidar, a este respecto, que en Rusia había una minoría de 30 millones de musulmanes, cuyas instituciones nacionales y culturales, creencias religiosas y costumbres fueron garantizadas formalmente, por vez primera, en diciembre de 1917, unas semanas después de la Revolución de Octubre.

La Rusia de la generación anterior a la Revolución, la Rusia en la que Lenin se hizo hombre, era la Rusia de Chejov: una sociedad clasista en la cual el rango social, la opresión política y religiosa, la envidia y la murmuración retorcían y falseaban toda relación humana digna. Los personajes de Chejov se hacían continuamente una pregunta, formulada también, sin esperanza, por el empresario del cuento *El violín de Rothschild*: «¿Por qué es tan extraño el orden del mundo que la vida, que es dada a los hombres una sola vez, se pasa sin ningún beneficio?». Pero esta desesperanza, al menos en parte, era aceptada para burlar a la censura; el héroe de *Una historia anónima* decía con cautela, pero claramente: «Creo que ello será más fácil para las generaciones venideras; nuestra experiencia les servirá… Tenemos que hacer la historia de manera que esas generaciones no puedan decir de nosotros que éramos unos sinsustancias o algo peor». Hablar del futuro de Rusia era criticar el presente («el orden del mundo»). Nadie ha captado mejor que Chejov el malestar, la frustración, las vagas esperanzas de una sociedad prerrevolucionaria.

VIII

En julio de 1914, un movimiento huelguístico desencadenado en San Petersburgo culminó en lucha de barricadas entre la policía y los obreros. La guerra devolvió por corto tiempo la lealtad al Trono; pero la calculada hostilidad del zar y de sus ministros hacia todas las formas de gobierno representativo, junto con las derrotas militares del ejército, mandado por el propio zar, y la constante deterioración de la situación económica, que enseguida escapó al control del gobierno, produjeron un violento desplazamiento en dirección opuesta. El régimen ya no tenía para entonces reservas, ni siquiera de buena voluntad, con que hacer frente a la situación.

Entre 1913 y 1917, los salarios industriales se triplicaron, pero eran tan desproporcionados con relación a los precios, que, en 1917, sólo se podían adquirir con ellos menos de un 45 por ciento de los artículos que con el mismo dinero podían comprarse en 1913. En el frente, millones de soldados morían o eran mutilados sin tener la más ligera idea de por qué y para qué era la guerra. La miraban como un antojo del zar; y cuando se dieron cuenta de que todos sus heroicos esfuerzos (por ejemplo, la ofensiva de Brusílov en 1916) no daban el menor resultado por culpa de la incompetencia del Alto Mando, empezaron a preguntarse por qué tenían que seguir sacrificando sus vidas por nada. Este sentimiento prendió también en los oficiales, que, ya por entonces, tras las cuantiosas bajas sufridas a todo lo largo del escalafón, eran en buena parte intelectuales de uniforme. En 1916, el mando había registrado un millón y medio, aproximadamente, de desertores.

Con razón se preguntaba el *Cadet* (liberal) Miliukov, en una

sesión de la Duma celebrada en noviembre de 1916, si los ministros eran culpables de demencia o de traición. En diciembre, en un desesperado esfuerzo por salvar a la autocracia de sí misma, Rasputín fue asesinado por un gran duque, un príncipe ingresado por matrimonio en la casa real, y destacado reaccionario miembro de la Duma; al menos un dirigente de los *Cadets* había participado en la conspiración contra Rasputín. Pero ya era demasiado tarde. Tres meses después, un movimiento casi completamente espontáneo de obreros y soldados de Petrogrado barrió a la autocracia. Hasta hoy, nadie ha reclamado la paternidad o la inspiración del movimiento. Se formó un gobierno provisional que representaba a los partidos de la oposición liberal con mayoría en la Duma. Este gobierno cedió al radicalismo reinante publicando un manifiesto en el que prometía libertad de palabra, prensa, reunión y asociación; derecho de huelga; abolición de todos los privilegios de clase y nacionales; organización de una milicia popular con oficiales elegidos democráticamente; elecciones para los organismos locales de gobierno y una Asamblea Constituyente sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. El zar abdicó.

> Como chupada colilla de un esclavo
> Así escupimos nosotros su dinastía,

escribió Mayakovski.

Pero al lado mismo del gobierno provisional, representante de las clases respetables, que esperaban beneficiarse de una revolución que no se habían atrevido a hacer, estaba el soviet de Petrogrado, representante de los obreros y soldados organizados. El presidente de la Duma se lamentó amargamente cuando oyó

decir que en Rusia no había un gobierno: suponía, con mucha razón, que graves responsabilidades iban a caer sobre sus espaldas. Pero en Suiza reinaba la mayor alegría y una nueva esperanza entre los rusos exiliados. Se iniciaron negociaciones para la vuelta de Lenin a Rusia, a través de Alemania, en un «tren sellado». Lenin sabía que la oportunidad por la que había luchado y esperado treinta años había llegado.

¿Quién era Lenin?

Capítulo II

LENIN (1870-1917)

> No se puede ser socialdemócrata revolucionario sin participar, cada uno según sus fuerzas, en el desarrollo de esta teoría [marxismo] y en adaptarla a condiciones cambiantes.
>
> Lenin, en 1915

I

Vladimir Ilich Ulianov (Lenin) nació en 1870, en Simbirsk, sobre el curso medio del Volga, en el corazón de Rusia. Menos de medio siglo antes, la última gran insurrección popular, dirigida por Pugachov, sacó de esta comarca gran parte de su fuerza y apoyo, y no solamente del campesinado, sino también de muchos pueblos no rusos cuyos descendientes todavía vivían en las tierras ribereñas del Volga cuando Vladimir Ilich era aún niño. El padre de Lenin, muerto en 1886, era profesor de Física. Un año antes de nacer Vladimir, fue nombrado inspector de escuelas elementales de la provincia de Simbirsk, alcanzando más tarde el cargo de director de dichas escuelas en la misma provincia. La madre de Vladimir, que vivió hasta el año anterior

a la revolución bolchevique, había sido maestra de escuela; sus padres fueron personas de criterio e ilustradas. Tuvieron seis hijos, pero uno de ellos no sobrevivió; los otros cinco, conforme se hacían mayores, en la época de la feroz represión de la década de los años ochenta, se adherían uno tras otro, sin excepción, a las ideas revolucionarias. El mayor de los hermanos, Alexander, se convirtió en terrorista y se vio comprometido en el complot para asesinar al zar Alejandro III: fue ejecutado a la edad de diecinueve años. Esta tragedia causó una honda impresión en Vladimir, quien admiraba y quería entrañablemente a su hermano. Los dos habían discutido muchas veces de política, y ya por entonces Lenin (conviene que le llamemos así desde ahora, aunque él no adoptó este seudónimo hasta 1902) se manifestó contrario a los métodos terroristas. Se afirma que, al enterarse de la muerte de su hermano, exclamó: «No, no es así como tenemos que hacer las cosas». Fue característica suya que de sus tragedias personales sacase siempre conclusiones políticas; en sus escritos y en su pensamiento, no figura el lado subjetivo.

Lenin fue educado según las normas corrientes de las clases medias. Ironías de la historia, su encargado de estudios en el instituto de Simbirsk era el padre de Alexander Kerenski, cuyo gobierno derribaron los bolcheviques en 1917. El viejo Kerenski hablaba de Lenin calificándole de «orgullo de mi escuela», y ensalzando en grado sumo su «aplicación y capacidad fuera de lo común», su «pensamiento sistemático» y la «precisión, claridad y sencillez de sus exposiciones». Sin embargo, por ser hermano de un terrorista estuvo a punto de no poder ingresar en la Facultad de Derecho de la universidad local, Kazan. Al fin pudo entrar en la universidad, en agosto de 1887. Cuatro meses después, de resultas de unos disturbios estudiantiles, él y otros compañeros

suyos fueron expulsados.

El comportamiento de Lenin en esta ocasión, incluso a la vista del informe remitido a la superioridad por un miembro de la Junta educacional del distrito de Kazan, no parece haber sido completamente depravado. «Llamó la atención por su reserva, indiferencia y altivez. Dos días antes de las asambleas subversivas dio motivos para sospechar que tramaba algo impropio, pues se pasó largo rato dentro de la sala de reuniones, hablando con los alumnos más indeseables; se fue a su casa y volvió enseguida con algún objeto que le habían pedido los otros; todo su comportamiento fue muy extraño. El 4 de diciembre apareció de súbito en el salón de actos junto con los demás líderes; él y Polianski fueron los primeros que se lanzaron corriendo y gritando hacia el corredor del segundo piso, animando a sus compañeros con expresivos gestos con los brazos. [...] Teniendo en cuenta las excepcionales circunstancias que concurren en la familia Ulianov, semejante comportamiento [...] invitaba a suponerle muy capaz de actos ilegales y criminales de toda clase.» Naturalmente, después de comportarse de una manera tan chocante, Vladimir Ilich fue desterrado a una pequeña finca de su madre situada en lo más recóndito del campo ruso.

A partir de ese momento, Lenin estuvo siempre bajo continua vigilancia policíaca. No se le autorizo a ingresar en otra universidad, y sólo al cabo de tres años pudo examinarse como alumno externo en la Universidad de San Petersburgo. En 1891, obtuvo la máxima calificación en sus estudios, quedando primero de un grupo de treinta y tres alumnos externos. Lenin fue también el único estudiante que obtuvo la máxima calificación en todas las asignaturas. Previamente, había sido autorizado a volver del campo a Kazan, luego a Samara, también a orillas del

Volga. En esta ciudad, en enero de 1892, entró como pasante en el despacho de un abogado liberal. Hay datos conforme a los cuales Lenin llevó el primer año doce casos, aunque de trece jóvenes procesados sólo obtuvo la absolución para dos de ellos. La mayoría de los procesados eran, según parece, campesinos forzados a cometer delitos comunes sin importancia a causa de la miseria y el hambre del año 1891. Pero Lenin debió de sentirse francamente satisfecho políticamente con la defensa de su primer cliente, un sastre condenado a un año de prisión por blasfemias. Según rezaba la sentencia, «el acusado imprecó a la Virgen bendita, la Madre de Dios, a la Santísima Trinidad, y también a nuestro Señor y soberano el Emperador y a su heredero por la ley dinástica, diciendo que nuestro Señor el Emperador dirige mal sus asuntos».

Estos episodios, no obstante, son simples notas superficiales de la vida de Lenin. Y sólo podemos intentar adivinar su evolución mental. Sabemos a ciencia cierta que la muerte de su hermano le afectó profundamente. A su mujer (a quien conoció en 1893) le confesaría más tarde el inmenso desprecio que sintió por los amigos «liberales» de la familia Ulianov, los cuales se esfumaron del todo cuando la detención de Alexander Ilich y no movieron un solo dedo para ayudar a la viuda a obtener un indulto. En diciembre de 1887, Vladimir Ilich comunicó a sus compañeros estudiantes que había decidido hacerse revolucionario profesional. Al año siguiente comenzó a leer un ejemplar de *El Capital*, de Marx, que había pertenecido a su hermano muerto, e ingresó en un círculo marxista ilegal de discusión, en Kazan. En la preparación de sus exámenes, Lenin tuvo que estudiar economía política y estadística, así como cuestionarios puramente jurídicos. Así empezó a familiarizarse

con asuntos tales como la esclavitud en la antigua Rusia, las instituciones representativas rusas —la comunidad de aldea entre ellas—, diferentes formas de salarios, el presupuesto del Estado ruso, los derechos de los neutrales en el Derecho Internacional, y también, aunque parezca sorprendente, la «filosofía de la policía». Todo esto sugiere que la formación universitaria de Lenin parece que fue bastante más útil para su posterior carrera de lo que suele ser normalmente para muchos otros estudiantes. Además, la visita que hizo en 1891 a San Petersburgo para presentarse a exámenes le dio la oportunidad de entrar en relación con un grupo de marxistas de la capital, sin que sus movimientos fueran percibidos por los servicios de la policía, incapaces en grado superlativo.

En otoño de 1893, la familia Ulianov se trasladó a Moscú, y Lenin, por su parte, se instaló en San Petersburgo. Para guardar las apariencias, se puso a ejercer su profesión, aunque según parece se dedicaba más que nada al quehacer político. Se unió a un grupo de intelectuales marxistas que comenzaba a relacionarse con obreros de las fábricas a través de círculos de estudio. Ya por entonces, Lenin gozaba de cierta reputación como teórico. En 1894 publicó (ilegalmente) su primera obra de envergadura: *Quiénes son los amigos del pueblo*. Se trataba de una crítica de los *naródniki* y de un llamamiento a la fundación de un partido socialdemócrata ruso.

Pero Lenin pronto se cansó de la propaganda teórica y empezó a apremiar a los «viejos» del grupo de San Petersburgo a que se tomara contacto con la masa de trabajadores. Redactó octavillas para obreros de fábricas en huelga, que su grupo distribuyó. En mayo de 1895, salió al extranjero a ver a Plejanov y a pedirle, a él y a otros exiliados, que facilitasen, desde el

exterior, literatura ilegal para el movimiento ruso; también discutieron de la posibilidad de formar un partido. A la vuelta de Lenin a San Petersburgo, se fundó como un primer paso, en la misma capital, una «Liga para la lucha por la emancipación de la clase obrera»; en otros centros industriales, se constituyeron ligas similares. Se hicieron preparativos para publicar un periódico clandestino. El primer número, escrito en su mayor parte por Lenin, estaba ya listo para la imprenta cuando él y muchas otras figuras de la Liga de San Petersburgo fueron detenidos (diciembre de 1895).

Lenin estuvo en la cárcel un año, y durante este tiempo siguió redactando octavillas, panfletos y manifiestos, que escribía con leche, en «tinteros» de pan, fácil de tragárselos en caso de apuro. Lenin había sido un hombre solitario. Encontramos por primera vez a su futura mujer, Nadezhda Konstantinovna Krupskaya, pasando horas enteras de pie en un determinado lugar de la calle, por fuera de la prisión, con la esperanza de que Lenin pudiera vislumbrarla a través de una ventana cuando, con los demás presos, hacía ejercicio.

Por fin, Lenin fue juzgado y condenado a tres años de exilio en Siberia, en Chuchenskoye, cerca de Minusinsk, en la provincia de Yenisei. Aparte de la severidad del clima, y de que escapar de aquella región desolada e inaccesible era imposible, las condiciones de su exilio no fueron de extrema dureza. Pudo recibir libros de estudio y escribir numerosos manuscritos; allí dio término a *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Una vez a la semana asesoraba libremente a los campesinos en cuestiones legales. En mayo de 1898 se unió a él Krupskaya, condenada también al destierro. Y allí, en Siberia, Lenin y Krupskaya se casaron.

Krupskaya era maestra de escuela, activista en el movimiento ya desde antes de la llegada de Lenin a San Petersburgo. Compartió la vida de Lenin desde los primeros días de su destierro en Chuchenskoye, durante dieciocho largos años de exilio después, y los siete más en que su compañero fue jefe del Estado soviético, y ella, funcionaria en el Comisariado del Pueblo para la Educación. Krupskaya fue, además de esposa, colaboradora y secretaria de Lenin. Escribió también *Recuerdos de Lenin* —nuestra fuente de información principal después de las obras del propio Lenin—, que es una obra deliberadamente impersonal y fría. No obstante, a pesar de toda su grave discreción, es evidente que su fuerza, su serenidad y lucidez fueron marco indispensable en la vida política de Lenin. Después de cada disputa en el seno del partido durante los amargos años de la emigración, Lenin y Krupskaya se echaban al hombro los zurrones y se marchaban a las montañas, a cualquier parte, hasta que los nervios de Lenin volvían a templarse.

Lenin fue liberado de su destierro en Siberia en febrero de 1900, e inmediatamente se reintegró a la lucha con el mismo vigor que cinco años antes. Tardó cinco meses en volver a tomar todos sus viejos contactos, después de lo cual marchó a Suiza para gestionar la publicación en el extranjero, para su entrada clandestina en Rusia, del periódico ilegal que no era posible editar en el interior. En diciembre de 1900 apareció el primer número de *Iskra* («La Chispa»): Lenin tuvo que permanecer fuera de Rusia al frente de la redacción del periódico. En los meses de julio y agosto de 1903, se celebró, en el extranjero, un congreso del partido en el que se produjo la famosa escisión entre bolcheviques y mencheviques; en adelante, Lenin fue el líder indiscutible de un partido bolchevique independiente. Durante

la revolución de 1905, volvió a San Petersburgo, en donde llevó una vida semilegal, participando poco en las actividades revolucionarias, pero trabajando activísimamente como propagandista clandestino. Derrotada la revolución, Lenin se retiró a Finlandia, saliendo definitivamente de Rusia en diciembre de 1907, con la policía pisándole los talones. Nueve años vivió en el exilio después de estos acontecimientos.

Desde abril de 1902 hasta abril de 1903, Lenin y Krupskaya vivieron en Londres, una capital con la gran ventaja de que la policía no era minuciosa con los documentos de identidad. Pasando como *Herr* y *Frau* Richter, vivieron sin ser molestados en dos habitaciones muy modestas en el n.º 30 de Holford Square, que sale de la King's Cross Road. La señora Yeo, la patrona, andaba preocupada al no ver alianza ninguna en las manos de Krupskaya, aunque puso punto en boca tras una aviesa referencia a la ley del libelo; por otra parte, y habida cuenta de que eran extranjeros, los Richter eran unos inquilinos tolerablemente respetables.

Lenin y Krupskaya habían aprendido suficiente inglés para traducir en Siberia *La democracia industrial* de los Webb, pero el lenguaje hablado apenas lo dominaban, de manera que al principio ni entendían ni podían hacerse entender. Para aprender por sí mismos iban a los mítines de Hyde Park —donde les fue más fácil empezar a captar el acento de un ateo irlandés—, a oír sermones en las iglesias, a los *music-halls* y a las tabernas populares. Más tarde, Lenin tomó lecciones. Su principal ocupación era la edición de *Iskra*, impresa con ayuda de Harry Quelch y de los socialdemócratas británicos; pero también pasó muchas horas en las salas de lectura del Museo Británico, donde cuarenta años atrás Karl Marx había ido recogiendo materiales

para *El Capital*. A Lenin le aburrían los demás museos; en cambio, se lanzó a conocer Londres como un explorador. Uno de sus paseos favoritos era la tumba de Marx, en el cementerio de Highgate, la Primrose Hill, desde la que se veía todo Londres, el Regent's Park y el Zoo. También le gustaba sobremanera subirse al imperial de los ómnibus, no sólo para ver las calles de la ciudad, sino también para observar el contraste entre pobreza y riqueza. A menudo repetía la frase de Disraeli: «Son dos naciones»; y cuando salía con Trotski a dar vueltas por Londres, decía con estudiada indiferencia, señalando la Abadía: «Sí, eso es su Westminster».

La última visita de Lenin a Londres fue en 1907, con motivo de celebrarse un congreso del partido, en la iglesia llamada de la Hermandad, por Southgate Road. Gorki hizo una rigurosa descripción de las «paredes desnudas de una iglesia de madera… peladas de adornos hasta lo absurdo», y Lenin tronó desde el púlpito en sus intervenciones contra la parte hostil del auditorio. Fue en este congreso donde el partido descubrió su grave situación financiera; Lenin pudo obtener, con ayuda de George Lansbury, un importante préstamo de Fels, rico industrial británico. El 1 de enero de 1908 vencía el préstamo, mas, todavía para entonces, la caja de los revolucionarios seguía sin fondos. Finalmente, Lenin y los suyos pagaron la deuda después del triunfo de los bolcheviques en octubre de 1917. En 1923, en efecto, el gobierno soviético devolvió la suma prestada más todos los intereses de ella derivados.

Estos episodios financieros nos dan una idea de la depresión y crisis que atravesó el movimiento durante los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución de 1905. Fue aquél un período de gran confusión intelectual y teórica, de

reagrupamientos entre los exiliados políticos. Lenin, por su parte, se dedicó preferentemente al estudio de la filosofía, con el objeto de contrarrestar las tendencias que derivaban hacia el idealismo[1] y la religión, sobre todo entre los desilusionados socialistas exiliados. Fruto de estos esfuerzos fue una voluminosa obra, *Materialismo y empiriocriticismo*, publicada por vez primera en la primavera de 1909, junto con numerosos artículos y materiales críticos. De los esfuerzos de sus contrincantes para introducir una filosofía rival en el partido no se volvió a oír una palabra.

Al mismo tiempo, Lenin participaba activamente en la lenta reconstrucción del partido socialdemócrata en Rusia y en el movimiento socialista internacional. Al estallar la guerra en 1914, fue detenido en la Galitzia austríaca bajo la acusación de espionaje a favor de los rusos. Los presos de la cárcel de Novy Targ lo eligieron representante suyo, hasta que, por último, fue puesto en libertad una vez que los socialdemócratas austríacos lograron convencer a las autoridades de que Lenin era más bien poco amigo del zar. Se retiró a continuación a Suiza, desde donde atacó furiosamente a los socialistas de todos los países, particularmente de Rusia, que apoyaban la guerra. A causa de esta posición, quedó prácticamente aislado del resto de emigrados, si bien este aislamiento reforzó su prestigio cuando, poco después, empezó a extenderse por Rusia la desilusión respecto de la guerra. Lenin sabía desde el comienzo que la guerra daba una gran posibilidad a la revolución rusa, por lo que intensificó sus actividades de partido.

II

Así, pues, a su vuelta a Rusia en abril de 1917, seis semanas después de la Revolución de Febrero, Lenin ya era reconocido como jefe indiscutible del partido bolchevique. Había conseguido, sobre todo, mantenerse en íntimo contacto y conocimiento de la evolución en el interior del país, tarea en la que casi todos los demás habían fracasado. Durante años había mantenido correspondencia regular con Rusia, escribiendo un promedio de diez cartas al día. Lenin devoraba todas las informaciones que le llegaban de su patria, y a todos los recién llegados a los círculos de la emigración los examinaba e interrogaba detenidamente. Sin descanso estuvo bombardeando a los responsables del partido clandestino en el interior de Rusia pidiéndoles más información, al tiempo que daba consejos y sugerencias o protestaba por lo que a él le parecía criticable. En 1912, por ejemplo, en que se publicó el primer periódico bolchevique legal, la *Pravda*, en San Petersburgo, Lenin pidió informes detallados de la financiación, por suscripciones, del periódico, analizando minuciosamente de dónde procedían tales suscripciones, que eran la pista segura para determinar el origen del apoyo con que contaba el partido. Lenin trabajó personalmente en las tareas concretas de introducir en Rusia cartas, literatura ilegal y armas.

Fruto de este continuo y exhaustivo trabajo, Lenin llegó a conocer a la perfección los movimientos revolucionarios rusos, sus problemas y los hombres que los componían, tanto fuera como dentro del país. Fue el reverso exacto de un teórico abstracto o de un emigrado fuera del juego. Todas las personas que lo conocieron observaron su gran capacidad para *escuchar*, algo al parecer reñido con el carácter ruso de la época, para oír a

todas las partes sobre un punto en debate, y sacar después su propia conclusión, que defendía con firmeza y tenacidad. Esta virtud suya se reveló sobre todo después de la revolución bolchevique, cuando era presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. En este puesto de responsabilidad suprema, debía, y así lo hacía, conseguir una síntesis superadora de los criterios contrapuestos, de una forma, además, que convenciese a los defensores de las distintas tesis. Esta capacidad de atender y saber captar, su maduración del problema antes de tomar la decisión final, no excluían firmeza ni siquiera mucha dureza una vez que había alcanzado una determinación concreta, como tendremos ocasión de ver con frecuencia en páginas sucesivas. Todas estas cualidades explican que, a su regreso a Rusia, en 1905 y 1917, Lenin fuese capaz de hacerse cargo inmediatamente de la jefatura del partido, o de cambiar de política, por ejemplo, el último año de su vida. Observadores ignorantes de esto pudieron pensar, incapaces de comprender la razón de sus triunfos, que se debían a una «dictadura» o, como se dijo en 1917, al «oro alemán». Pero el secreto estaba en el intenso y detallado trabajo al que se había entregado Lenin durante los largos años de preparación revolucionaria. Su adversario político el menchevique Dan comentaba: «No conozco a otro que se pase las veinticuatro horas del día ocupado en las cosas de la revolución, que piense e incluso sueñe sólo con la revolución. ¿Qué va uno a hacer con un hombre así?». Lenin era un hombre extraordinariamente nervioso, y sus disputas políticas con amigos personales le costaban grandes disgustos. Él mismo describió gráficamente la amargura y decepción que le causó su primera querella con Plejanov. Durante los debates internos del partido en 1903, sus enemigos le acusaron de ser un «autócrata» en las discusiones, y

él mismo reconoció que era excitable. Mas ya para el año 1917 había madurado. Su esposa, repasando después los nueve años de su segundo exilio, describe a Lenin absorbido enteramente por la causa política a la que se había entregado: «Habría roto las relaciones con sus más íntimos amigos si hubiese creído que hacían daño al movimiento; y con uno que hubiera sido contrincante suyo el día anterior era capaz de llevarse como un viejo camarada si la causa así lo requería. Siempre fue derecho al grano, hasta con aspereza y tosquedad. Le gustaba mucho el campo, los verdes bosques, los senderos de los montes y los lagos; pero igualmente le gustaba el ruido de una gran ciudad, las muchedumbres de trabajadores, sus camaradas, el movimiento, la lucha, la vida en todas sus facetas. Sin embargo, observándole atentamente, podía advertirse que de día en día se volvía más reservado, más considerado con la gente y más reflexivo. Los años del exilio fueron muy duros de sobrellevar y menguaron mucho sus fuerzas. Pero en ellos se hizo Lenin el luchador que las masas necesitaban y el único que podía conducirlas a la victoria».

A comienzos de 1917, Lenin y Krupskaya vivían en el n.º 14 de la Spiegelgasse, en Zúrich, en una alcoba con derecho a cocina de un segundo piso por la que pagaban 28 francos al mes. El 8 de abril, Lenin dijo al dueño que tenían que marcharse enseguida, aunque la renta ya estaba pagada hasta el final del mes. *Herr* Kammerer le deseó suerte y le dijo: «Espero, señor Ulianov, que en Rusia no tenga usted que trabajar tanto como aquí». A lo que respondió Lenin, pensativamente: «Me parece, señor Kammerer, que en Petrogrado tendré aún más trabajo». Dos horas después estaba ya en el tren que les habría de llevar, a él y a otros treinta y dos revolucionarios más, hasta Suecia y Rusia, a través de Alemania.

El día de su llegada a Petrogrado, el ministro ruso de Asuntos Exteriores recibió un memorándum expedido por la embajada del Reino Unido. En él se describía a Lenin como un hombre extraordinariamente peligroso, aunque se reconocían sus dotes de excelente organizador, un hombre que, «con toda probabilidad» habría de encontrar numerosos seguidores en la capital de Rusia.

PARTE SEGUNDA

LA REVOLUCIÓN

Capítulo III

UN PARTIDO DE NUEVO TIPO

En su lucha por el poder, el proletariado no tiene más arma que la organización.

Lenin, en 1904

I

Tres meses antes de nacer Lenin, Karl Marx se había puesto a estudiar con dedicación la lengua rusa y las condiciones económicas de Rusia. El ruso había sido el primer idioma al que se tradujo *El Capital*, en 1872, con un éxito grande e inmediato. Esta excepcional acogida al marxismo la había preparado el materialismo de Belinski y Chernichevski, a mediados del siglo XIX. Posteriormente, el rápido desarrollo industrial del país creó una atmósfera intelectual favorable. En Rusia, hacia 1890, las fábricas ocupaban ya a 2.500.000 obreros.

En base a la investigación histórica y al análisis económico, Marx sostenía la tesis de que de la misma manera que el feudalismo había sido derrocado con violencia, así también sería barrido el orden capitalista para dar paso al socialismo. Marx

suponía que este proceso era inevitable, no sólo por la tendencia inherente de la economía capitalista a las crisis, sino además porque en su expansión el capitalismo producía sus propios «sepultureros», en forma de proletariado, la clase que iba a alzarse con su herencia. Por su situación económica, la clase obrera se veía impulsada a sentir la necesidad de una lucha unida contra sus patronos, aprendiendo así, por experiencia propia, a apreciar el valor de la cooperación organizada y disciplinada. Las condiciones en que vivían convertían a los obreros en socialistas en potencia, de la misma forma que los patronos tenían una inclinación natural individualista, compitiendo unos con otros y enriqueciéndose a costa de sus empleados. Una organización racional de la sociedad, cuya finalidad fuese producir para luego distribuir equitativamente el máximo posible de riqueza, sólo sería posible cuando hubiese sido abolida la anarquía de la producción, cuya finalidad era el beneficio privado, y cuando los medios de producción estuviesen en poder de los propios obreros en tanto que clase. Pero la historia, añadía Marx, enseñaba que ninguna clase de propietarios había renunciado por las buenas a su poder; y así, de la misma manera que la burguesía, en su tiempo, tuvo que conquistar el poder político por medios violentos, también era necesaria una revolución para hacer pasar el poder de la burguesía al proletariado.

Es natural que una parte de esta teoría resultase atractiva en Rusia, en las últimas décadas del siglo XIX. Marx había estudiado con atención y muy a fondo las tareas de la «revolución burguesa», y había puesto de relieve el progresismo histórico del orden capitalista respecto del feudal. En la época en que los eslavófilos glorificaban el feudalismo ruso y lo destacaban como único fenómeno histórico que había que salvar a toda costa, se

comprende bien que muchos intelectuales se sintieran atraídos por las ideas de Marx, quien despreciaba por completo todo residuo de feudalismo tachándolo de anacronismo; es obvio que estos intelectuales rusos no deseaban para Rusia cambios más avanzados que los del parlamentarismo liberal, indiferentes por entonces a los que con el tiempo se habrían de convertir en los «sepultureros» del capitalismo en Rusia. «Casi todo el mundo se hizo marxista», observaba Lenin despectivamente en 1902.

El primer círculo marxista ruso, hijuelo de los *naródniki*, fue el Grupo para la Emancipación del Trabajo, fundado en 1883 y cuya figura más eminente fue Plejanov. Incluso antes del asesinato del zar Alejandro II, que no desencadenó la tan esperada revuelta campesina como tampoco produjo la menor concesión por parte de la autocracia, este grupo de exiliados sostenía ya que el terrorismo no era el método más eficaz para conseguir sus propósitos. Trasladaron sus esperanzas de revolución del campesinado a la clase obrera. Cuando Lenin marchó al exilio en 1895, fue con el Grupo para la Emancipación del Trabajo con el que primero tomó contacto, en Suiza. Por aquellas fechas, y gracias sobre todo a la labor propagandística de Plejanov, la incipiente escuela de pensamiento marxista ya se diferenciaba netamente de los *naródniki*. No obstante, el grupo de Plejanov se había ocupado más que nada, hasta entonces, de traducir al ruso las obras de Marx y Engels, y con éstos y otros escritos teóricos hacían su labor propagandística entre las clases ilustradas. Todavía no existía en Rusia ningún partido político que se identificara expresamente con la teoría marxista ni intentase llevar esa teoría a las masas de la población. Lenin, más que ninguna otra persona en particular, contribuyó a la creación de ese partido.

Al analizar la posición que los marxistas rusos adoptaron en contra de los *naródniki*, posición que después fue adoptada como parte del programa del partido socialdemócrata ruso, habré de echar mano de los escritos de Lenin, pues él fue quien publicó, organizó y elaboró todo lo referente a la táctica. Pero la semilla de muchas ideas que Lenin desarrolló contra los *naródniki*, se las debía, a su vez y como él mismo admitió el primero, a Plejanov. Plejanov fue un hombre de aguda mente crítica y mordaz ingenio, con un estilo de prosa sumamente atractivo. Sus enfoques de las cuestiones políticas eran a veces académicos, y más tarde reveló su absoluta incapacidad para llevar la vida dura y agitada del revolucionario de verdad. A pesar de todas sus posteriores controversias, Lenin conservó siempre admiración y afecto para aquel intelectual, de valiosa e iconoclasta influencia sobre la generación que creció en los años ochenta y los noventa. Gorki supo captar la diferente psicología de los dos hombres: «Pocas veces he encontrado dos personas con menos cosas en común que G. V. Plejánov y V. I. Lenin… Uno estaba a punto de concluir su obra de destrucción del viejo mundo; el otro estaba empezando a construir uno nuevo».

II

Los *naródniki* afirmaban que el capitalismo ruso era una creación «artificial», importada de Occidente, algo totalmente ajeno a las tradiciones rusas. En cambio, Lenin no tenía la menor dificultad en admitir que el capitalismo se desarrollaba en Rusia de manera espontánea, añadiendo, además, que en la Rusia

feudal el capitalismo era un fenómeno progresista. Su principal argumento contra los *naródniki* era que con el desarrollo del capitalismo (y, consiguientemente, de una clase obrera urbana) había aparecido en Rusia la posibilidad de una revolución socialista. Abogar por un «socialismo ruso» sobre la base de la comuna campesina (como hicieran los primeros *naródniki*) no era más que hacer el juego a la reacción. ¿Por qué? Porque, según Lenin, el capitalismo había alcanzado en Rusia un grado de desarrollo tal, incluso en el campo, que los campesinos ricos ya dominaban la vieja comuna rural, por lo que la transición al socialismo era posible sólo mediante una revolución contra el zarismo y también contra la burguesía, incluyendo en ésta a los campesinos ricos. Por consiguiente, ya era hora de que los socialistas se apartaran de los que simplemente abogaban por el derrocamiento del zarismo y por la instauración de reformas democráticas. «La libertad política […] no mejorará las condiciones de los trabajadores, sino que sólo mejorará las condiciones en que luchan contra la burguesía.» Por ello, afirmaba Lenin, los que hablan de una revuelta campesina tienen que definirse y aclarar si desean que esa rebelión tenga lugar bajo la dirección de liberales de clase media o que sea dirigida por la clase obrera. La idea de que el campesinado, en tanto que grupo social homogéneo, podía desempeñar un papel independiente en la inminente revolución era una solemne tontería, pues el campesinado estaba ya agudamente dividido en su propio seno entre ricos y pobres, y los intereses de los campesinos ricos no se distinguían de los intereses de la clase media, mientras que el campesinado pobre y la clase obrera, en cambio, tenían enemigos comunes.

Frente a la tesis de los *naródniki* de que «el hombre del

futuro» era el campesino, Lenin afirmaba que «el obrero ruso es el único y natural representante de toda la población trabajadora y explotada de Rusia. Y lo es porque, *por su esencial condición*, la explotación de los obreros en Rusia es *en todas partes capitalista*, independientemente de que aún queden restos moribundos de la economía de servidumbre». «El trabajador no tiene que hacer frente sólo a la injusticia de los funcionarios como individuos, sino a la injusticia del Estado, que ampara a toda la clase capitalista en su conjunto [...] por eso, la lucha entre los obreros de una fábrica y el propietario de esa fábrica se convierte de modo inevitable en una lucha contra el sistema capitalista entero, contra todo el sistema social basado en la explotación del trabajo por el capital.» «La clase obrera [...] *y sólo ella* es el enemigo verdaderamente consecuente y decidido del absolutismo, y *sólo* entre la clase obrera y el absolutismo es imposible un compromiso cualquiera [...]. La hostilidad de todas las demás clases, grupos y capas de la población hacia la autocracia no es absoluta; su democracia siempre vuelve la mirada atrás.»

De ahí que la clase obrera habría de convertirse en dirigente en la lucha de todos los elementos descontentos de la sociedad contra el absolutismo, y no iría detrás de los partidos liberales siguiéndolos como si fuera un «grupo de segunda» (argumento que se vuelve contra el ala «reformista» del partido socialdemócrata, conocida por el nombre de «mencheviques»). Teniendo en cuenta el comportamiento de los liberales europeos en el siglo XIX, Lenin sostenía que, a causa de su posición en la sociedad, la burguesía liberal rusa, como clase, no podía pasar de ser revolucionaria a medias, y que pactaría con el zarismo en cuanto hubiera alcanzado sus objetivos mínimos. «Hemos de tomar sobre nuestros hombros la tarea de organizar una lucha

política universal bajo la dirección de *nuestro partido* de forma que logremos todo el apoyo posible de todas las capas de oposición para la lucha y para nuestro partido.» «El partido […] debe aprovechar a cualquier liberal en el preciso momento en que está predispuesto a dar un paso adelante aunque sólo sea un milímetro, para obligarle a avanzar un metro. Si es terco y no quiere, nosotros avanzaremos sin él y pasaremos por encima de su cadáver.»

Contra los que aspiraban a que los socialdemócratas se limitaran a las cuestiones sindicales, a la mejora inmediata de las condiciones de vida de los obreros, Lenin replicaba: «La finalidad de la política de la burguesía es participar en la lucha económica del proletariado; la finalidad de los socialistas es obligar a que la lucha económica ayude al movimiento socialista y contribuya al éxito del partido de los obreros revolucionarios». «El ideal del socialdemócrata debe ser no el burócrata sindical sino el *tribuno del pueblo*, capaz de reaccionar ante toda manifestación de tiranía y opresión, sin que le importe dónde ocurra, ni a qué capa o clase de personas afecte; el socialdemócrata debe ser capaz de agrupar todas esas manifestaciones en una sola imagen de violencia policíaca y de explotación capitalista.»

III

Antes del exilio de Lenin en Siberia, la Liga de Lucha de San Petersburgo trabajaba ya en la creación de un partido socialdemócrata ruso. Este partido se fundó verdaderamente en 1898, aunque la mayoría de sus dirigentes fueron detenidos de

inmediato después del congreso fundacional. Cuando Lenin regresó del exilio, el partido socialdemócrata había dejado de existir como organización eficaz. Por otra parte, durante aquellos años habían ido surgiendo distintas tendencias en su seno que escindieron a los marxistas. Para contribuir a clarificar estos desacuerdos y dar publicidad a sus propias concepciones de lo que debería ser la teoría y la práctica de un partido marxista, Lenin marchó al extranjero para cooperar con Plejanov y otros emigrados en la fundación del periódico *Iskra.* Y puesto que había que volver a empezar, Lenin estaba decidido a que esta vez las cosas se hicieran como era debido.

Tal como estaban las cosas, Lenin llegó a la conclusión de que la creación de un periódico socialdemócrata era un paso importante, por dos razones: ideológica una, organizativa la otra. «Es necesario hallar la unidad de ideas capaz de eliminar las diferencias de opinión y la confusión que, seamos francos, reina entre los socialdemócratas rusos en los momentos actuales. Lo que dará fuerza a esta unidad de ideas será un programa del partido.» De hacer las cosas de otra manera, todo el esfuerzo intelectual se esfumaría en controversias y querellas bizantinas y de grupo. En esas circunstancias, los socialdemócratas no podían pretender ser «tribunos del pueblo» como Lenin quería que fuesen, siempre a la cabeza de todas las clases de la sociedad contra la autocracia. La manera más práctica de unificar los centros socialdemócratas entonces dispersos era el sistema de de correo clandestino bidireccional montado en torno a *Iskra*: les suministraban información a los editores desde Rusia y éstos les enviaban el periódico y otros materiales propagandísticos. Se entrenó a militantes que «dedicaran a la revolución no sólo sus tardes libres sino su vida entera»; a otros militantes se les

responsabilizó de otras tareas concretas, todo ello formando parte de un programa de actividad conspirativa; así se impidió que se disiparan las energías físicas, y aquel maltrecho partido se recuperó. Ahora, Lenin estaba en el centro exacto de toda la organización de los socialdemócratas rusos. En 1903 se tomó la decisión de que había llegado el momento de celebrar un nuevo congreso; los corresponsales y agentes de *Iskra* fueron los que organizaron prácticamente todos los preparativos.

IV

Lenin aspiraba a reforzar internamente la organización del partido, y sus concepciones sobre el mismo estaban en franca oposición con determinadas tendencias existentes en el movimiento socialista internacional, que, a su juicio, influían negativamente en un cierto número de emigrados rusos.

El partido socialdemócrata ruso fundado en 1898 estaba adscrito a la (Segunda) Internacional Socialista, creada nueve años antes para unir a todos los partidos (y sindicatos) socialistas que reconocían la lucha de clases.[1] Uno de los primeros preceptos de estos partidos era la solidaridad internacional del movimiento obrero. El partido más influyente en la Segunda Internacional era el partido socialdemócrata alemán. Era el más fuerte en cuanto al número; tenía la representación parlamentaria más importante; además, Alemania era la patria del marxismo, y los teóricos alemanes —Kautsky, Bernstein— eran los más influyentes en el movimiento socialista internacional. El común de los exiliados políticos rusos reverenciaba a los dirigentes

socialdemócratas alemanes cuando por primera vez salía al extranjero, y su mayor ambición era sentarse a sus pies.

Pero la mirada de Lenin, más penetrante, intuía algo podrido en el estado del partido alemán. Ya observó las debilidades que al cabo llevarían a aquel día de agosto de 1914 en que los líderes parlamentarios del gran partido socialdemócrata alemán votaron los créditos de guerra que había solicitado el gobierno del Káiser, a despecho de sus deberes más solemnes. La misma traición —así la calificó Lenin— cometieron casi todos los dirigentes de los partidos socialistas de las grandes potencias europeas al aceptar comprometerse en la guerra. Lenin sostenía, entonces y desde mucho antes, que la rápida expansión cuantitativa del partido alemán y de otros partidos había corrido parejas con un progresivo envilecimiento de la teoría marxista y no con una educación política y teórica de la militancia.

Estos partidos, decía, se preocupaban demasiado de los detalles sindicales y de la política parlamentaria, de obtener concesiones económicas y ganar votos, mientras relegaban sus objetivos socialistas a un futuro siempre pospuesto. Los dirigentes iban consiguiendo prebendas encubiertas so capa de los bien pagados puestos oficiales dentro de la jerarquía del partido y los sindicatos, creando intereses cuya existencia dependía de la perpetuación del sistema capitalista. Poco a poco, aquellos hombres se iban adaptando psicológicamente a hacer que el sistema funcionase; creían que era más fácil arrancar concesiones que reforzaran sus organizaciones y, por tanto, a ellos de rechazo, concesiones que sólo podían conseguirse mientras el sistema funcionase. Y así, los dirigentes burocráticos, para ocultar el contraste entre su fraseología revolucionaria y su práctica de compromisos, se las arreglaban para aparecer siempre

apoyados democráticamente por la base, una base políticamente atrasada. Algunos líderes alemanes, Bernstein sobre todo, pedían sin reservas una revisión del marxismo oficial del partido al objeto de eliminar de su programa las concepciones revolucionarias. Otros, como Kautsky, siguieron sirviendo a la ortodoxia de palabra, pero en 1914 adoptaron una posición que sólo verbalmente se diferenciaba de la de los «revisionistas».

Ya desde su exilio en Siberia, Lenin había tronado contra Bernstein y sus imitadores rusos, y estaba decidido a que el partido ruso no caminase por la misma vía que el alemán. *Iskra* fue creada para contrarrestar la influencia de un periódico «revisionista», *Rabocheye Delo*. Lenin pretendía así no sólo ayudar a conservar puros los principios de la socialdemocracia rusa, sino también contribuir a la formación del partido que a su juicio era esencial para Rusia. En 1903, Lenin suponía que estos objetivos habían sido alcanzados.

V

La idea que tenía Lenin de lo que debía ser la organización del partido era tan diferente de la que venía siendo normal entre los partidos de la Europa occidental que vale la pena señalar, para comprenderla, que lo que Lenin estaba haciendo era, entre otras cosas, recoger y desarrollar todas las tradiciones revolucionarias del pueblo ruso. Así, por ejemplo, para dominar a un campesinado levantisco y cerrado sobre sí mismo a todo lo largo y ancho de la inmensa Rusia, fue preciso edificar todo un sistema de gobierno burocrático y muy centralizado. El que ese gobierno

fuese, precisamente, una autocracia, determinaba ya la naturaleza de los movimientos que se alzaban contra ella. La oposición tenía que ser, por fuerza, revolucionaria. La protesta moderada no encontraba cauces de expresión, no podía prosperar. Y esto tanto si se trataba de una feroz insurrección campesina, la de Pugachov por ejemplo, como de las revoluciones de los guardias del palacio imperial, que en el siglo XVIII pusieron y quitaron zares a placer hasta que la conspiración aristocrática de los llamados «decembristas» en 1825 juntó lo viejo con lo nuevo: fue ésta la última rebelión de la Guardia (y la primera que fracasó), pero también el primer movimiento revolucionario influido por las ideas liberales que venían de Occidente. Conforme se estrechaba el control de la policía gubernamental en el interior de Rusia, los movimientos de oposición se iban tornando más conspirativos. Entre los «decembristas», Pestel pedía la formación de pequeños grupos clandestinos unidos todos ellos por un común propósito revolucionario. En los años setenta y ochenta, Tkachev llevó este método más lejos, proponiendo un cuerpo centralizado y disciplinado de revolucionarios profesionales. Este organismo llegó a funcionar unos años encarnado en el Grupo Patria y Libertad (*Zemlya i Volya*); la organización que le sucedió en esta orientación, el Partido de la Voluntad del Pueblo (*Narodnaya Volya*), adoptó en 1879 un programa que comprendía el objetivo de promover «la organización de sociedades secretas coordinadas por un mando central».

Vemos, pues, que en la política revolucionaria rusa ha habido un tema constante: la exigencia de una federación sólidamente trabada de grupos conspirativos unidos por una voluntad única. Este principio, el de la conservación de las energías propias, distinguía claramente a los revolucionarios profesionales de los

intelectuales liberales y de los primeros *naródniki*, que «iban al pueblo», y acababan sus fuerzas en una lucha inútil contra la hidra de cien cabezas, la burocracia: lo que les faltaba, por encima de todo, era unidad de propósito y coordinación de su acción.

En cambio, la autocracia sí tenía una única e implacable voluntad, una voluntad que no permitía, a los revolucionarios que intentasen echarla abajo, la controversia más inocente, el más mínimo desacuerdo. El partido de la *Narodnaya Volya* había sido una minúscula y abnegada banda de terroristas; pero el fracaso resultante del asesinato de Alejandro II, que sólo trajo consecuencias negativas, demostró que el zarismo podía sobrevivir al zar. Los grupos revolucionarios se escindieron y muchos volvieron a abrazar las concepciones y principios organizativos de la socialdemocracia occidental. Sin embargo, Lenin siempre valoró en sumo grado la bravura, la audacia y la completa entrega y abnegación de los primeros terroristas, para quienes la revolución era lo único que merecía la pena en la vida. Lenin contrapuso esta tradición heroica al parlamentarismo trivial de la socialdemocracia alemana.

Los socialdemócratas rusos renunciaron al terrorismo, basándose en que era un obstáculo al desarrollo del movimiento obrero de masas. Pero —gracias sobre todo a Lenin— los bolcheviques recogieron buena parte de la tradición, específicamente rusa, de la organización revolucionaria. Los grupos secretos, esenciales para el trabajo clandestino contra la autocracia, se convirtieron en un partido unido por una teoría común. Concebían a este partido como el núcleo en torno del cual podía agruparse un movimiento masivo de obreros. El partido bolchevique superó con creces a la burocracia zarista en

unidad de propósito, convicción, entrega, espíritu de servicio y disciplina. Lenin no había luchado en balde contra los viejos teorizantes del partido socialdemócrata, exigiendo siempre la creación de un núcleo de dirección integrado por «revolucionarios veteranos, con una capacidad profesional nunca inferior a la de la policía». ¿Es posible, en Rusia —preguntaba Lenin—, «que todos los revolucionarios elijan a uno como responsable suyo cuando, en interés del trabajo, ese uno *tiene necesariamente* que ocultar su identidad a nueve de cada diez de esos "todos"? [...] El único principio organizativo serio que los obreros activos de nuestro movimiento pueden aceptar es el del secreto más estricto, el de la estricta selección de los miembros, y el del entrenamiento de los revolucionarios profesionales».

VI

El congreso del partido celebrado en 1903 no trajo la superación que Lenin probablemente esperaba. En representación de grupos exiliados, aparecieron en el congreso exponentes de las concepciones occidentales sobre lo que debía ser el partido socialdemócrata. Lo peor para Lenin fue que estos últimos obtuvieron un apoyo inesperado de algunos socialdemócratas que hasta entonces habían apoyado a Plejanov y Lenin, colaborando con ellos en la redacción de *Iskra*. El debate surgió en una discusión sobre el punto primero de los estatutos del partido. Lenin y los que después serían llamados bolcheviques querían restringir la militancia a los que reconociesen el programa del partido y participasen «personalmente en una de

las organizaciones del partido». Respecto de esta cláusula, Martov y los que más tarde serían los mencheviques consiguieron que se aprobara la redacción siguiente: «… bajo el control y orientación de una de las organizaciones del partido». Tras lo que en aquellos momentos parecía una discrepancia relativamente pequeña, Lenin acertó a entrever dos concepciones del todo diferentes sobre lo que había de ser la organización del partido.

Refiriéndose al trabajo clandestino, Lenin decía: «Nos es casi imposible distinguir a los charlatanes de los que verdaderamente trabajan. Sería difícil encontrar otro país en el mundo en el que haya tanto equívoco y tan pernicioso por la confusión de esas dos categorías de afiliados. Padecemos gravemente la presencia de esta enfermedad, no sólo entre los intelectuales, sino también entre la clase obrera; a este respecto, tengo que decir que la fórmula propuesta por el camarada Martov legaliza definitivamente esa situación… Es mejor que diez personas que trabajen de verdad no se consideren miembros del partido (¡los que de veras actúan no andan a la caza de títulos!), que no que un solo charlatán tenga el derecho y la posibilidad de ser miembro del partido».

Los mencheviques estaban pensando en términos de un partido parlamentario, en razón del cual había que atraer al mayor número de votantes posible, y para ello era preciso exigir también lo menos posible a los miembros del partido; ahora bien, en la Rusia de 1903 no había ni parlamento ni electores. Lenin defendía la posición de que abogar ciegamente por un tipo de partido al estilo occidental, en las condiciones de la Rusia de entonces, tenía por objeto atraerse a los «profesores y estudiantes universitarios», quienes jamás se someterían a la disciplina necesaria para el trabajo clandestino. Los bolcheviques querían

construir un partido «de un nuevo tipo», cuyos miembros estuviesen unidos por una identificación total en cuanto a los objetivos fundamentales, todos los cuales deberían estar dispuestos a trabajar para su cumplimiento, sometidos a órdenes si era necesario. «Pocos pero buenos», «hacer lo más pequeño para poder hacer luego lo más grande», eran consignas de Lenin referidas a esta cuestión y expresadas en ésta y muchas otras ocasiones. Un partido parlamentario occidental no sería otra cosa que una simple suma de individuos separados, no un organismo con una voluntad única; el partido entendido como suma de individuos correspondía perfectamente a la estructura atomizada de la sociedad burguesa, no a la disciplina y organización de la producción en las fábricas, «basadas en el trabajo colectivo organizado para una producción técnicamente muy desarrollada». Lenin acudía con frecuencia a este ejemplo para brindar un modelo comprensible a los intelectuales procedentes de la clase media. La clase obrera está entrenada «para la organización por la misma vida que lleva», de un modo que los «caballeros anarquistas», con preponderancia entre los exiliados, nunca podrían comprender.

El marxismo es un producto de Occidente. Marx y Engels desarrollaron su teoría en base a un análisis de la civilización industrial en que vivían, como puso de manifiesto Lenin, y levantaron sus concepciones sobre la herencia de la filosofía alemana, la economía política inglesa y el pensamiento político francés. Una de las paradojas de la Revolución rusa es que esta teoría, rechazada por los líderes de los más importantes partidos socialistas de Occidente, fuese adoptada por un grupo revolucionario cuyas tradiciones nacionales eran tan diferentes de las de la democracia parlamentaria.

Y todo esto es lo que convierte el conflicto entre bolcheviques y mencheviques de 1903 en algo más que en un simple choque entre dos puntos de vista diversos sobre organización y táctica; también en esto descubrimos o presentimos algo de la grandeza de Lenin. Véanse, si no, sus propias palabras sobre la madurez de la Rusia revolucionaria para el marxismo:

> Durante casi medio siglo —de 1840 a 1890, aproximadamente—, los pensadores avanzados en Rusia, sometidos a la opresión de un zarismo salvaje y reaccionario en grado sin precedentes, buscaron con afán la teoría revolucionaria correcta, en pos de cada «último grito» lanzado en Europa y América sobre ese tema con asombrosa diligencia y tenacidad. Rusia llegó al marxismo, la única teoría revolucionaria correcta, prácticamente a través del *sufrimiento*, durante todo un medio siglo [...] de heroísmo revolucionario sin precedentes, de energía increíble, de dedicación a la búsqueda de lo correcto, de estudio, de experimentar una vez y otra en la práctica, de fracasos y decepciones, verificando y comparando sus experiencias con las de Europa.

Lenin dedicó su vida a aplicar el marxismo a las condiciones específicas de Rusia. En él convergían dos mundos: la *tradición revolucionaria nacional*, que surgía de las necesidades de la vida rusa, conformada por la estructura del Estado zarista, y que fue modificada por el *socialismo científico*, por el análisis atento de las fuerzas sociales en una situación dada, análisis que Lenin hacía gracias al marxismo. Ninguna de estas dos tradiciones, encarnadas en Lenin y a las cuales dieron vida y expresión los bolcheviques en 1903 —la de los revolucionarios rusos y la del marxismo—, tenía apenas nada que ver con la tradición liberal y parlamentaria que los mencheviques querían trasplantar al suelo de Rusia, tan difícilmente adaptable. La socialdemocracia de Bernstein y de los «revisionistas» alemanes estaba tan fuera de lugar en Rusia como el liberalismo a la inglesa de Struve: porque

no tenían raíces sociales. Aunque los mencheviques eran preponderantes en el extranjero, los comités locales del partido en Rusia eran en su mayoría bolcheviques, como también los principales sindicatos. «Los leninistas […] tienen detrás de ellos en Rusia a una mayoría abrumadora de las organizaciones socialdemócratas clandestinas», informó la policía política durante la guerra.

Por estas razones, tan pronto como llegó la prueba de la práctica, el bolchevismo —hasta entonces una más entre las muchas facciones existentes, y aparentemente menos fuerte que la de los mencheviques— arrolló todo lo que se le puso por delante. Cuando Lenin hablaba a la muchedumbre en la estación de Finlandia, desde el vagón blindado que le llevaba a Petrogrado, en abril de 1917, hablaba en él no sólo el discípulo de Marx y Engels, sino también el heredero de Pestel, Chernichevski y Zeliabov, como muy bien sabía el propio Lenin. El lema de *Iskra* («La Chispa») era una frase escrita en una carta por un grupo de decembristas exiliados en Siberia y dirigida a Puchkin: «Una chispa encenderá la hoguera».

VII

Sin embargo, existía un dilema real en la combinación de socialismo y disciplina en el partido. Lenin reconocía que «en Rusia, la teoría de la socialdemocracia surgió con entera independencia del desarrollo espontáneo del movimiento obrero; surgió como fruto natural e inevitable del desarrollo de las ideas entre los intelectuales socialistas y revolucionarios». Sólo se podía

llevar el marxismo al movimiento obrero «desde fuera», pues sólo los intelectuales, procedentes de clases pudientes, tenían formación, tiempo y posibilidades para el estudio teórico. Y «sin una teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario».

Ahí estaba el problema. Todos los movimientos revolucionarios rusos del siglo XIX habían estado dominados por intelectuales. Pero, conforme avanzaba el siglo, los intelectuales —salidos, la mayoría, de las clases acomodadas—, aun rechazando el sistema social que los mantenía, perdieron sus propias raíces y la estabilidad. Las novelas rusas de ese período han hecho proverbial el reblandecimiento, la indecisión y la «mentalidad timorata» de la intelectualidad prerrevolucionaria.

Lenin nunca se fió de su propia clase, diciendo que los intelectuales no podían evitar el verse afectados por el desarrollo capitalista de Rusia y por las nuevas posibilidades de trabajo confortable y lucrativo que se les ofrecían si abandonaban las teorías revolucionarias de sus años mozos. De acuerdo con estas ideas, Lenin procuró siempre que una alta proporción de puestos de dirección en el partido estuviese ocupada por obreros. Inevitablemente, los intelectuales predominaban entre los teóricos y organizadores en el extranjero; pero Lenin se burlaba y hasta amenazaba a los que perdían el contacto con el movimiento revolucionario en Rusia. En 1915, manifestó: «Medio siglo de emigración política rusa (y treinta años de organización *socialdemócrata*) […] han demostrado que todas las declaraciones, conferencias, etc., en el extranjero no van a ninguna parte, carecen de importancia, son ficticias, si no se apoyan en un movimiento consistente de una capa social determinada en Rusia». En 1917, las dos terceras partes del

partido eran obreros.

La solución, por consiguiente, como vio Lenin, estribaba en que los obreros mantuviesen un control sobre sus dirigentes del partido, al mismo tiempo que utilizaban los conocimientos teóricos de éstos y preparaban nuevos dirigentes salidos de la clase obrera y que hubiesen asimilado las enseñanzas de los teóricos. Por su parte, los teóricos tenían que ser muy conscientes del papel que les correspondía y de sus limitaciones; no debían utilizar el «atraso» teórico de los obreros como excusa para cerrarles el paso, ni, en palabras de Plejánov, «mirar con desprecio los aspectos arcaicos del proletariado ruso». «Los intelectuales —decía Lenin— debemos hablarnos menos de lo que ya sabemos y más de lo que no sabemos y que no podremos aprender nunca en nuestra experiencia en las fábricas y en la lucha sindical.» En cuanto se forme el Partido «*de verdad* [después de 1903], el obrero con consciencia de clase tiene que aprender a distinguir la mentalidad del soldado del ejército proletario de la mentalidad del intelectual burgués que se pavonea con sus frases anarquistas; tiene que aprender a *insistir* en que las obligaciones para con el partido tienen que cumplirlas no sólo los miembros de la base sino también "los de arriba"».

Esta última observación se dirigía a los líderes mencheviques. Aunque éstos consiguieron que se adoptara su versión del punto primero de los estatutos al comienzo del congreso de 1903, la posterior retirada de un grupo derechista dejó una estable mayoría bolchevique. (En adelante, cuando hablemos de bolcheviques y mencheviques, tendremos ya presente el significado de estos nombres en ruso, «mayoritarios» y «minoritarios», respectivamente.) Los mencheviques se negaron a aceptar muchas de las decisiones de la mayoría, y de ahí el

nombre con el que se les conoce desde entonces; si bien las dos facciones cooperaron en ocasiones, constituyeron en la realidad dos partidos diferentes y separados. La escisión formal y definitiva se produjo en 1912.

VIII

Me ha parecido que valía la pena examinar un poco este primer desacuerdo, en apariencia trivial, porque la verdadera diferencia de perspectivas estuvo íntimamente ligada a la disputa en torno a la organización del partido. Esto se vio claro en la práctica durante la revolución de 1905, en que los mencheviques sostenían que, en una revolución burguesa, la principal fuerza conductora debían ser los liberales, y que los socialdemócratas tenían que limitarse a ayudar a los partidos liberales a conseguir reformas constitucionales, pero sin hacer nada que pudiera atemorizarlos y lanzarlos en brazos de la reacción. Los bolcheviques habían heredado de Marx y Engels la concepción de que la burguesía no sería capaz de dar cima a su propia revolución democrático-burguesa sin los empujones y presiones de los «elementos plebeyos» de la sociedad; Lenin y sus seguidores, por tanto, querían participar en esa revolución democrático-burguesa desempeñando un papel específico e independiente, y buscar al campesinado como aliado suyo.

Los acontecimientos vinieron a dar la razón a estas tácticas. Aunque en 1906 se otorgó una Constitución, al cabo de dos años de estar vigente, los derechos políticos que amparaba habían quedado tan menguados que se daba el caso de que un solo

terrateniente tenía más representación en la Duma que quinientos obreros urbanos. No había la menor posibilidad de que los partidos de la clase obrera llegaran al poder por ese camino; por lo demás, la jurisdicción y el margen de movimientos de la Duma, sus funciones, estaban tan circunscritos y limitados que fue necesaria una revolución antes incluso de que los partidos liberales subiesen al poder en marzo de 1917.

Después de esta revolución, los mencheviques apoyaron al principio al gobierno *cadet* (liberal), y luego entraron a participar en la coalición con los *cadets* y los socialistas revolucionarios, con el programa común de proseguir la guerra contra Alemania; los bolcheviques se opusieron a la guerra y al gobierno y desencadenaron la revolución en octubre, la segunda en ese mismo año, por la que los mencheviques quedaron eliminados. Todavía en 1918, los representantes de estos últimos seguían repitiendo de manera lamentable que aquélla era una revolución burguesa y que ni «todos los logros sociales posibles de las masas obreras eran capaces de cambiar los cimientos del orden capitalista»; consiguientemente, los «experimentos socialistas» conducirían sólo a la desintegración económica. Tras esta monumental confesión de bancarrota política, los dirigentes del partido menchevique desaparecieron de la historia, no sin antes cooperar con los Guardias Blancos, intentando así demostrar, con la ayuda de las bayonetas extranjeras, la inviabilidad de los experimentos socialistas de los bolcheviques.

Se acepte o no la tesis de Lenin de que «el bolchevismo puede servir de modelo de táctica para todos», no hay en cambio duda de que, dada la necesidad de la revolución para conquistar incluso las reformas más modestas, la concepción que tenían los

bolcheviques de lo que debía ser el partido demostró ser mucho más adecuada a las condiciones rusas que la copia de los partidos occidentales propuesta por los mencheviques, que, en condiciones muy diferentes, se había adaptado a una lucha no revolucionaria. Lenin declaró después que los años comprendidos entre 1903 y 1917 fueron años de experiencia práctica en la aplicación del marxismo a las condiciones rusas, unos años, repetía, que en cuanto a riqueza en experiencias no tenían igual en el mundo, pues ningún otro país en estos quince años había pasado, ni por aproximación, por esta experiencia revolucionaria, por esta rápida y variada sucesión de diferentes formas del movimiento: legal e ilegal, pacífico y violento, clandestino y abierto, en pequeños círculos y en movimientos de masas, parlamentario y terrorista. En ningún otro país se había dado una concentración semejante, y en tan corto período de tiempo, de formas, matices y métodos de lucha, en la que estaban envueltas *todas* las clases de la sociedad moderna, y, además, de una lucha que, debido al atraso del país y al férreo yugo del zarismo, maduró con rapidez excepcional y supo asimilar con ansia el apropiado «último grito» de la experiencia política de América y Europa.

En estos años de prueba, los bolcheviques desarrollaron una filosofía política y supieron analizar el significado y alcance de los acontecimientos de forma más realista que todos sus rivales, lo que se demostró por la facilidad con que superaron a todos los partidos en los meses revolucionarios de 1917. En Alemania, después de noviembre de 1918, en similares condiciones de derrota militar y de revolución social, el gran partido socialdemócrata, con sus millones de miembros, demostró su incapacidad para dominar la situación y elaborar una política

revolucionaria positiva y convincente.

En Rusia, en 1917, lo decisivo fue el dominio bolchevique de la *realidad*, de la acción, de lo concreto. El partido sabía exactamente lo que quería, qué concesiones *concretas* tenía que hacer a diferentes grupos sociales en cualquier estadio dado, cómo convencer a las masas de la población con *acciones*, lo que le correspondía hacer a él —el partido— y lo que les correspondía a las masas. La organización del partido le permitió a éste tener una gran flexibilidad y capacidad de maniobra, combinada con firmeza y decisión en la búsqueda del objetivo último, visto con toda claridad. Esto fue lo que ganó para los bolcheviques la confianza de una masa de seguidores suficiente para permitirles tomar el poder y conservarlo, mientras los mencheviques y los socialistas revolucionarios se desacreditaban por la inoperancia de sus frases más elocuentes ante la realidad, ruda y asombrosa.

Después de la Revolución de Octubre y de la guerra civil, el partido comunista (bolchevique), tan diferente como era ya, por su estructura y sus principios, de los partidos socialdemócratas europeos, se convirtió en la única organización política legal dentro del Estado, algo que apenas podía reconocerse como un partido; los Webb llamaron a este nuevo fenómeno «vocación de dirección».

Ingresar en el partido era cada vez más difícil. Lenin insistió en que era necesario someter a los nuevos ingresados a un período de prueba de larga duración, con frecuentes purgas al objeto de cerrar el paso a los oportunistas y arribistas, sobre todo cuando la clandestinidad y su dureza no operaba ya como mecanismo de selección natural. Una vez aceptado como miembro del partido, no era fácil continuar dentro de él a menos

que se justificase abnegación, entrega y capacidad de trabajo para el partido. La concepción que se tenía entonces del partido era la de un cuerpo de personas de gran energía, muy bien entrenadas, desinteresadas y capaces de contribuir a la construcción del socialismo y de llevar convicción y garantías a las masas de sus compatriotas. No era fácil la admisión en un organismo semejante.

Sólo en dos ocasiones se abrieron de par en par las puertas del partido. La primera fue en agosto de 1919, en los peores momentos de la guerra de intervención contra el nuevo Estado soviético, cuando el ejército de Denikin amenazaba directamente a Moscú; en esa ocasión, ingresaron en el partido 120.000 nuevos militantes. Después de la muerte de Lenin, en 1924, hubo una gigantesca oleada de nuevos ingresos: «En esos días de duelo — dice la *Historia* (oficial) *del Partido Comunista de la Unión Soviética*—, todos los obreros conscientes de la clase a la que pertenecían definieron su actitud hacia el Partido Comunista»; de resultas de este fenómeno, el partido registró 240.000 nuevos miembros, dispuestos a continuar la obra de Lenin.

Capítulo IV

HACIA UN ESTADO DE OBREROS Y CAMPESINOS

El destino de nuestro país depende, en última instancia, de vuestras decisiones, de las decisiones y de la voluntad de la mayoría del pueblo.

Lenin, en un llamamiento a la población del campo, en diciembre de 1917

I

No deja de ser paradójico, aunque es una paradoja a la que ya nos hemos acostumbrado, el hecho de que la revolución que los bolcheviques llamaron siempre «proletaria» se produjera en un país en el cual el 80 por ciento de su población eran campesinos, donde el proletariado era pequeño, en términos relativos y absolutos, más desde luego que en cualquier otro país de la Europa capitalista y desarrollada. En este capítulo queremos tratar el tema de cómo los bolcheviques superaron esta contradicción aparente.

A condición de que se hiciese un examen político correcto de los campesinos, no podía caber la menor duda sobre las

potencialidades revolucionarias de esta clase. En los pueblos rusos se vivía una tradición, al igual que en todos los países europeos bajo régimen de servidumbre, según la cual la tierra pertenecía por derecho propio a los campesinos. Esta tradición tenía sus fundamentos, en parte, en la nostalgia de un orden social más libre de los tiempos anteriores a la servidumbre, y en parte también, en el equitativo derecho de quienes cultivaban directamente la tierra a consumir sus frutos. En los pueblos campesinos, la tierra estaba dividida en dos mitades: una mitad era para los campesinos (aunque no en régimen de plena propiedad) y la otra mitad para los amos. A causa de esto, los campesinos cultivadores poseían menos tierra de la que cultivaban en realidad.

A los campesinos redimidos de su servidumbre se les había otorgado unos lotes de tierras, pertenecientes a los señores terratenientes. El gobierno indemnizó largamente a los señores por esto. Y, a cambio, los campesinos tenían que pagar al gobierno un canon destinado a redimir definitivamente la tierra, pues, en tanto no lo pagaran enteramente, era propiedad del gobierno. A esta cuota de redención se le dio el nombre usado anteriormente para indicar el pago por el cual el siervo quedaba libre de su condición. Hasta que no pagase el «precio de adjudicación de parte», el campesino seguía bajo el imperio de determinadas servidumbres feudales. El precio de «adjudicación de parte» se estableció muy alto, pero, por lo general, los lotes o partes que se entregaban a los campesinos eran los peores de la propiedad del señor, el cual se quedaba casi siempre con todos los terrenos forestales, de los que, hasta entonces, el campesino había sacado madera para construir y leña para calentar el hogar. A excepción de los campesinos ricos, todos los demás hombres

del campo se endeudaron al querer liquidar puntualmente sus obligaciones anuales de pago para con el gobierno, deudas que fueron abolidas tras la revolución de 1905. Una vez canceladas todas estas deudas por decreto gubernamental, y tras calcular el valor de las parcelas de tierra asignadas a los campesinos en 1861, se descubrió que lo que los campesinos habían pagado ya anualmente representaba el triple del valor de esas tierras. Lenin, refiriéndose al tema, citó en cierta ocasión, apoyándose en él, al propagandista radical Chernichevski, quien había expresado un punto de vista crítico en medio del entusiasmo general de los liberales rusos por la «gran reforma»: «Los campesinos que tengan dinero comprarán tierras. Pero ¿de qué sirve incitar a los que no lo tienen a comprarla? Se arruinarán. Y da lo mismo que se arreglen para pagar a plazos; el resultado será el mismo». «No hay libertad sin tierras», había dicho Herzen en 1865.

Entre 1861 y 1905, la extensión media de las propiedades de los campesinos disminuyó en un tercio. Al aumentar la población, este proceso se agudizó, debiéndose aquel aumento, en parte, a las mejoras introducidas por los zemstvos liberales en los servicios médicos. Simultáneamente, además, la posesión de parcelas insuficientes y malas y la dificultad de obtener permiso para desplazarse con libertad, ataban al campesino a la tierra tanto como le había atado la servidumbre feudal. De rechazo, esto hacía que el terrateniente tuviese siempre a su disposición mano de obra barata y en cantidad. Se calcula que antes de la revolución había unos 20 millones de personas de más en el campo, o sea, que casi uno de cada cinco habitantes era superfluo desde el punto de vista económico. Desde 1886 en adelante, el terrateniente tenía derecho a despedir a un trabajador sin la menor apelación ni aviso, por «insolencia», por ejemplo; en

cambio, el trabajador no podía romper su contrato ni aun por motivos de malos tratos, y si se escapaba de la finca, la policía lo devolvía a ésta. Desde 1906, el código penal actuaba de oficio contra los trabajadores agrícolas que hiciesen huelga.

«Aunque los campesinos pagaron su liberación —escribía Lenin— no lograron ser hombres libres; siguieron estando atados por veinte años más; se les redujo a la más ínfima condición y así han estado hasta hoy [abril de 1901]: podían ser azotados, tenían que pagar impuestos especiales, no tenían derecho a salir libremente de la comuna semifeudal ni disponer a su albedrío de sus tierras y menos aún establecerse en cualquier otro territorio del Estado ruso.» Los 42 millones de rublos recaudados por el impuesto personal lo pagaban los campesinos ellos solos, y de los 166 millones de impuestos directos, contribuían con 153. Uno de los «poemas en prosa» de Turguenev cuenta la historia de un carretero que se vio obligado a marchar a la ciudad para ganar un dinero con el que pagar sus impuestos; en su ausencia, su mujer murió del cólera. «El campesino —decía Lenin— tenía que ganar dinero a toda costa para poder pagar los impuestos derivados de la "benéfica reforma", para redimir sus tierras, para comprar unos pocos utensilios de los más miserables —que, por cierto, empezaban ya a desplazar la manufactura artesanal y doméstica del campesino—, para comprar pan, etc.»

De esta suerte, el campesino se iba haciendo consciente de que el Estado era para él una fuerza extraña y hostil, que exigía mucho y no daba nada. Esta actitud se reflejó en un desarrollo de los partidos campesinos en Rusia, en cuyos planteamientos había muchos elementos anarquistas. De todas formas, el campesino no trasladaba del todo su hostilidad y resentimiento del terrateniente al Estado. Uno de sus principales objetivos era

liberarse de las opresivas anualidades que pesaban sobre la parte de tierras que le correspondían, pero otro no menos importante era el de obtener la otra parte de tierras, las que aún no poseía de ninguna forma. Los asentamientos de 1861 habían establecido una relación geográfica muy desigual entre el campesino y el señor. El campesino miraba las cercas que rodeaban las tierras del señor como un obstáculo artificial impuesto de manera arbitraria, y estaba decidido a echarlas abajo a la primera oportunidad. Para el campesinado, la revolución de 1905 fue «la palanca».

La «emancipación» [de 1861] llevó a la larga a las clases burguesas un sentimiento de desazón e intranquilidad, en parte porque había animado la hostilidad del campesinado hacia ellas y en parte también porque entonces se empezó a ver con radiante claridad que eran unos parásitos. Muchos terratenientes eran absentistas y el trabajo de sus tierras recaía sobre campesinos cuya única diferencia respecto de los siervos era que percibían salarios. Fue este sentimiento o complejo de culpabilidad, de estar ocupando una posición de explotación sin parangón posible en el mundo occidental —al que se volvían en busca de ideas y cultura — lo que quebrantó la moral y la confianza en su sistema social a los propietarios más conscientes. Sin embargo, los intelectuales de la clase propietaria criticaban igualmente las relaciones sociales en la forma en que se habían desarrollado en Occidente. En *Ana Karénina*, publicada en 1877, Lenin deploraba «cierta relación con el trabajo» que el sistema capitalista debería evitar en la agricultura, con la que el resto de Europa estaba descontenta. Muchos *naródniki* de la primera hora eran intelectuales aristócratas, como el héroe de Tolstoi.

No es, pues, casual que los primeros escritos de Lenin

trataran sobre el campesinado ruso. El campesino era, en frase de Turguénev, «la esfinge de todas las Rusias». Todos los partidos buscaban afanosamente su apoyo, la mayoría presumían de tenerlo, aunque pocas pruebas convincentes encontramos de lo que de verdad pensaban los campesinos. Eslavófilos y *naródniki* sentían la nostalgia romántica del pasado ante las decaídas instituciones comunales de los pueblos rusos, las cuales combinaban el autogobierno en los asuntos menudos de la vida agrícola con la regulación burocrática oficial, que procuraba fiscalizarlo todo. Los liberales burgueses, con su mirada puesta en parte en la Europa occidental, tendían a idealizar al campesino rico, el *kulak*. Como sus predecesores ingleses en los siglos XVII y XVIII, que ensalzaban al hidalgo hacendado como espina dorsal del país, los liberales rusos, al concentrar toda su atención en el kulak, perdían de vista la realidad de las masas de campesinos y su progresivo empobrecimiento. Los primeros marxistas rusos, atentos ante todo a la contraposición burguesía-proletariado, también propendieron a ignorar al campesino. Dirigían su propaganda, en lo principal, a los obreros de la ciudad, en contraste con los *naródniki*, para quienes «ir al pueblo» significaba ir al campesino.

Pero, en Rusia, a diferencia de otros países, los campesinos eran la inmensa mayoría de su población. En cualquier circunstancia, constituían una gran fuerza. En el pasado, habían sido una fuerza revolucionaria. En 1774-1776, un levantamiento de campesinos (junto con los obreros de las fábricas de los Urales), dirigidos por Pugachov, había llegado a controlar extensas áreas de Rusia a ambos lados del Volga. Antes y después de 1861, se produjeron disturbios agrarios, casas de personas ricas habían sido quemadas y echadas abajo las cercas que

protegían las haciendas. En la época en que Lenin era ya un revolucionario maduro, las condiciones de vida del campesinado estaban llegando a un punto intolerable, y en el campo se vivía una efervescencia social que estallaría, casi espontáneamente, en 1905-1907. El partido que lograse agrupar tras de sí al campesinado y dirigirlo constituiría la fuerza más poderosa de Rusia.

II

Lenin conocía el problema agrario a fondo y, además, directamente. En Kazan, a la edad de dieciocho años, dio mucho que hablar porque se pasaba horas enteras discutiendo con los campesinos de sus problemas. Durante el tiempo que ejerció la profesión de abogado, se especializó sobre todo en querellas por cuestiones de tierras y en la defensa de campesinos pobres. Incluso antes de estas fechas, había sostenido un prolongado debate con un radical del pueblo de su madre en torno al grado de desarrollo capitalista a que había llegado la comarca de Samara. Cosa característica de él, Lenin instó a su amigo para que recogiera cifras detalladas de la situación de hasta doscientas familias, siguiendo un método de su invención. Ya en San Petersburgo, no dejó de insistir hasta que ese amigo le remitió los datos.

En su destierro en Siberia, cuyas condiciones eran muy diferentes, de nuevo tuvo ocasión de asesorar legalmente a campesinos y de obtener más información de la situación de los agricultores relativamente prósperos. Mientras otros teorizaban

sobre la comuna agraria, sobre las perspectivas de una transición directa de ella al socialismo, sobre el alma y los sentimientos del campesino, Lenin devoraba todas las obras genuinas y estudios oficiales que encontraba sobre el tema, los únicos elementos que arrojaban luz sobre la situación real del campesinado. Esto le permitió escribir algunos análisis apoyados en estadísticas detalladas: *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), seguido de *La cuestión agraria* (1908), las obras clásicas sobre el tema aún hoy.

El título de la primera obra sugiere ya las conclusiones a que llegó Lenin. Quedaba claro, de estos trabajos, que la comuna agraria estaba, en realidad, en pleno proceso de desintegración, y que a sustituirla venía, por una parte, el agricultor capitalista, y, por otra, el obrero asalariado del campo. Demostró que era un error hablar de «el campesinado» como grupo social único, como fuerza política única, porque la realidad era que ese campesinado estaba dividido por intereses de clase en conflicto. Lenin distinguía tres grupos: 1) los agricultores ricos, los kulaks, que cultivaban más de 53 acres, y que, según sus cálculos, comprendían el 12 por ciento de la población rural de Rusia y poseían el 31 por ciento de la tierra; 2) los campesinos medios, pequeños propietarios, con fincas de 35 a 50 acres, formaban el 7 por ciento de la población rural y con el 7 por ciento de la tierra; y 3) los campesinos pobres, cuyas parcelas eran inferiores a los 35 acres, poseían una caballería o ninguna y dependían muchas veces, para subsistir, del salario que obtenían trabajando para otros agricultores. Lenin estimó que estos últimos constituían el 81 por ciento de la población rural y sus tierras suponían el 35 por ciento del total. Además, su número crecía constantemente. Por último, los grandes terratenientes, el 0,002 por ciento de la

población rural, eran dueños del 27 por ciento de la tierra.

El capitalismo, por consiguiente, se extendía por el campo ruso. Empero, había un factor retardatario: el *mir*. *«Mir»* es una bella palabra del lenguaje ruso que significa no sólo «comuna rural», sino otras tres cosas más, sinónimas originariamente para el campesino: «el mundo», «el universo» y «paz». Uno que violase la comuna rompía también la paz. Esta antigua institución era el escenario del tipo de democracia y de autogobierno existente en el siglo XIX en Rusia. La comuna comprendía la propiedad de las tierras de los aldeanos, aunque, por lo general, eran cultivadas por separado. De tiempo en tiempo, se procedía a redistribuir las parcelas.

De 1861 en adelante, la comuna, en tanto que institución, era la encargada y responsable de recaudar los impuestos y los pagos para la redención de las cargas derivadas de la «emancipación». De esta forma se convirtió, en palabras de Lenin, en «asociación oficial, y no voluntaria». La existencia del *mir* resultaba muy útil al Estado tanto para que le resolviera problemas administrativos como fiscales; la comuna se lo hacía todo ella, bajo la mirada vigilante de la burocracia, y además era responsable de todo desacato cometido por sus miembros. Por esta razón, la burocracia deseaba conservar la comuna, porque la absolvía de la mayor parte del trabajo, porque venía a cumplir, sin gastos y beneficios absolutos, muchas funciones de gobierno, funciones que antes de 1861 habían recaído en el terrateniente. Hasta 1907, había sido prácticamente imposible salirse de la comuna.

Ahora bien, la aparición de las relaciones y la psicología capitalista en los pueblos minó profundamente el *mir*. Ya había dejado de ser un instrumento que favorecía la igualdad, puesto

que de hecho lo dominaban ya los campesinos ricos, quienes, en las redistribuciones periódicas, se concedían más y mejores tierras, al tiempo que endosaban cargas fiscales y tributos a los pobres. «Queremos una asociación para *combatir al rico*», explicaba Lenin al «pobre del campo» en 1903. «El *mir* no es bueno para nosotros de ninguna manera.» Pero, al mismo tiempo, aquel revivir de la comuna mataba el espíritu de empresa y la iniciativa de los kulaks, puesto que impedía la creación de fincas cercadas en las que pudiera invertirse rentablemente capital, y además restringía la concentración de la tierra al no poder ser ésta vendida ni hipotecada. Así que la supervivencia del «mir» hizo posible que se conservase de manera artificial un modo de producción antieconómico y entorpeció la movilidad del trabajo.

Así, pues, resumiendo las conclusiones de Lenin: el capitalismo ya se estaba desarrollando en el campo ruso, y, con él, la estratificación del campesinado. Una pequeña minoría de entre los campesinos más ricos, los kulaks, eran los que prosperaban, los únicos que estaban en condiciones de explotar a sus vecinos menos afortunados. Una parte mucho mayor del campesinado se había empobrecido tanto que tenían que trabajar como obreros asalariados para los terratenientes o los kulaks. En medio había una masa considerable de «campesinos medios», que cultivaban sus propias fincas en condiciones bastante precarias. Por otra parte, este grupo estaba en franco retroceso y disminuía a ojos vistas, unos porque ascendían a la categoría de kulaks, los más porque iban a engrosar las filas del campesinado pobre.

En términos sociales, creía Lenin, esto significaba que en la revolución que se avecinaba todos los grupos del campesinado no sólo estarían dispuestos a seguir la iniciativa y dirección de la

clase media, sino que incluso irían más lejos que la propia burguesía. «Hoy en día —escribía en 1905—, el campesinado está interesado no tanto en la conservación estricta de la propiedad privada como en la confiscación de las grandes fincas. [...] Aunque esto solo no basta para convertir a los campesinos en una fuerza socialista ni para que dejen de ser, en espíritu, pequeños burgueses, sí que puede hacer de ellos ardientes y radicales defensores de la revolución democrática. [...] Sólo una revolución plenamente victoriosa puede dar al campesinado *todo* lo que el campesino desea, lo que sueña y lo que en verdad necesita.» Por todo esto, Lenin abogaba por una «dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y del campesinado», y pensaba en la perspectiva de que el partido socialdemócrata formase parte de un gobierno provisional revolucionario para mantener y defender la revolución. Todavía en 1905, cuando pensaba que primero debía producirse una revolución burguesa, a pesar de ello añadía: «De la revolución democrática, y según la medida de nuestras fuerzas, la fuerza del proletariado consciente y organizado, empezaremos a pasar enseguida a la revolución socialista. [...] Nosotros estamos por la revolución permanente. Nosotros no nos pararemos a mitad del camino».

Su análisis le llevó al convencimiento de que inmediatamente después de que hubiesen sido eliminados de raíz los privilegios y la explotación feudales, los kulaks empezarían a sentir el mismo horror que la burguesía por la revolución. Y dada su posición económica dominante, los kulaks podrían quizás arrastrar a todo el resto del campesinado. Ahora, en la medida en que estuviesen en primer plano sus *intereses* de clase, no había razón, decía Lenin, para que el campesinado pobre (mayoría en el campo), ni

tampoco el campesinado medio, prefiriesen apoyar la continuación de la dominación burguesa, con la que nada tenían que ganar y sí todo que perder. Lo que estaba causando el empobrecimiento de los ya pobres antes y de la mayoría de campesinos medios era el desarrollo del capitalismo en las zonas rurales. Si, aprovechando todo esto, el partido socialdemócrata pudiera arrebatar a estos grupos de la influencia de los kulaks, no habría ninguna razón tampoco para que aquéllos no apoyasen de manera activa una revolución socialista, sobre todo si esta última cumplía su promesa de librar a los pueblos de la explotación de los kulaks y los terratenientes. Lo cual significaba que, una vez derrocado el feudalismo por un campesinado unido, la fase siguiente sería la de alinear juntos a campesinos pobres y medios contra los kulaks, en una lucha rural paralela a la que se libraba entre el proletariado y la burguesía en las ciudades.

La clasificación que hizo Lenin del campesinado demostró ser de mucha utilidad para todos los análisis e investigaciones efectuados después de él sobre ese tema; mas, para Lenin, esa clasificación tenía algo más que un simple interés académico. Fue la base de las diferentes fases por que pasó la política de los bolcheviques para el campesinado: 1) todo el campesinado contra el feudalismo; 2) los campesinos pobres contra la burguesía, con el campesinado medio al margen; 3) apoyo del campesinado medio en la lucha final contra los kulaks, mediante la presión del Estado y la experiencia convincente de las ventajas de la agricultura colectiva en gran escala. «Sólo si conseguimos probar a los campesinos en la práctica las ventajas de los métodos sociales, colectivos, cooperativos […] de cultivar la tierra […] será capaz la clase obrera, que tiene en su poder el Estado, de demostrar lo correcto de su posición al campesino, que en

número de millones se adherirán entonces a ella de manera firme y duradera.» Por esta razón, Lenin fue siempre enemigo de cualquier colectivización por la fuerza, de la que no quería oír ni hablar, e insistía en que los hombres sólo se convencen por su propia experiencia.

Vemos así que hay un hilo conductor lógicamente consistente en la política bolchevique, desde los soviets rurales de 1905 y 1917, los comités de campesinos pobres en 1918, hasta aquel día de 1934 en que el gobierno soviético proclamó que los kulaks habían sido liquidados «como clase». Independientemente de que simpaticemos o no con los resultados de esta política, no deja de ser impresionante la solidez de exposición y la vigencia de las directrices expuestas en la modesta obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de 1899, y que se revelan con claridad en la declaración de Stalin de 1936 con motivo de la promulgación de la nueva Constitución soviética, refiriéndose en concreto a que «la economía de nuestro campesinado está basada no en la propiedad privada, sino en la propiedad colectiva, que se ha desarrollado gracias al trabajo colectivo». La política agraria seguida por el gobierno soviético después de la muerte de Lenin la había trazado el propio Lenin, aunque no tenemos por qué suponer que él habría aprobado los métodos empleados.

III

El caso más notable de personas convencidas, si no por los escritos de Lenin, sí al menos por los hechos sobre los que él fue el primero en llamar la atención, fue Stolipin. Stolipin había sido

nombrado primer ministro en julio de 1906, en lo más álgido de los motines revolucionarios, con el encargo de quitar de en medio a la Duma del Estado y de restablecer el «orden». Pero no fue precisamente el viejo orden lo que fue restablecido. La revuelta campesina había sembrado el pánico entre la burocracia y las clases dominantes, y por eso a Stolipin se le permitió adoptar una táctica totalmente nueva para hacer frente y controlar la situación en el campo. Podríamos describir esa táctica como la misma que la de los bolcheviques pero al revés. Lo que quería Stolipin era ayudar y estimular el desarrollo de fuerzas capitalistas en el campo. La revolución logró arrancar del gobierno la abolición de las redenciones anuales por tierras entregadas a los campesinos por el gobierno y pagadas por éste a los terratenientes a precio de oro. Con la abolición, el *mir* perdió mucha de su antigua utilidad para la burocracia. Mediante una serie de decretos promulgados en otoño de 1906, Stolipin otorgó a los cabezas de familia derechos de propiedad absolutos sobre sus tierras de cultivo, junto con el derecho de establecer compromisos particulares con independencia de la comuna y de consolidar la situación financiera de las tierras. Hasta ese momento, la propiedad de estas tierras correspondía en su conjunto a la comuna, que era la institución que representaba frente a otros a los campesinos. De esta suerte, todos menos los cabezas de familia fueron expropiados de manera efectiva. Los agricultores pudieron entonces disponer de créditos —los que se hacían merecedores de ellos— con los que financiar la compra de fincas a cualquiera en disposición de venderlas, bien terratenientes asustados por los acontecimientos de 1905-1906, bien campesinos sin recursos a los que ahora se les permitía desprenderse de sus parcelas e irse a donde quisieran. En 1917, la

mitad de las tierras dejadas a la burguesía en 1861 habían pasado ya a manos de labradores, unos en calidad de arrendatarios y otros como compradores de pleno derecho. Este proceso de suplantación de una clase por otra en el campo sólo tenía precedente en lo ocurrido dos generaciones antes de 1789 en Francia, y, posiblemente también, dos generaciones antes de 1640 en Inglaterra.

La política de Stolipin significó el final de la comuna aldeana y el triunfo del ayúdate-a-ti-mismo o del individualismo en el campo. Con ello, el gobierno pretendía ensanchar su base social y ganarse el apoyo no sólo de la clase terrateniente, sino también el de los kulaks. «Nosotros estamos jugando fuerte y vamos a por todas», se dice que comentó el propio Stolipin. Los más débiles se quedaron en la cuneta o hubieron de marcharse a las ciudades. Al mismo tiempo, junto con la destrucción de la comuna, disminuyó el número de obreros de fábricas que aún conservaban un lazo de unión con la vida campesina bajo la forma de pequeñas parcelas a las cuales volver en caso de necesidad.

La política seguida por Stolipin pretendía promover una revolución agraria, bajo el patrocinio del gobierno, más radical incluso que la inglesa del siglo XVIII y de efectos casi tan demoledores como la colectivización de los años treinta en nuestro siglo. De haberse llevado a su total cumplimiento, habría afectado desfavorablemente los intereses de las grandes masas del país, más desde luego que ninguna de las dos revoluciones agrarias a que nos hemos referido. Una vez disuelta la primera Duma del Estado, Stolipin tuvo que aplicar su política por decreto. Para que le fuese aceptada la disolución de una segunda Duma del Estado tuvo que reducir de manera drástica las libertades cívicas y políticas. Y aún así, el nuevo régimen sólo

pudo mantenerse gracias a la violencia y los tribunales militares. Más de 11.000 personas fueron condenadas a diversas penas en 1907, 3.500 de las cuales murieron en la horca. «Las corbatas de Stolipin», así llamaba el pueblo, con acento sombrío, a las horcas. Hubo pueblos en los que uno de cada diez hombres sufrió suplicio de azote.

Lenin consideraba la política de Stolipin la peor de entre las vías alternativas de desarrollo en Rusia. «El desarrollo burgués de Rusia en 1905 —escribió— había alcanzado ya un punto en el que todo reclamaba la liquidación de la sobrestructura existente, el sistema viejo y medieval de propiedad de la tierra [...]. Vivimos ahora el período histórico de esa destrucción, que las diferentes clases de la Rusia burguesa intentan, cada una a su modo, realizar y completar: los campesinos (más los obreros) mediante la nacionalización [...] los terratenientes (más la antigua burguesía "girondina")» mediante los decretos de Stolipin. Trastocando el orden de esas dos vías posibles de desarrollo, Lenin los llamó «la vía prusiana y la vía americana».

«En el primer caso, el latifundismo feudal se convierte paso a paso en burgués, el latifundismo "Junker", que condena a los campesinos a un futuro de expropiación y servidumbre de las más penosas, mientras, al mismo tiempo, una pequeña minoría de campesinos ricos asciende a lo más alto. En el segundo caso, no hay latifundismo, destruido por una revolución, el resultado de la cual es la confiscación de las fincas y su división en pequeñas parcelas. En este caso predomina el campesino, se convierte en el único tipo de agricultor, evolucionando hacia el labrador capitalista.» Lenin prefería la «vía americana», porque permitía un desarrollo capitalista más libre y rápido, con la consiguiente eliminación de aquellos elementos feudales de la

sociedad rusa a los que suponía que Stolipin deseaba unirse. Y, tal como él indicaba, la mayoría de los diputados agrarios en la primera y segunda Duma del Estado votaron a favor de una política agraria coincidente con la «vía americana» más que con el «socialismo ruso».

Si la política emprendida por Stolipin se hubiese podido continuar pacíficamente durante algunas décadas, podría haber cambiado el curso de la revolución, dividiendo al campesinado y creando fuertes grupos de presión en el campo. Mas la guerra se llevó diez millones de campesinos y dos millones de caballos, sangría que afectó, sobre todo, a los pequeños propietarios. El hundimiento de 1917 se produjo antes de que la nueva burguesía rural hubiese tenido tiempo de asentarse y consolidar sus posiciones. Excepto en las regiones de las Tierras Negras, al sur, sólo una pequeña proporción de campesinos habían abandonado el *mir* de manera efectiva para 1917. (En todo el país, considerado en su conjunto, las familias «separadas» del *mir* no pasaban del 10 por ciento, si bien eran las más ricas; ellas solas ocupaban el 16 por ciento, aproximadamente, de todas las tierras comunales.) Ahora bien, esa proporción era en realidad tan insignificante que los «separatistas» pudieron ser obligados a volver en 1917, cuando «el *mir* aún era algo vivo y activo, aunque los campos estuviesen baldíos».

La política de Stolipin aceleró el proceso de disolución ya en marcha de la sociedad comunal. Mas, al mismo tiempo, quizá fortaleciese también la lealtad de todos, salvo los más ricos, a esta institución. Ciertamente, la idea del *mir* estaba arraigada y su desaparición fue difícil. Después de Stolipin, algo muy parecido al *mir* reapareció al fundarse los pueblos soviéticos; después de la Nueva Política Económica surgió otra forma de institución muy

diferente pero, a la vez, muy parecida con las granjas colectivas, que combinaban la eficiencia técnica con un tipo de propiedad de la tierra similar al del *mir.* Así fue como el sueño de los viejos dirigentes *naródniki* —una forma singular del socialismo ruso— se hizo realidad, aunque fuera fruto de un desarrollo de acontecimientos muy diferentes del predicho por aquellos tempranos revolucionarios.

IV

En manos del partido bolchevique, la eficacia de los análisis de Lenin se demostró de forma notable en dos ocasiones principales. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, el gobierno soviético adoptó la política agraria de los social-revolucionarios, herederos de las concepciones de los *naródniki* casi sin modificación, y pidió al campesinado que apoyase con todas sus energías la aplicación de esa política, inédita durante los ocho largos meses que los dirigentes social-revolucionarios habían dominado el gabinete. El partido se escindió a propósito de esta cuestión; la izquierda de los social-revolucionarios proclamó su adhesión al gobierno soviético y se ganó así el apoyo de la masa de campesinos; los viejos dirigentes derechistas de ese partido, al quedar así aislados, dejaron de crear problemas serios y pronto fueron absorbidos por los contrarrevolucionarios, los llamados «blancos». Lenin había dicho siempre que el aparato político oficial del partido social-revolucionario estaba dominado por los intereses y las aspiraciones de los kulaks y los liberales, pero que no existían

intereses contrapuestos entre la masa de campesinos y los obreros de las ciudades. Un soldado bolchevique que organizó a primeros de mayo de 1917 el reparto de las fincas del latifundista del lugar, analizaba la situación de esta forma lúcida y clara: «Los social-revolucionarios miembros de los comités de distrito nos acusaron de que nuestra acción era ilegal, pero no por eso renunciaron a su parte del coto».

La segunda vez que los análisis de Lenin permitieron al partido bolchevique aplicar una política correcta fue durante el período de guerra civil y de intervención, cuando las comunicaciones y el tráfico comercial estaban seriamente alterados y ciudades y tropas sufrían de escasez de alimentos. Los campesinos con excedente de grano empezaron a acapararlo. Ante esta situación de emergencia, los bolcheviques hicieron un llamamiento a aquellos campesinos que poco iban a ganar con el acaparamiento especulativo y tenían casi todo que perder si era derrotada la revolución. Los bolcheviques formaron comités de campesinos pobres en todos los pueblos, les concedieron amplias prerrogativas de inspección y confiscación, confiándoles además el abastecimiento de productos del campo a las ciudades. El grano salió de sus escondrijos, las ciudades fueron abastecidas y la revolución fue salvada. No habían pasado diez años de estos hechos cuando ya las ciudades pagaban su deuda enviando al campo centenares de miles de tractores y cosechadoras con que sustituir el viejo utillaje y los arcaicos aperos de los campesinos pobres y medios, organizados ya en granjas colectivas; mientras, los kulaks y los especuladores siguieron a sus líderes de la derecha social-revolucionaria al olvido y la desaparición.

El desarrollo del capitalismo en Rusia aplicó a un país agrario la teoría que Marx había elaborado para el movimiento obrero

del Occidente industrializado. De ahí que los análisis y las tácticas propuestos por Lenin alcanzaran significado y perspectiva incluso fuera de Rusia e, incluso, después de su muerte. Aún hoy siguen teniendo importancia en la Europa del Este, donde una reforma agraria patrocinada por los comunistas ha liquidado las grandes propiedades y, con palabras marxistas, «ha completado la revolución burguesa» poniendo fin a la dominación de los terratenientes y poniendo las bases sociales para una ampliación de la democracia. El mismo análisis y las mismas tácticas se están aplicando hoy aunque de forma diferente sobre extensas áreas de China. Cada vez se ve más claro que habrán de tener especial relevancia para Oriente Medio y la India. Ya están lejanos los días en que un Napoleón III o un Thiers podían manipular al campesinado para aplastar al proletariado revolucionario de las ciudades, o en que los gobiernos reaccionarios utilizaban a los partidos agrarios como arma contra el socialismo en los países atrasados y coloniales. Hoy, en la Europa del Este, los campesinos y los partidos agrarios en los que confiaba el Foreign Office británico como elementos de «orden» y estabilidad, han sufrido una transformación de arriba abajo, o más bien horizontal, siguiendo contornos de clase. Los Manius y los Macek han desaparecido del este de Europa como los Chernov en 1918; los seguidores de los Mikolaichik son ahora absorbidos como lo fuera el ala izquierda de los social-revolucionarios. Igualmente, ha sido con una política inspirada y orientada por la teoría leninista como los nuevos dirigentes agrarios han desbancado a sus rivales. Por eso, la moderna política europea parece tan confusa a todos aquellos que no están familiarizados con los escritos de Lenin.

Capítulo V

«¡TODO EL PODER PARA LOS SOVIETS!»

> El origen del poder soviético no reside en una ley estudiada de antemano y aprobada por el Parlamento, sino en la iniciativa directa de las masas, desde abajo y en todas partes.
>
> Lenin, abril de 1917

I

En los años anteriores a 1905, Lenin concentró sus energías principalmente en organizar el partido bolchevique, en clarificar sus relaciones con los liberales y con el campesinado. Abordó los problemas teóricos y organizativos con tanta pasión porque sabía que se acercaba la hora de la verdad, el momento decisivo de la acción. Ese momento llegó con la revolución de 1905, muy poco después de la escisión entre bolcheviques y mencheviques, escisión que había sido superada sólo muy a medias.

En 1905, la guerra ruso-japonesa arrojaba catástrofe tras catástrofe para los rusos, tanto por tierra como por mar. La autocracia ostentaba sin rebozo su incompetencia y corrupción en una escala sin precedentes. Todas las clases de la sociedad

estaban disgustadas con un régimen que no ofrecía ni libertad ni eficiencia. En diciembre de 1904, una huelga victoriosa en Bakú dio la primera señal de lo que se avecinaba. Hubo manifestaciones de estudiantes y de grupos de profesionales en muchas ciudades. A continuación estalló una huelga general en San Petersburgo. Precisamente, los decisivos acontecimientos del 22 de enero de 1905 tuvieron una estrecha ligazón con esa huelga general. El padre Gapón, una singular y típica figura rusa, medio asistente social, medio agente de la policía, marchó al frente de una manifestación de obreros en demanda al zar de libertad para los huelguistas encarcelados y de una constitución. Al aproximarse al Palacio de Invierno, la muchedumbre fue detenida por fuego de fusilería y ametralladoras, tras de lo cual la caballería cosaca cargó sin piedad contra la indefensa multitud. Se calcula que el número de muertos en aquella ocasión ascendió a más de mil, y muchos más fueron los heridos.

Este «domingo sangriento» produjo un gran cambio en la psicología de la clase obrera de San Petersburgo. Antes de estos acontecimientos, los obreros de las fábricas en huelga habían dejado que les dirigiera un clérigo y se habían acercado al zar pidiéndole protección frente a sus patronos; ahora veían claro todos ellos que detrás de los patronos estaba el Estado zarista. Lenin había atacado desde siempre a los «economicistas», esto es, los dirigentes obreros que sólo querían ocuparse de cuestiones «sindicales», de aliviar las condiciones de vida de los trabajadores, pero que se abstenían de toda política revolucionaria. Después del «domingo sangriento», nadie podía dejar de ver que en Rusia el progreso hacia las libertades más elementales sólo era posible por medios revolucionarios.

La lección del «domingo sangriento» también fue aprendida

fuera de San Petersburgo. Estallaron huelgas en todas las grandes ciudades. Hubo revueltas campesinas durante la primavera y el verano. En junio, la tripulación del acorazado *Potemkin* se amotinó y se apoderó del mando de la nave. En septiembre, el gobierno, presa del pánico, firmó una paz humillante con Japón. En octubre, estalló una huelga general que fue la base de la formación del Soviet de delegados de los obreros de San Petersburgo. Antes, en agosto, el zar había prometido convocar una asamblea consultiva. El 30 de octubre el zar anunciaba en un manifiesto la concesión de una asamblea legislativa (la Duma), junto con la inviolabilidad de la persona, la libertad de consciencia, de palabra, de reunión y de asociación.

El entonces primer ministro, Witte, diría después que «la *clique* en el gobierno intentó por todos los medios y sistemáticamente» anular el Manifiesto de Octubre del zar. Al cabo, consiguió su propósito: la división de los revolucionarios. Lenin ya había observado: «el proletariado está combatiendo; la burguesía está escalando ladinamente el poder». En efecto, una vez otorgados los derechos mínimos, todos los grupos liberales se inclinaron cada vez más hacia la postura de detener la revolución, aceptar las conquistas limitadas que suponía el Manifiesto de Octubre y esforzarse por poner en obra la prometida constitución. Sostuvieron estas posiciones, sobre todo, los «octubristas» (así llamados por su aceptación del citado Manifiesto) y también, pero en menor medida, los *cadets* (demócratas constitucionalistas). Con todo esto, la iniciativa en la acción revolucionaria fue pasando a los partidos obreros. El Soviet de San Petersburgo se convirtió en el núcleo principal de la organización obrera. Bajo la dirección de los mencheviques y de Trotski, el Soviet actuó durante dos meses en continua

agitación de las masas, hasta que la mayoría de sus miembros fueron detenidos, no sin antes haber proclamado la libertad de prensa, la jornada de ocho horas, haber efectuado una huelga de impuestos y advertido a los inversores extranjeros que las deudas zaristas no serían pagadas después de la victoria de la revolución. En Moscú, la lucha era también muy dura. Allí se había formado un Soviet con mayoría bolchevique; el 22 de diciembre estalló una insurrección armada que logró controlar la ciudad durante nueve días al cabo de los cuales fue reprimida implacablemente. En otras partes del país se produjeron también levantamientos y motines, pero la revolución había sido vencida ya como movimiento organizado. Empezaba el período de constitucionalismo sórdido y postizo.

II

Todos los partidos comenzaron a hacer el balance de los acontecimientos. «No deberían haber empleado armas», manifestó Plejanov, quien por aquellas fechas se había pasado enteramente al campo menchevique. «Por el contrario —escribió Lenin—, tenían que haberlas empleado de una manera más resuelta, más enérgica y agresiva.» No obstante, Lenin se había dado cuenta de que 1905 había puesto de manifiesto la debilidad organizativa de los partidos revolucionarios. «El año 1905 cavó la tierra profundamente y arrancó de raíz prejuicios de siglos; despertó a millones de trabajadores y a decenas de millones de campesinos a la vida política y a la lucha política.» Pero también había revelado que esta energía revolucionaria estaba desnuda,

que la fuerza que había desatado se despilfarraba, con bastante frecuencia, en conflictos aislados, sin coordinación, y en «excesos».

Lenin empezó entonces a contemplar a los soviets como el núcleo focal de la acción proletaria. Los soviets habían aparecido en 1905 en una docena de ciudades por lo menos. En Rusia no existía un gobierno realmente representativo, ni siquiera a nivel local; la Duma nunca ejerció poderes efectivos. En cambio, los soviets, asambleas de delegados de las fábricas y de las organizaciones obreras, eran las únicas instituciones democráticas espontáneas en el país. No eran producto de especulaciones de la tertulia de ningún teorizante político. Surgieron y se constituyeron, nada más. Primero, en las fábricas de las ciudades, aunque tenían raíces en la vieja tradición de organización democrática y de autogobierno en la base, de lo cual eran ejemplos obvios la comuna rural y los *artels* (ligas de pequeños productores).

Si bien los primeros soviets se formaron en las fábricas de San Petersburgo, y de Moscú, la idea o el principio del soviet podía ser extendido a toda comunidad genuina, fuese una aldea, un regimiento o un buque de guerra. Los expeditivos métodos soviéticos —votación a mano alzada en las asambleas públicas, con derecho de remoción y elección indirecta a los órganos superiores— suponían una real democracia para los obreros analfabetos, mucho más efectiva desde luego que la proclamada por la Constitución, basada en el escrutinio del voto secreto en las urnas. De aquella manera llevaron la política a las masas de una forma que éstas entendieron perfectamente. «Es impensable —se decía en un informe recogido por la Duma en 1917— que una campesina deje su hogar y sus pequeños para ir a la capital

del distrito a ejercer sus derechos electorales. ¿Cómo se va a hacer efectivo el principio del voto secreto y directo en pueblos donde el 50 por ciento de los habitantes son analfabetos, casi el 90 por ciento si contamos los soldados que están en el frente?» Todavía después de la revolución, tuvieron que transcurrir veinte años antes de que, gracias a los progresos habidos en la enseñanza, se pudiera introducir el voto secreto.

Los soviets, pues, significaban algo totalmente diferente de las exóticas creaciones parlamentarias importadas por los liberales occidentalizados, lo cual, para Lenin, era un argumento suplementario en favor de los primeros. Los soviets se asentaban sobre unidades humanas vivas —una fábrica, un regimiento—, no sobre las áreas geográficas típicas de la democracia parlamentaria. La realidad era la comunidad en el trabajo, no el individuo aislado de la estructura económica liberal. Los soviets podían ser utilizados no sólo como plataformas de protesta y propaganda, sino también como centros organizadores de la revolución. En 1905, el Soviet de San Petersburgo fue una tribuna magnífica para los pronunciamientos y las arengas revolucionarios. El Soviet de Moscú había organizado y dirigido un alzamiento armado. En el futuro, como observó Lenin ya entonces, los soviets podían funcionar como órganos legislativos y ejecutivos a un tiempo, facilitando el dispositivo mediante el cual el ciudadano ordinario pudiera iniciarse en los misterios del gobierno de su propio país, gobierno que los bolcheviques querían que fuese dominado y dirigido por ese tipo de hombres. «En esta institución (el soviet) hay más pensamiento revolucionario que en todas vuestras frases revolucionarias», dijo Lenin a su partido en abril de 1917.

Por último, mediante la elección indirecta, a partir de los

soviets locales, a los organismos provinciales y nacionales, se podía construir un edificio piramidal, simple y flexible, mucho más de acuerdo con la tradición representativa rusa que el complicado sistema mediante el cual se elegía la Duma del Estado.

El viejo sueño *naródnik* de una comunidad de comunas campesinas que se gobernasen a sí mismas nunca fue realizable, y el advenimiento del capitalismo y su introducción en los pueblos estaban destruyendo las comunidades sobre las cuales debía en principio basarse; ahora bien, la vieja tradición de autogobierno y de autoorganización reapareció entonces entre el proletariado ruso, muy íntimamente vinculado todavía con los pueblos del campo, de donde había emigrado tan recientemente; y así fue como se pudo dar vida a aquel viejo sueño en una forma nueva. La Comuna de París, tal como fue interpretada por Marx, y la comuna rural rusa contribuyeron, cada una de manera distinta, a la formación del comunismo ruso y a conformar la estructura del Estado soviético.

III

La teoría de Lenin sobre el Estado y sobre el papel de los soviets está expuesta en *El Estado y la Revolución*, obra escrita en los meses inmediatamente anteriores a la Revolución de Octubre. Lenin seguía a Marx y a Engels en su definición del Estado como «organización específica de la fuerza; la organización de la violencia para la supresión de alguna clase social». Todos los Estados que habían existido hasta entonces, escribió Lenin,

habían utilizado esa fuerza por cuenta y en beneficio de una u otra de las clases poseedoras. La tarea de la clase trabajadora en su revolución consistía en destruir el Estado burgués y sustituirlo por un Estado que, representando a la inmensa mayoría de la población, emplearía la fuerza contra aquellos cuya dominación se había basado en la explotación del hombre por el hombre. Esto significaba que, para que así fuese, en la revolución inminente tenía que suceder algo más fundamental que en las anteriores revoluciones. En las revoluciones burguesas, el poder del Estado pasaba simplemente de una clase a otra, mientras seguía igual el *sistema* de explotación de los más por unos pocos. Era cierto que la burguesía, una vez en el poder, solía buscar el apoyo de sus derrotados enemigos para, junto con ellos, hacer frente a los que habían sido sus aliados, lo cual se traducía en la práctica por una alianza de burgueses con los terratenientes feudales. Y esto mismo es lo que hubieran hecho los liberales rusos en 1917, si hubieran podido.

Sin embargo, para una revolución proletaria, sostenía Lenin, era imposible llegar a ninguna clase de compromiso con el Estado zarista, puesto que este último existía precisamente para proteger la propiedad de unos pocos frente a la mayoría. Lenin había comprendido a la perfección el hecho de que los escalones más altos de la Administración civil del Estado estaban ligados inevitablemente a la clase de la que habían salido sus miembros y en el seno de la cual vivían. «Se pueden proponer las leyes ideales más perfectas; ¿quién las pondrá en práctica?» —preguntaba a su partido a su vuelta a Rusia, en abril de 1917—. Y respondía: «Los mismos altos funcionarios de siempre…, los mismos que están ahora ligados a la burguesía». Lenin sacaba la conclusión de que si se aceptaba el compromiso de remodelar las bases

fundamentales de la sociedad, ello tendría que ser hecho por hombres nuevos, sin tener en cuenta el que éstos tuviesen menos experiencia técnica que los otros.

«La revolución no ha de significar que la nueva clase gobierne a través de la *vieja* maquinaria estatal, sino, por el contrario, esta clase tiene que *machacar* toda esa maquinaria y dominar, gobernar, a través de una maquinaria totalmente *nueva.*» Al decir que la maquinaria estatal existente debía ser «aplastada, reducida a cenizas, barrida de la faz de la tierra», Lenin estaba pensando sobre todo en los aspectos coercitivos del Estado: el ejército permanente, la policía, la burocracia. Sólo exceptuaba, específicamente, «el aparato estrechamente vinculado a los bancos y a los sindicatos, un aparato que efectúa una gran cantidad de trabajo de naturaleza contable y estadística» y que debía ser «arrancado de manos de los capitalistas», no destruido. Lenin preveía un amplio futuro para los bancos una vez nacionalizados: «Sólo tenemos que quitarle sus excrecencias más feas a este admirable aparato, engrandecerlo aún más, hacerlo democrático, que lo llegue a abarcar todo. Luego, al desarrollarse cuantitativamente, cambiará en su cualidad. Un solo banco estatal organizado a gran escala, con sucursales en todos los distritos rurales, en todas las fábricas, esto ya sería por sí solo las nueve décimas partes de un aparato *socialista.* Eso significa un control contable de todo el Estado, medición y verificación de la producción y de la distribución de bienes y artículos por todo el Estado; podríamos llamarlo, valga la expresión, el *armazón* de una sociedad socialista».

Pero mientras un armazón así no fuera posible, la maquinaria estatal coercitiva tenía que ser sustituida por una «maquinaria *más* democrática, pero todavía estatal, en forma de masas de

obreros en armas, hasta la participación absoluta del pueblo en la milicia […] *Todos* los ciudadanos [serán] transformados en empleados asalariados del Estado». «Los funcionarios y burócratas de la vieja máquina estatal [serán] desplazados por el mando directo del pueblo o bien puestos bajo control especial, convirtiéndose así en uncionarios elegidos por el pueblo y sujetos a remoción por iniciativa del pueblo.» «En el régimen socialista […] por primera vez en la historia de la sociedad civilizada, la *masa* de la población ascenderá a una participación *independiente*, no sólo mediante votaciones y elecciones, *sino también por la administración y gestión cotidiana de sus asuntos*. Bajo el socialismo *todos* tomarán parte en la obra de gobierno, cada uno a su turno, y pronto se acostumbrarán a no tener por encima de ellos ningún gobierno en absoluto.»

Este Estado tendría a su disposición reservas inagotables de personal administrativo. «Después de la revolución de 1905, Rusia ha sido gobernada por unos 130.000 latifundistas. […] Pero ahora tenemos que oír cosas como que nuestro país no puede ser gobernado por 240.000 militantes bolcheviques, que lo harían en interés de los pobres y contra los ricos […] Nosotros podemos poner en pie inmediatamente un aparato estatal de diez millones de miembros, de veinte incluso, un aparato desconocido en cualquier país capitalista. Pero este aparato sólo *nosotros* lo podemos crear, pues nosotros estamos seguros de la completa y abnegada adhesión de la vasta mayoría de la población.»

Ahora bien, la creación de un Estado semejante habría de suscitar una potente resistencia que sólo por la fuerza podía ser superada. De acuerdo con lo usual en Marx, Lenin llamaba a esa organización estatal que debía ser creada con tal propósito, «la dictadura del proletariado, es decir, la organización de la

vanguardia de los oprimidos como clase dirigente para aplastar a los opresores. […] Durante la *transición* del capitalismo al comunismo, la democracia sufrirá un cambio profundo: una inmensa expansión de la democracia, primero, que, por primera vez, será democracia para los pobres, democracia para el pueblo, y no democracia para los ricos; […] supresión por la fuerza, o sea, exclusión de la democracia, para los explotadores y opresores del pueblo».

Lenin también seguía a Marx al considerar que este período de transición llenaría «una época histórica completa». «Sólo en la sociedad comunista, cuando haya desaparecido toda resistencia de los capitalistas, cuando los capitalistas hayan desaparecido, cuando ya no existan clases (es decir, cuando no existan diferencias entre los miembros de la sociedad en su relación con los medios sociales de producción) […] solamente entonces habrá completa democracia, una democracia sin excepción ninguna. Y sólo entonces empezará la democracia misma a *desaparecer* debido al simple hecho de que, libre ya de la esclavitud capitalista, […] el pueblo *se acostumbrará* gradualmente a observar las reglas elementales de la vida social conocidas desde siglos y repetidas durante miles de años en todas las obras y manuscritos de máximas morales; se acostumbrarán a observarlas sin violencia, sin coacción, sin subordinación, sin el *aparato especial* para la coacción que llamamos Estado.»

Así, pues, la «progresiva desaparición del Estado» de que hablaba Marx significaba, para Lenin, que en una sociedad sin clases los desacuerdos podían ser arreglados por la discusión racional. Incluso desaparecerá, entonces, la democracia, en el sentido de coacción de la mayoría sobre la minoría. «El socialismo reducirá la jornada de trabajo, elevará a las masas a

una nueva vida, creará unas condiciones tales para la *mayoría* de la población que *todos*, sin excepción, estarán en condiciones de ejecutar "funciones estatales" o públicas, y esto conducirá a la desaparición completa de toda forma de Estado.»

Las palabras finales de este folleto de Lenin que comentamos eran: «Es más agradable y provechoso hacer efectivamente la experiencia de la revolución que escribir sobre ella»; y así, él dejó de escribir para participar en los preparativos de la Revolución de Octubre. *El Estado y la Revolución* no se publicó hasta comienzos de 1918. Sin embargo, durante los meses anteriores a la revolución, la táctica seguida por Lenin se inspiró en los principios elaborados y expuestos en ese folleto, línea que fue aceptada y sostenida por el partido.

Los aspectos decisivos del análisis de Lenin y aquellos a los que él mismo daba una importancia máxima eran su insistencia (en lo cual seguía a Marx) en la necesidad de «destruir» todo rastro del viejo aparato estatal, reemplazándolo por la «dictadura del proletariado», y su nueva concepción de que los soviets eran la maquinaria, el dispositivo político más idóneo para llevar a la práctica la dictadura del proletariado. Los partidos socialdemócratas europeos occidentales se consideraban marxistas, pero Lenin, con razón, afirmaba que habían desestimado el concepto de «dictadura del proletariado» o que, en el mejor de los casos, le habían quitado el vigoroso significado que Marx había puesto en esa expresión deliberadamente provocativa.

Por encima de todo, Lenin quería asegurarse de que ningún respeto por la legalidad formal, ni siquiera por una mayoría expresada en términos constitucionales, habría de impedir al partido bolchevique aprovechar la primera oportunidad favorable

que se le presentase para proceder a los cambios que él consideraba esenciales. Estaba convencido (correctamente, como demostrarían los acontecimientos de la Revolución de Octubre) de que la política de su partido representaba la voluntad de la mayoría de la población; y aun en el caso de que esto no fuese así, Lenin habría replicado que la presión de las instituciones establecidas, el monopolio de las clases dominantes sobre la educación y la propaganda antes de 1917, los hábitos de siglos de sometimiento y obediencia, quitaban licitud al argumento en la atrasada Rusia. La dictadura era necesaria como arma contra la inercia, contra la fuerza de la costumbre. «El proletariado —decía Lenin, con palabras que aún son relevantes para la Europa del Este contemporánea— tiene primero que derrocar a la burguesía y conquistar el poder político y luego usar el poder político, el poder del Estado —la dictadura del proletariado— como instrumento de su clase para ganarse la simpatía de la mayoría de los trabajadores […] satisfaciendo sus necesidades económicas *de una manera revolucionaria y a expensas de los explotadores* […] Los trabajadores necesitan ver esto por la *experiencia práctica*, para así poder *comparar* la dirección de la burguesía con la dirección del proletariado.»

IV

Al postular, pues, una vuelta a las tradiciones de Karl Marx y de la Comuna de París, a una actitud rigurosamente clasista frente a la política, Lenin obraba a favor de un decisivo rompimiento con la teoría liberal del parlamentarismo y con la

práctica política de los partidos socialdemócratas de la Europa occidental. Esto significaba también una ruptura con los partidos social-revolucionario y menchevique. De marzo a noviembre, estos partidos justificaron todo lo que había dicho Lenin, tal fue la impotencia que demostraron. Asimismo, estos partidos dominaban por completo los soviets en las dos capitales y en el ejército, y también a todo lo largo y ancho del país; no obstante, apoyaron primero al gobierno *cadet* (liberal) establecido en marzo, y después participaron en sucesivas e inestables coaliciones con los *cadets*. Esta coalición con los partidos de clase media y su fracaso en purgar la administración del Estado de sus elementos reaccionarios les imposibilitaron el aplicar sus programas socialistas. Se refugiaron en la coartada de que todo cambio decisivo en la estructura de la sociedad debía remitirse a la Asamblea Constituyente; pero la fecha de reunión de este organismo fue pospuesta una vez tras otra.

La reunión de una Asamblea Constituyente había figurado durante mucho tiempo en el programa de los bolcheviques; antes del regreso de Lenin a Rusia en abril de 1917, la política del partido había diferido poco de la seguida por los mencheviques: apoyo crítico al gobierno provisional, exigencia de paz pero apoyo al esfuerzo de guerra mientras tanto, convocatoria de una Asamblea Constituyente como árbitro supremo de los destinos de Rusia. El regreso de Lenin trajo consigo un profundo cambio. Hizo un llamamiento en favor de una paz inmediata, ocupación inmediata de tierras por los campesinos e inmediata transferencia de todo el poder a los soviets. Pronto empezó también a sugerir que un congreso de soviets podría muy bien sustituir a la Asamblea Constituyente. Es decir, que Lenin ponía sobre el tapete, ni más ni menos, la entrega del poder político al

proletariado; para Lenin la revolución ya no era simplemente una revolución burguesa ni creía, como en 1905, que el partido socialdemócrata debiera entrar en una coalición gubernamental revolucionaria. En marzo de 1917, «el poder del Estado pasó a manos de una nueva clase, la burguesía y los terratenientes convertidos a las ideas y los principios burgueses. *En esa medida*, la revolución democrático-burguesa ya había sido completada». Pero el gobierno provisional implantado por la revolución, decía Lenin, propendía a reformar la maquinaria estatal lo menos posible, a conservar a los partidarios del antiguo régimen en los puestos claves y a obstaculizar la «iniciativa revolucionaria de las masas y la toma del poder por el pueblo desde abajo». El gobierno había demostrado, además, que estaba atado a los compromisos internacionales contraídos por su predecesor en el plano de la política exterior. «Los trabajadores no deben apoyar al nuevo gobierno; este gobierno no va a apoyar a los trabajadores», escribió Lenin desde Suiza.

En Petrogrado y en Moscú, los soviets gozaban de prestigio reconocido en tanto que órganos del gobierno provisional. Había soviets de ciudades de provincias establecidos más firmemente aún que los de las dos capitales, y su actividad en las respectivas provincias era muchas veces más intensa y amplia. En muchas localidades estos soviets tenían a su cargo la distribución de alimentos, ejerciendo además un control parcial sobre la producción. Desde abril en adelante, Lenin llamó una y otra vez la atención del partido y del pueblo sobre un aspecto singularísimo de la Revolución rusa: la existencia de lo que él llamaba un «doble poder». «Al lado del gobierno provisional, el gobierno de la *burguesía*, se ha desarrollado otro gobierno, todavía débil, en embrión, pero sin duda real y ascendente: los

soviets de delegados de los obreros y de los soldados.» Este gobierno «es una dictadura revolucionaria, un poder basado no en leyes hechas por un poder estatal centralizado, sino […] en la iniciativa directa de las masas desde abajo», de la misma manera que el propio gobierno provisional era «una dictadura, o sea, un poder basado no en leyes ni en la voluntad del pueblo previamente expresada, sino en la fuerza que le permitió hacerse con el poder». Un ejemplo del ejercicio del poder político por los soviets fue la famosa Orden n.° 1 del soviet de Petrogrado (14 de marzo), que autorizaba a todas las unidades militares a elegir comités con derechos casi iguales a los de los oficiales y jefes, orden que fue obedecida en todo el país.

Empero, este «segundo gobierno», que estaba dirigido por los social-revolucionarios y por los mencheviques, estaba prestando al gobierno provisional el inapreciable beneficio de su apoyo moral. La línea política de los bolcheviques, desde abril, consistía en convencer a la mayoría de los trabajadores organizados en los soviets de que debían tomar todo el poder del Estado. «No estamos a favor de una toma del poder por una minoría —decía Lenin—. Mientras los soviets no hayan asumido el poder, nosotros no lo tomaremos.»

El sencillo llamamiento de Lenin de «paz, pan y tierra», y el de «todo el poder para los soviets» tuvieron que hacer frente a una inicial oposición en el seno de su propio partido y le valieron ser denunciado por sus enemigos políticos como «agente alemán». Pero, conforme los bolcheviques iban «explicando pacientemente» sus puntos de vista, se fue viendo cada vez más claro que tales llamamientos coincidían plenamente con los sentimientos del pueblo. En mayo, el soviet de Kronstadt (en el cual eran bolcheviques sólo un tercio de sus miembros) provocó

un gran revuelo cuando resolvió que «el único poder en Kronstadt es el soviet de delegados de los obreros y de los soldados». En junio, los bolcheviques eran ya el partido mayoritario en el soviet de Moscú, y también tenían mayoría en la sección obrera del soviet de Petrogrado. Los días 16 y 17 de julio se produjeron diversas manifestaciones espontáneas en las que participaron medio millón de obreros y soldados, en Petrogrado; a causa de ellas, el Comité central ejecutivo de los soviets decidió asumir el poder supremo: «Toma el poder, tú, hijo de puta, cuando te lo dan», le gritó un obrero irritado al líder social-revolucionario Chernov. Las manifestaciones sorprendieron a los bolcheviques tanto como al gobierno provisional, e hicieron lo posible para que no se convirtieran en insurrección armada, puesto que consideraban que no tenían aún fuerza suficiente fuera de la capital para mantenerse en el poder una vez alcanzado.

Los dirigentes de los partidos mayoritarios en los soviets no aceptaron el poder exclusivo que así se les brindaba. El gobierno suprimió por la fuerza y desarmó a los bolcheviques y a sus más activos seguidores en Petrogrado y en el frente. *Pravda* fue destruida y prohibida su publicación; se dieron a la publicidad falsos documentos que presentaban a los bolcheviques en connivencia con los alemanes. Lenin tuvo que esconderse. Se formó entonces un nuevo gobierno que proclamó su independencia absoluta de los soviets, si bien incluía representantes de sus partidos dirigentes. En opinión de Lenin, las «jornadas de julio» marcaron el final del doble poder y la rendición efectiva de los dirigentes de los soviets. Declaró que «todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la Revolución rusa han desaparecido definitivamente», y urgió al abandono de

la consigna «todo el poder para los soviets». En agosto, Lenin predijo que los bolcheviques llegarían al poder mediante una insurrección no más tarde de septiembre u octubre. Según el viejo calendario, los hechos le dieron la razón.

Durante los dos meses siguientes, los bolcheviques fueron un partido proscrito, clandestino. Pero esta situación ayudó bien poco al gobierno provisional. La crisis económica y la inflación continuaban. Los social-revolucionarios y los mencheviques se declararon abiertamente partidos favorables a la guerra y patrocinaron una ofensiva en julio, ofensiva que no fue precisamente un éxito. Y, mientras, los bolcheviques iban ganando en influencia. En septiembre, el comandante en jefe del ejército, el general Kornilov, intentó dar un golpe de Estado, pero fue derrotado, no por Kerenski y su gobierno, sino por los soldados y los obreros, dentro y alrededor de Petrogrado, a quienes los bolcheviques, a través de los soviets, movilizaron en contra de Kornilov. Los ferroviarios interrumpieron la marcha de los trenes, los obreros de telégrafos se negaron a dar curso a los mensajes. El dirigente *cadet* Miliukov resumió acertadamente la situación al decir: «Por un corto tiempo la alternativa era: o Kornilov o Lenin […] Llevadas por una especie de instinto, las masas —pues era de las masas de quien dependía la decisión— optaron por Lenin».

Todo el mundo fue consciente de que los bolcheviques habían salvado a Petrogrado de Kornilov, con lo que su prestigio aumentó enormemente. Fue la primera ocasión en que los partidos integrantes de los soviets habían colaborado; de resultas de lo cual surgieron en el seno de los partidos menchevique y social-revolucionario tendencias que deseaban romper con los *cadets* y aliarse con los bolcheviques. Los soviets de Petrogrado y

de Moscú recobraron nuevo vigor y energía, consiguiendo eludir la orden de Kerenski de desarme y disolución de los destacamentos que se habían formado para luchar contra Kornilov. Un miembro de la comisión de conflictos laborales adjunto al soviet de Petrogrado escribió de este período: «No estábamos investidos de ninguna autoridad regular, pero el prestigio del soviet de delegados de los obreros y los soldados era tan grande que todas nuestras decisiones eran aceptadas sin vacilar, no sólo por los obreros, sino, cosa extraña, hasta por los mismos patronos».

Esto era, de nuevo, el doble poder. Una vez más, Lenin comenzó a considerar la posibilidad de un traspaso pacífico del poder a los soviets: «Ninguna clase se atreverá a iniciar una ofensiva contra los soviets, y los terratenientes y capitalistas, escarmentados con la experiencia del asunto Kornilov, abandonarán pacíficamente el poder frente a las categóricas exigencias de los soviets». Tres semanas antes, cuando los soviets de Moscú y de Petrogrado ya tenían mayorías bolcheviques, Lenin había ofrecido a los mencheviques y a los social-revolucionarios la benevolente neutralidad de los bolcheviques si aceptaban formar un gobierno «responsable única y exclusivamente ante los soviets», y si acordaban con ellos que los soviets locales asumieran, igualmente, todo el poder.

Los dirigentes de esos partidos ignoraron la oferta, y el gobierno provisional continuó embotado y paralizado hasta su nada glorioso final. En octubre, se convocó una «Conferencia democrática» que, en la intención del gobierno, debía aunar prestigios y fuerzas suficientes para compensar la creciente fuerza y prestigio de los soviets; pero esta Conferencia no fue capaz de dar de sí mayorías estables ni a favor ni en contra de la coalición

gubernamental. Con todo lo cual, la pretendida demostración de las virtudes de la democracia parlamentaria apenas había logrado el más pequeño avance. Un «Preparlamento» reunido a finales de octubre fue también incapaz de formar una mayoría sólida y estable para desarrollar ninguna clase de política. El régimen liberal se había desacreditado a sí mismo. La víspera de la Revolución bolchevique, Kerenski manifestó su ya habitual deseo de dimitir, pero fue convencido de que debía mantenerse en el cargo en interés del país.

En el ejército, los comisarios del gobierno provisional habían perdido toda influencia; en muchas poblaciones de provincias, el verdadero poder estaba en manos de los soviets locales antes incluso de la insurrección de Petrogrado; muy principalmente, en los distritos rurales se había producido ya un traspaso efectivo de poder a las asambleas locales democráticamente elegidas: el campesinado se había vuelto, como organismo social, contra un gobierno que nada había hecho para darle tierras a pesar de la importante representación del partido social-revolucionario en el gabinete. La víspera de la revolución, un dirigente social-revolucionario, de paso que denunciaba a los bolcheviques, admitía que «hay toda una serie de peticiones populares que no han obtenido ninguna satisfacción hasta el momento»; se citaban como ejemplos los problemas de la paz, la tierra y la democratización del ejército.

A las once de la noche del día 6 de noviembre, Lenin salía de su escondite en los suburbios para ponerse al frente de la insurrección. Subió a un tranvía en dirección al centro de Petrogrado y se puso a charlar con la conductora. Ella debió pensar que las preguntas que le hacía el hombre eran de lo más estúpidas. «¿Qué clase de obrero eres —exclamó la mujer— que

no sabes que va a haber una revolución? Vamos a echar a patadas a toda esa gentuza.»

También en las alturas gubernamentales se habían recibido informaciones por el estilo. A la mañana siguiente, el ayudante de campo de Kerenski informaba telegráficamente al comandante en jefe: «Tengo la impresión de que el gobierno provisional está en la capital de un enemigo que ha ultimado su movilización pero que todavía no ha iniciado las operaciones militares». Tenía razón. En el transcurso de ese día, el doble poder se vino abajo cuando el comité militar revolucionario del soviet de Petrogrado se hizo dueño de la situación con una facilidad asombrosa. Sólo ofrecieron resistencia un puñado de *cadets* y un batallón de mujeres. El único incidente militar serio ocurrió cuando el crucero *Aurora* entró en el Neva para bombardear el Palacio de Invierno, donde se había refugiado el gobierno. Sólo tres proyectiles alcanzaron el palacio. Y, mientras tanto, los tranvías seguían circulando y la muchedumbre llenaba las salas de cine; en la Ópera, Chaliapin cantaba ante su acostumbrado auditorio. A las 7.25 de la tarde del 7 de noviembre, el corresponsal de la Reuter cablegrafiaba: «Hasta ahora sólo ha habido dos víctimas». (En la Revolución de Febrero hubo más de 1.400 muertos y heridos.)

Al producirse los primeros acontecimientos de ese día, Kerenski abandonó la capital en un coche que ondeaba la bandera norteamericana. Al ser reconocido a su paso por las calles, saludaba, según sus propias e inimitables palabras, «como siempre, con una ligera sonrisa, entre indiferente y tímida». Así, tras ocho meses de estancia, el liberalismo partía de Rusia, con gesto fino, consciente de sus responsabilidades ante la historia y el público espectador, protegido de su propio pueblo por la

bandera de una potencia capitalista extranjera.

V

Examinando los hechos con la perspectiva del tiempo, es fácil ver que el derrocamiento del fracasado e impopular gobierno provisional era inevitable. Tan seguro estaba Lenin de ello que un mes antes de la revolución escribió y publicó un artículo titulado «¿Conservarán los bolcheviques el poder político?». No obstante, durante ese mes y desde su escondite en Finlandia, Lenin tuvo que desplegar una intensa actividad y luchar con denuedo para convencer al Comité central de su propio partido de una perspectiva que a él le parecía transparente. Por fin consiguió su propósito ofreciendo su dimisión (12 de octubre) y amenazando con dirigirse a la base del partido. Incluso después de esta fecha envió una carta tras otra urgiendo la necesidad de adoptar medidas inmediatas destinadas a la toma del poder.

El 29 de octubre, se nombró un pequeño grupo encabezado por Trotski para dirigir la parte militar de la proyectada insurrección. No obstante, en los niveles de dirección del partido, las dudas e incertidumbres no habían desaparecido. Al día siguiente, Lenin escribió con arrebatada exasperación una *Carta a los camaradas*, en la que declaraba: «A la *espera* de la reunión de la Asamblea Constituyente, no podemos resolver ni el problema del hambre ni el problema de la rendición de Petrogrado [...]. El hambre no esperará; la rebelión campesina no esperará; la guerra no esperará... ¿Esperará el hambre acaso porque los bolcheviques *proclamemos* nuestra fe en la

convocatoria de la Asamblea Constituyente?». Los miembros del Comité central que deseaban esperar la convocatoria de la Asamblea Constituyente, prometida tantas veces, fueron Kamenev y Zinoviev, quienes el 31 de octubre publicaron en la prensa su desaprobación de los planes para una insurrección armada, con lo que implícitamente denunciaban los propósitos bolcheviques ante la furiosa indignación de Lenin. Pero ni aun con un aviso tan claro, lanzado una semana antes y proveniente de una fuente tan poco sospechosa, fue capaz el gobierno provisional de arbitrar medidas adecuadas para su propia defensa.

En la urgencia que reclamaba, dos cosas principalmente preocupaban a Lenin. La primera era que el mando del ejército abriese el frente y rindiese Petrogrado, junto con la flota del Báltico, a los alemanes, como un mal menor que el de rendirse al Soviet. Públicamente defendía esta posibilidad nada menos que una figura del relieve de Rodzianko. John Reed afirma que de cada once personas con las que él trataba en los tés en casa de un comerciante moscovita, diez preferían el Káiser a los bolcheviques; por otro lado, el secretario de la sección *cadet* de Petrogrado le confió que la desorganización de la vida económica del país formaba parte de una campaña para desacreditar a la Revolución. De ahí que Lenin tuviese motivos para sospechar que la clase que aún controlaba las posiciones claves del poder político y económico podría, llegado el caso, sacrificar su patriotismo a sus intereses.

El otro temor de Lenin era el de que el levantamiento campesino escapase a todo control, de manera que, una vez los bolcheviques en el poder, se desencadenara una situación de total colapso económico y la consiguiente «ola de anarquía efectiva que puede llegar a ser más fuerte que nosotros». Creo que esta

ansiedad consumía calladamente a Lenin el día de su regreso a Rusia, y que fue una de las razones por las cuales le enojaba la falta de vigor y de eficacia del gobierno provisional: temía, en definitiva —como tantas veces sucedió en las revoluciones del siglo XIX—, que podía hacer el juego a algún dictador militar que luego se encargaría de restaurar «el orden». De aquí la machacona insistencia del propio Lenin en la necesidad de que el gobierno fuese estable y firme y de mantener buenas relaciones con las masas de campesinos; de aquí su mirada siempre vigilante de los movimientos y actitudes de los generales con tendencias «bonapartistas». Y, efectivamente, durante la guerra civil que siguió a la Revolución hubo en muchas partes de Rusia una especie de anarquía agraria fundada en una actitud radicalmente destructiva.

VI

Lenin hablaría después de los días inmediatamente siguientes a la revolución, «cuando entrábamos en cualquier ciudad, proclamábamos el gobierno del Soviet y, a los pocos días, nueve de cada diez trabajadores se decidían a venir y ponerse de nuestro lado». John Reed describe con vigor cómo «cientos de miles de rusos escuchaban petrificados los discursos de los bolcheviques por toda la inmensa Rusia; obreros, campesinos, soldados, marineros esforzándose por comprender, debatiéndose ante la elección, reflexionando intensamente… y, al final, decidiéndose con resolución. Así fue la Revolución rusa».

El derrumbamiento de noviembre lo confirman fuentes de

todas clases, muchas de ellas hostiles. El jefe de la misión militar francesa (un general que todavía en 1940 estaba convencido de que Lenin había sido un agente alemán, así como de que figuraba… ¡en la nómina de la policía secreta zarista!) celebró varias entrevistas con dirigentes de los partidos antibolcheviques en marzo de 1918, «todos los cuales, sin excepción y sin mediar discusión entre ellos», coincidían en que cualquier intento de derrocar a los bolcheviques hubiese sido en vano. «El 99 por ciento de los que a sí mismos se llamaban rusos "leales" eran burgueses», precisó Mr. Bruce Lockhart. «La mayoría de la población simpatiza con los bolcheviques», concluyó el general Ironside, no sin amargura, después de un año de estancia en Arcángel. Durante los primeros seis meses que siguieron a la Revolución no existió una supresión completa de la prensa de oposición, ni violencias contra los oponentes políticos, porque no había ninguna necesidad de ello. Por el contrario, a finales de noviembre se abolió la pena de muerte, aunque Lenin opinaba que era una medida muy poco realista. Tras el primer atentado de que fue objeto, en enero de 1918, Lenin consideró el asunto como cosa de broma e insistió en que el individuo debía ser puesto en libertad. El terror vino después y fue consecuencia directa de la intervención aliada. (También fue producto de la inexperiencia de la máquina administrativa soviética, carente de archivos y documentación suficiente todavía para poder distinguir a sus amigos de sus ocultos enemigos, y sin medios para presionar a estos últimos, quienes no tenían otra cosa que perder salvo sus vidas.)

Tras la Revolución de Octubre, el poder fue asumido por el Segundo Congreso de los Soviets, que inició sus sesiones el 7 de noviembre, en el cual los bolcheviques tenían una mayoría clara.

Ya Lenin había sugerido que el Congreso de los Soviets podría convertirse, a petición popular, en Asamblea Constituyente; por lo demás, ésta era la tesis subyacente en *El Estado y la Revolución*. Pero no todos los miembros de su partido compartían por igual este criterio. El fracaso en convocar la Asamblea Constituyente había sido uno de los principales motivos de las críticas populares al gobierno provisional. El gobierno soviético, por esta razón, no impidió ni dificultó en modo alguno la reunión de la Asamblea, que celebró su primera reunión el día 18 de enero.

No obstante, sus primeras sesiones confirmaron el criterio de Lenin de que la Asamblea Constituyente no podía ser incrustada en la estructura soviética en calidad de órgano soberano. Las elecciones habían tenido lugar en noviembre de 1917, sobre listas elaboradas antes de la Revolución de Octubre y antes de la escisión del partido social-revolucionario. La escisión había nacido en la base, con la oposición de los dirigentes que eran, precisamente, quienes encabezaban las listas electorales de este partido. Por consiguiente, la Asamblea Constituyente estaba constituida por una mayoría de dirigentes del ala derecha del partido social-revolucionario. Esta mayoría rechazó la propuesta de fusionarse en el Comité ejecutivo central del Congreso de los Soviets, ofrecimiento hecho por los bolcheviques y por el ala izquierda de los social-revolucionarios; de modo, pues, que la derecha social-revolucionaria venía a proponer un doble poder que el nuevo gobierno soviético no estaba preparado para tolerar. Los partidos gubernamentales abandonaron la Asamblea Constituyente y ésta fue disuelta el 20 de enero. «Aquí no ladra ningún perro», como dijo Oliver Cromwell en ocasión parecida.

Había un elemento de especial relieve en la posición bolchevique de que la escisión en el seno del partido social-

revolucionario quitaba toda representatividad a la Asamblea Constituyente; de todas formas, la total ausencia de protestas tras la disolución no deja ninguna duda de que el ala izquierda social-revolucionaria, que aceptó participar en el gobierno soviético, representaba los sentimientos del campesinado mejor que el líder derechista Chernov, quien acudió a la Asamblea tras conversaciones con los generales «blancos» en el cuartel general de ejército en Mogilev. Así que, si bien los partidos revolucionarios habían depositado sus esperanzas en una Asamblea Constituyente, es muy dudoso que estas esperanzas fuesen de verdad compartidas por la población. Un informe presentado a la Duma del Estado en mayo de 1917 declaraba abiertamente: «Los campesinos no saben a qué atenerse respecto de la Asamblea Constituyente; en algunos pueblos no han oído hablar de ella siquiera, sobre todo las mujeres… El campesinado no se ha formado una opinión *en absoluto* sobre la Asamblea». Para noviembre la situación había cambiado radicalmente; pero en Rusia no existía tradición parlamentaria de ninguna clase, y el campesinado podía ser mucho más sensible a los actos de los bolcheviques que a los discursos de los defensores de la Asamblea Constituyente.

Seis días después de la disolución de la Asamblea, Mr. Philips Price telegrafiaba desde Petrogrado al *Manchester Guardian*: «Considerar la Convención [el Tercer Congreso de los Soviets, abierto inmediatamente después de ser disuelta la Asamblea Constituyente] como representativa de toda Rusia sería un error, pues en los actuales momentos no puede darse ninguna clase de asamblea que contenga los dos elementos sociales hoy en guerra. Pero no reconocerla como la mayor fuerza actual en Rusia sería un error mucho más grave».

CAPÍTULO VI

PEQUEÑAS NACIONES Y GRANDES POTENCIAS

> La Revolución rusa tiene un gran aliado internacional en Europa y en Asia, pero, al mismo tiempo, y precisamente por esto, tiene un enemigo no sólo nacional, no sólo ruso, sino también internacional.
>
> LENIN, en 1908

I

Todas las grandes revoluciones han tenido repercusiones internacionales. La rebelión de los Países Bajos en el siglo XVI influyó profundamente en el movimiento revolucionario de Inglaterra. La revolución inglesa del siglo XVII tuvo inmediatas repercusiones en Francia y Holanda. Sus ideas las desplegaron plenamente, en el siglo XVIII, Francia y América. Lafayette y otros devolvieron a París las ideas democráticas de la guerra de la Independencia americana. Los efectos fuera de Francia de las revoluciones de 1789, 1830, 1848 y 1871 fueron también inmediatos. Pero la Revolución rusa fue la primera en la cual los propios revolucionarios tenían plena consciencia de que sus actos formaban parte de un proceso internacional, hombres que

hubieran deseado que esos actos hubiesen sido juzgados considerando no sólo sus efectos en su propio país.

Esta nueva consciencia internacional era herencia de Karl Marx y de la Primera Internacional (1864-1872). Su sucesora, la Segunda Internacional, fundada cuando Lenin tenía diecinueve años de edad, unía a los partidos socialdemócratas que reconocían la lucha de clases. Esta fórmula imprecisa cubría también al partido ruso, cuyo programa preveía el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento del socialismo mediante la «dictadura del proletariado»; también incluía a muchos otros partidos con programas reformistas, como el partido socialdemócrata alemán. Estos partidos concebían la lucha de clases como transición gradual y pacífica al socialismo mediante las reformas parlamentarias. «La revolución», perspectiva que Marx y Engels habían entrevisto como único medio posible para alcanzar el orden socialista, se había convertido para la mayoría de esos partidos socialdemócratas europeos en una frase, en palabra hueca o en piadosa esperanza. No la tomaban en serio como posibilidad inmediata práctica, y así, cuando la guerra de 1914-1918 desencadenó situaciones revolucionarias en diversos países, los socialistas se vieron desbordados y superados por unos acontecimientos que no estaban preparados para aprovechar.

Pero, en Rusia, durante todo el período de la vida adulta de Lenin, la revolución era un hecho, algo con lo que los socialistas tenían que contar necesariamente, que era esencial para ellos, y que les obligaba a descubrir formulaciones claras que les guiaran en la acción. Por esta razón, aunque el partido socialdemócrata ruso era pequeño e ilegal, y sus representantes en los Congresos de la Segunda Internacional acostumbraban ser emigrados políticos, estos representantes desempeñaban un papel muy

superior al que en principio les correspondía dada la importancia de su partido.

Lenin, más quizá que ningún otro emigrado ruso, jamás se dejó impresionar por las proporciones y el prestigio de los partidos occidentales, precisamente porque él siempre mantuvo un estrecho contacto con el interior de Rusia. Se convirtió en líder de una tendencia en el seno de la Internacional que trabajaba por hacer realidad las frases revolucionarias marxistas a las que todos los estatutos de los partidos decían ser fieles. Estas actividades se relacionaban con sus esfuerzos por construir un nuevo tipo de partido revolucionario en Rusia; en cambio, a los mencheviques los apoyaba la mayoría de los partidos socialdemócratas de la Europa occidental, en tanto que los bolcheviques gozaban del calor y estímulo de las tendencias de izquierda en el seno de cada uno de esos mismos partidos.

En el animado debate contra los «reformistas» de la Segunda Internacional y contra sus seguidores entre los emigrados rusos, Lenin escribió una serie de obras en las que, con su característico estilo directo, acometía el análisis del desarrollo económico mundial desde la muerte de Marx. A la luz de estos análisis intentó dar una redefinición de las tareas de los socialistas en todos los países. Su crítica del «reformismo» se basaba en que los defensores de esta vía habían convertido el marxismo, de la teoría viva que era, en un dogma muerto de un determinismo pasivo, según el cual «fuerzas históricas inevitables» *traerían* el socialismo algún día, independientemente de lo que hicieran o dejaran de hacer los socialistas en sus respectivos países mientras tanto. Lenin era lo más opuesto a un determinista; siempre quería saber el lugar exacto en que se encontraba en cualquier momento dado y ser capaz de precisar cuál era el siguiente paso que convenía

dar. Lo que decía de Engels se puede aplicar también a él mismo:

> Intentaba analizar las formas de transición [del Estado] con el cuidado más riguroso a fin de establecer, de acuerdo con los rasgos concretos, históricos y específicos de cada caso, *cómo se había formado y hacia dónde marchaba* una forma transitoria concreta.

II

El análisis económico de Lenin queda reflejado en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, obra publicada en 1916. La palabra «imperialismo» había sido empleada anteriormente por muchos otros autores con indudable imprecisión, por lo que vale la pena que citemos la formulación específica de Lenin al respecto, que está contenida en sus conclusiones de fondo:

> Si tuviéramos que dar una muy breve definición de imperialismo habríamos de decir que se trata de la fase monopolista del capitalismo [...]. Pero una definición más completa tendría que abarcar los cinco rasgos esenciales siguientes:
>
> 1) La concentración de la producción y del capital desarrollada hasta tal punto que es capaz de crear monopolios de una influencia decisiva en la vida económica.
>
> 2) La fusión del capital bancario con el capital industrial, y la creación, sobre la base de este «capital financiero», de una oligarquía financiera.
>
> 3) La exportación de capital, que se distingue de la exportación de mercancías, pasa a ser particularmente importante.
>
> 4) La formación de monopolios capitalistas internacionales que se reparten entre ellos el mundo.
>
> 5) La culminación del proceso de división territorial del mundo entero entre las grandes potencias capitalistas.

El motivo inmediato de que escribiera esta obra fueron las

controversias entre los socialistas en relación con la posición que debían adoptar frente a la guerra que había estallado en 1914. Pero esta obra habría de tener una repercusión mucho mayor que la efímera *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, escrita también por motivos polémicos. *El imperialismo* se basaba en muchos años de extensos estudios y lecturas. Mucho antes de la publicación de este trabajo, Lenin ya había llegado e incluso había actuado de acuerdo con bastantes de sus principales conclusiones.

La Segunda Internacional definió su actitud hacia la guerra mundial que ya amenazaba en una resolución adoptada en la Conferencia de Stuttgart celebrada en 1907, posición reafirmada en la Conferencia de Basilea en 1912. Si la guerra estallaba, rezaba la resolución, a pesar de los esfuerzos de la clase obrera en los diferentes países para impedirla, entonces habría llegado el momento en que los socialistas cumplieran con su deber, «con todas sus fuerzas, para aprovechar la crisis económica y política desencadenada por la guerra para levantar al pueblo y acelerar así la caída de la dominación de la clase capitalista». No obstante, en 1914 las tendencias mayoritarias en el seno de casi todos los partidos europeos (salvo el ruso y el serbio) apoyaron la guerra. En Rusia ni mencheviques ni bolcheviques votaron los créditos de guerra. Pero, mientras los mencheviques se limitaron a una simple declaración en que se lavaban las manos de toda responsabilidad relativa a la guerra, los bolcheviques hicieron propaganda contra ella en la Duma y en las fábricas. En noviembre de 1914 fueron detenidos cinco diputados bolcheviques de la Duma; en febrero, esos diputados y otros dirigentes sufrieron condenas y el exilio en Siberia por esta causa. Lenin escribió entonces: «La única consigna proletaria correcta es

convertir la actual guerra imperialista en una guerra civil. […] Desde cualquier punto de vista, el mal menor es para nosotros la derrota de Rusia».

Lenin no se oponía ni mucho menos a la guerra como tal; por el contrario, despreciaba el simple pacifismo. La guerra, dijo, coincidiendo con Clausewitz, es una prolongación de la política. «Tenemos que estudiar los hechos políticos que precedieron a la guerra, la política que condujo a la guerra y la que la provocó al final. Si esta política fue imperialista, es decir, una política favorable a los intereses del capital financiero, la expoliación y opresión de colonias y países extranjeros, entonces la guerra que ha salido de esa política es una guerra imperialista. Si la política en cuestión era de liberación nacional, es decir, expresión de un movimiento de masas contra la opresión nacional, entonces la guerra consecuencia de esa política es guerra de liberación nacional.» Lenin tampoco respetaba en modo alguno a los socialistas que pedían la paz sin anexiones mientras proponían conservar sus «propias» colonias.

III

Llegamos con esto a un segundo aspecto de la teoría de Lenin sobre el imperialismo que es interesante para nosotros: su actitud en relación con las cuestiones nacional y colonial. La obra clásica del marxismo soviético sobre este tema es *El marxismo y la cuestión nacional*, de Stalin, publicada por primera vez en 1913. Esta obra fue escrita en estrecha colaboración con Lenin, y, aunque las citas que recojo son de Lenin, los puntos de vista

expresados habían sido elaborados, en muchos casos, por Stalin. La verdad es que resulta imposible separar en esta obra la parte que corresponde a uno y otro.

La tesis marxista sobre los movimientos nacionales es históricamente relativa; sostiene, por una parte, que el establecimiento de un Estado nacional independiente es parte necesaria de la revolución burguesa y, por lo tanto, condición previa esencial para el triunfo de la democracia. Su base económica reside en que «al objeto de lograr la expansión completa de la producción de mercancías, la burguesía tiene que llegar a dominar el mercado nacional, tiene que unir políticamente territorios que hablan la misma lengua». Así, pues, y en relación con lo que les precedía, la creación de esas naciones «burguesas» es un paso progresivo, históricamente. «No se puede ser marxista —escribía Lenin en 1915— sin sentir el más profundo respeto por los grandes revolucionarios burgueses, quienes tuvieron derecho y razón histórica para hablar en nombre de sus patrias "burguesas", levantaron a muchos millones de personas de las nuevas naciones a una vida civilizada en su lucha contra el feudalismo.»

Por consiguiente, mientras un movimiento nacional tenga por efecto liberar a un pueblo de la opresión extranjera, los marxistas lo han de apoyar; por eso, Marx, en el siglo XIX, era un ardiente defensor de la unidad nacional de Alemania e Italia y de la independencia de Polonia e Irlanda. Hasta el siglo presente, los movimientos nacionales sólo se producían, prácticamente, en Europa y América. Pero Lenin ya observó, como rasgo característico del nuevo imperialismo, el fenómeno de «la culminación del proceso de división territorial del mundo entero entre las grandes potencias capitalistas», y, con esta división,

aparecieron los movimientos de independencia nacional en los países coloniales y dependientes. Rusia es, geográficamente, un país tanto europeo como asiático; allí, la opinión pública se conmovió profundamente ante la lucha de los países balcánicos por la independencia, el movimiento de los jóvenes turcos y la Revolución china. «El derecho de las naciones a la autodeterminación» era un tema de la máxima actualidad en la Rusia zarista. También era otro de los puntos sobre los cuales los bolcheviques mantenían posiciones diferentes de las que apoyaban las tendencias mayoritarias dentro de casi todos los partidos europeos de la Segunda Internacional.

En el Estado ruso había muchas nacionalidades que no gozaban de plenos derechos y prerrogativas como ciudadanos. Lenin se había manifestado ya contra esta situación en sus años mozos, durante su estancia en Pugachov, en el curso medio del Volga. En Simbirsk, un amigo de su padre era miembro de la minoría nacional chuvasia, un autodidacta que había consagrado su vida a la ilustración de sus compatriotas. El propio Lenin tenía un compañero de escuela al que ayudó a aprender el ruso.

En 1905, además de la revolución que se produjo en Rusia, estallaron movimientos nacionalistas en Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia y Georgia. Como consecuencia de ellos, fue promulgado el Manifiesto imperial de junio de 1907, que garantizaba el principio de que «la Duma del Estado, creada para fortalecer el Estado ruso, también había de ser rusa en espíritu, de suerte que otros pueblos dentro de nuestro Imperio deberán tener representantes en la Duma para manifestar aquí sus necesidades, aunque no tendrán una participación numérica tal que pudieran por sí solos decidir cuestiones puramente rusas». Empero, «las personas no hablantes del idioma ruso» quedaron

excluidas de manera específica de la Duma. La ley electoral de Stolipin, que acompañaba al Manifiesto imperial, no concedía derecho político alguno a los pueblos del Asia central y reducía de modo drástico la representación de los diputados de Polonia y del Cáucaso. Por su parte, Nicolás II rechazó una propuesta del gabinete de Stolipin, bien poco liberal por cierto, tendente a abolir algunas de las 650 disposiciones legales que imponían cargas vejatorias a la comunidad judía. En 1916 estallaron levantamientos entre las poblaciones nativas de Asia central que fueron reprimidas con brutalidad. En todos estos movimientos había, por consiguiente, aliados con los que era preciso contar; ningún demócrata auténtico podía dejar de simpatizar con estas causas.

En la Europa occidental, donde ya a comienzos del siglo XX estaban bien asentados muchos Estados nacionales independientes, «la cuestión nacional» no les parecía tema particularmente urgente a los dirigentes socialdemócratas, los cuales propendían a establecer diferencias tajantes entre las colonias y los países metropolitanos. Las colonias, pensaban tales líderes, terminarán por ser independientes, en efecto; pero, a su juicio, tenía que transcurrir un largo período de transición y de capacitación antes de que «sus propias colonias» estuvieran «maduras» para la independencia.

En cambio, arguyó Lenin, ya antes de un Congreso de la Segunda Internacional que tuvo lugar en 1907, que la reivindicación de autodeterminación que presentaban las colonias y los pueblos dependientes era no menos necesaria en interés de la clase obrera de los países metropolitanos que en interés del pueblo colonizado o dependiente. A este respecto, citaba a Marx, según el cual «un pueblo que oprime a otro no

puede ser libre»; y apoyaba su tesis citando también a Cecil Rhodes: «El Imperio […] es una cuestión de subsistencia. Si queremos evitar la guerra civil, tenemos que hacernos imperialistas». Lenin no creía que se pudiera implantar una auténtica democracia en Rusia hasta que los pueblos no rusos fuesen tratados como ciudadanos iguales a los demás y hasta que sus territorios gozasen del derecho de separarse o de constituir comunidades autónomas si sus habitantes así lo deseaban. Para dominar a otros pueblos por la fuerza hacían falta ejércitos de ocupación, se estimulaba el odio nacional y religioso, se intensificaban las desigualdades nacionales y de clase; todo lo cual fortalecía el poder despótico de la autocracia sobre el pueblo ruso igual que sobre los pueblos y naciones dependientes. No es casualidad, pues, que el delegado soviético en las Naciones Unidlas emplease similares argumentos en un debate sobre el tema de la capacidad y madurez de las naciones colonizadas, en diciembre de 1946.

Lenin sostenía que una completa igualdad nacional sólo podría obtenerse bajo el socialismo, puesto que, mientras existiese el imperialismo, existirían motivos para explotar a otros pueblos. De la misma manera, Lenin afirmaba que tampoco podría disfrutarse de una plena democracia hasta que no fuese derrocado el capitalismo, ya que la explotación económica reducía a bien poca cosa la libertad política. Por ello, en cada caso —bien luchando por la democracia, bien luchando por la independencia de las naciones pequeñas— Lenin sostenía el criterio de que estas reivindicaciones «revolucionarias burguesas» eran de extraordinaria importancia para los socialistas, pues, en la medida en que las libertades políticas democrático-burguesas se extendiesen por todo el mundo, en esa misma medida se minaba

y debilitaba la fuerza del imperialismo.

De todas formas, Lenin ponía especial cuidado en aclarar que, al apoyar el *derecho* de las naciones a la autodeterminación y a la separación si así lo deseaban, no por ello quería dar a entender que los socialistas tuviesen que defender siempre el ejercicio de este derecho, de la misma manera que quienes aceptan el derecho al divorcio no desean la disolución de todos los matrimonios. Por el contrario, Lenin insistía especialmente en las ventajas económicas de las grandes unidades políticas, y creía que con la abolición de toda coacción y el establecimiento de una real libertad de elección, se crearían federaciones de Estados socialistas aún más grandes. En definitiva, decía Lenin, la actitud de los partidos socialistas hacia la separación vendrá dada por los intereses del socialismo y del progreso histórico en general; en las aspiraciones nacionales no hay una validez de carácter absoluto, sino sólo en la medida en que contribuyen a la lucha por la democracia y contra los regímenes más reaccionarios. En el siglo XIX, ni Marx ni Engels sintieron la menor simpatía por los movimientos nacionales checo y yugoslavo, porque los consideraban hijuelas de la Rusia reaccionaria.

IV

Lenin creía que el mezquino apoyo que los dirigentes de los partidos socialdemócratas occidentales prestaban a los movimientos de liberación en las colonias, su fracaso al no haber hecho honor a sus promesas de aprovechar la oportunidad de la

guerra para desencadenar la revolución socialista, su disposición al compromiso con las clases dominantes, todo ello eran aspectos de un mismo fenómeno. «La era del imperialismo —escribió— se caracteriza porque el mundo está dividido entre las "grandes" naciones privilegiadas que oprimen a todas las demás. Las migajas del botín obtenido gracias a estos privilegios y a esta opresión les tocan sin duda a ciertas capas de la pequeña burguesía, de la aristocracia obrera y de la burocracia.» Los dirigentes y burócratas de los sindicatos y los partidos, bien pagados, que sólo son una minoría insignificante de la clase obrera, han alcanzado niveles de vida propios de la clase media y también concepciones de esta clase, y así ha sido como han entrado en lo que no es más que «una alianza con su burguesía nacional y contra las masas oprimidas de todas las naciones». Esta alianza da a los líderes «oportunistas» influencia y fuerza sobre la clase trabajadora, porque detrás de estos dirigentes no aparece sólo la fuerza de la tradición y la inercia, sino también todo el poder de la clase dirigente, su propaganda y su máquina educativa, y, en caso de necesidad —sobre todo en tiempos de guerra—, la cárcel y el pelotón de ejecución.

Estas concepciones llevaban a Lenin a considerar con particular desprecio el comportamiento de los dirigentes socialdemócratas en 1914. En lugar de movilizar a todo el partido contra la guerra, en cuyo caso el riesgo individual hubiera sido mínimo, incluso para los dirigentes, los jefes de la socialdemocracia alemana pusieron a cada miembro de su partido ante la alternativa de «o ingresar en el ejército, como te aconsejan tus dirigentes, o ser fusilado».

Esta actitud, sostenía Lenin, era la culminación de una tendencia política seguida y mantenida durante toda una época

en la cual la dirección de todos los partidos socialdemócratas de Europa occidental había corrompido y liquidado el marxismo y aceptado la perpetuación del sistema capitalista, a cambio de que una parte de los beneficios de este sistema llegase a los trabajadores cualificados y a los más afortunados. Era una prueba más del axioma de que un pueblo que oprime a otro no puede ser libre. El verdadero marxismo, tal como lo entendía Lenin, predominaba sólo en los movimientos obreros de los países que no tenían imperios coloniales de antigua creación. Un ejemplo claro de «aristocracia del trabajo» se daba en la Georgia de Stalin, donde los obreros procedentes de la Gran Rusia disfrutaban de privilegios que los diferenciaban agudamente del proletariado indígena. Georgia fue un baluarte del menchevismo y de la intervención extranjera después de 1917.

V

No es de extrañar, pues, que Lenin considerase el «oportunismo» del movimiento socialdemócrata como la peor de las traiciones. Esta actitud fue lo que determinó sus posiciones políticas a su regreso a Rusia en 1917. Muchas veces, anteriormente, se había preguntado lo que haría un gobierno socialdemócrata que tomase el poder en Rusia durante la guerra en el caso de que los países beligerantes rechazaran su oferta de una paz general; y, sin vacilación, se había contestado que en semejantes circunstancias ese gobierno socialdemócrata tendría que lanzarse a una guerra revolucionaria. Pero el derrocamiento del zar en febrero de 1917 y la llegada al poder de un gobierno

compuesto principalmente por *cadets* fueron acontecimientos que Lenin valoró sólo como revolución *burguesa*, que hacía entrar simplemente a Rusia en la misma línea que los demás gobiernos que atizaban la guerra, no en una vía susceptible de cambiar la naturaleza de esa guerra o la dependencia económica de Rusia respecto de las potencias capitalistas occidentales. Hasta que Rusia no se retirase de la guerra y sus deudas exteriores fueran repudiadas, Lenin deseaba que su partido negase todo apoyo al gobierno provisional. Esto suponía, desde luego, llevar la revolución burguesa hasta sus últimas consecuencias, hasta convertirla en una revolución proletaria, posición ésta mucho más radical que la que hasta entonces había sostenido el partido. Durante quince días hubo un terrible forcejeo entre las dos posiciones; al final, Lenin y sus seguidores ganaron a todo el partido a su línea.

Lenin reconocía, empero, que esta política no daría a los bolcheviques una inmediata popularidad en aquellos días de luna de miel revolucionaria, pues significaba ir contra la corriente durante un tiempo. Plejanov diría entonces que Lenin estaba loco, y otros muchos dijeron incluso que era un agente de los alemanes. Pero Lenin estaba convencido de que su línea política correspondía exactamente a los intereses reales de las masas rusas y tenía confianza en que éstas, a través de una paciente explicación, pronto empezarían a ver lo que había detrás de las finas palabras del nuevo gobierno. De hecho, la base, a través de los soviets, ya reclamaba la paz sin anexiones. «Cuando las masas dicen que quieren la paz sin conquistas, yo les creo. Cuando Guchkov y Lvov [miembros del gobierno] dicen que no quieren ninguna conquista, mienten. Cuando un obrero dice que quiere defender a su país, es el instinto de un hombre oprimido lo que

habla por su boca.» Chispazos de clarividencia como el de la última observación que hemos citado es lo que hacían de Lenin el líder genial que pronto iba a demostrar que era. «Explicar con paciencia», ésta fue su consigna para las semanas inmediatas.

El informe presentado a la Duma en mayo indicaba que estaba disminuyendo el apoyo popular a la guerra. «Se oyen con frecuencia frases como ésta: "Esperaremos hasta el otoño y veremos entonces lo que pasa; será el momento de volvernos a casa". Sentimientos como éste —concluía el informe— dan mucho que pensar.» Mientras tanto, el gobierno provisional atizaba sin quererlo el proceso de desilusión enviando un mensaje de lealtad a los aliados occidentales al tiempo que se negaba a publicar o denunciar los acuerdos secretos firmados por el gobierno zarista con aquellos aliados y que preveían las futuras anexiones que corresponderían a las partes contratantes. El Seim (Parlamento) finlandés, con una ruidosa mayoría socialista, fue disuelto, y denegada la petición de autonomía formulada por Ucrania.

En julio, accediendo a demandas de los aliados occidentales, el gobierno provisional embarcó a sus tropas en una ofensiva a gran escala. Los efectos que produjo en el ya agotado ejército fueron catastróficos. Philips Price observó que «los mismos hombres que hubieran acusado antes a Lenin de estar al servicio de los alemanes, estarían dispuestos ahora a hacer lo que Lenin les había aconsejado que hicieran, a saber: tirar sus armas, confraternizar con los soldados alemanes, discutir del socialismo y de la expropiación de los latifundistas». «Es terrible morir cuando en Rusia las puertas se acaban de abrir de par en par», escribía desde el frente un soldado campesino a su familia, mucho antes de haber tenido noticia siquiera de la propaganda

bolchevique. La consigna de Lenin «paz y tierra» encontraba campo abonado entre aquel ejército de campesinos, que odiaban a sus oficiales como si fueran el terrateniente vestido de uniforme. Lenin reflejó exactamente el estado de ánimo de las tropas: los soldados «votan con los pies» por la paz (aludiendo a las deserciones). Apenas una semana antes de que los bolcheviques tomaran el poder, el ministro de la Guerra de Kerenski declaró que era imposible seguir la lucha.

De manera que pocas alternativas les quedaban a los bolcheviques, salvo la de firmar la paz, cuando llegaron al poder. Las objeciones teóricas relativas a una «defensa revolucionaria» habían dejado de oírse. Ahora, lo de veras difícil, en la práctica, era continuar la guerra. El ejército se encontraba en un estado de desintegración completo, con los soldados campesinos precipitándose a sus casas para participar en las tumultuosas ocupaciones de las fincas de los terratenientes. Los bolcheviques proclamaron inmediatamente el derecho de secesión de los pueblos sometidos, denunciaron (y a continuación publicaron) los tratados secretos y exhortaron a todos los beligerantes a que iniciaran negociaciones para una paz general. Los gobiernos de la Entente replicaron, no al ya establecido gobierno soviético, sino al general Dujonin, comandante en jefe del ejército y antibolchevique declarado, depuesto de su cargo uno o dos días después. La contrarréplica de éste fue negarse a acatar la orden, junto con amenazas de gravísimas represalias si Rusia se retiraba de la guerra y firmaba la paz con Alemania por separado. La inmediata respuesta de Dujonin le vino de sus propias tropas, que lo lincharon. Todos los suministros a Rusia quedaron interrumpidos. «Los capitalistas rusos tienden ahora la mano a los capitalistas y terratenientes franceses y británicos», dijo Lenin

en agosto de 1918, repitiendo irónicamente palabras suyas de veintidós años atrás, tomadas de los propios obreros rusos.

VI

Puesto que era imposible proseguir la lucha en aquellas circunstancias, y aunque el gobierno soviético no deseaba firmar la paz por separado con Alemania, Trotski fue enviado a Brest-Litovsk, en principio para iniciar negociaciones con los alemanes, y en realidad, al llevar esas negociaciones públicamente, para incitar a los súbditos de todos los países beligerantes a derrocar a sus gobiernos y llegar a una paz general. Los términos en base a los cuales el gobierno soviético comunicó su decisión de negociar crearon considerable estupor y embarazo a los gobiernos que proseguían la guerra. Se referían primero a la voluntad soviética de repudiar toda clase de anexiones e indemnizaciones; exigían la autodeterminación de *todos* los grupos nacionales. Los Catorce Puntos del presidente Wilson, anunciados pocas semanas después, se referían en esencia a lo mismo que habían propuesto los bolcheviques. Pero éstos habían hecho sus propuestas de tal forma que no eran viables en un marco capitalista, de ahí que los negociadores de Versalles tuvieran luego tan serias dificultades.

Empero, si bien la propaganda bolchevique lanzada desde Brest-Litovsk hizo posible una espléndida cosecha un año después, no se produjo una inmediata revolución en Occidente. Los gobiernos británico y americano dejaron sin respuesta una petición de los bolcheviques de suministros y pertrechos para el caso de que se reanudaran las hostilidades con Alemania. Muy al

contrario, un mes después de la Revolución bolchevique, Clemenceau hablaba en favor de enviar una fuerza expedicionaria japonesa a Siberia. En enero, un crucero japonés entró en la bahía de Vladivostok; el jefe que mandaba el Batallón Middlesex número 25 en Hong Kong había recibido ya órdenes de tener su unidad a punto para partir hacia aquel puerto. Fuerzas británicas comenzaron a desembarcar en Murmansk a finales de febrero. Lenin decidió que Rusia debía concluir una paz por separado con Alemania. Temía también que Inglaterra y Alemania pudieran llegar a un acuerdo a expensas de Rusia. Se enfrentó con la tenaz oposición de Trotski y de muchas otras relevantes figuras del partido, eufóricas por su victoria revolucionaria en el interior y que se las prometían muy felices a la espera de un rápido desarrollo de la revolución en la Europa occidental.

Lenin insistía en que la primera misión del partido era la preservación de la República soviética y que la política exterior no se podía basar en especulaciones sobre la revolución mundial. En una serie de apasionados discursos atacó la romántica actitud de los resistentes a ultranza, desde finales de enero a mediados de marzo; al cabo, logró que el partido aceptase sus tesis a este respecto, las más difíciles de aceptar para sus compañeros de todas las que les había propuesto. «Si no estáis preparados para adaptaros, si no tenéis estómago para arrastraros por el fango, no sois revolucionarios sino unos charlatanes. Yo propongo esto no porque me guste, sino porque no tenemos otra salida, porque la historia no ha tenido la ocurrencia de ponerse tan bien como para hacer madurar la revolución en todas partes y al mismo tiempo.»

Pero los dirigentes bolcheviques estaban divididos. En cierto momento, Trotski rompió las negociaciones, se declaró

partidario de «ni paz ni guerra» (igual que en 1914 estuviera por «ni victoria ni derrota») y se retiró de Brest-Litovsk. Inmediatamente, los alemanes lanzaron una ofensiva y ocuparon varios cientos de kilómetros cuadrados de territorios nuevos; la imposibilidad de seguir resistiendo se puso claramente de manifiesto y, por fin, se adoptó la política preconizada por Lenin a costa de sacrificios mucho mayores de lo que hubiese sido necesario si la tesis de Trotski de «clavar la bayoneta en el suelo» no hubiese prosperado un tiempo. Por el tratado de Brest-Litovsk, la República soviética perdía una cuarta parte de los territorios del Imperio ruso y un tercio de su población, así como las tres cuartas partes de la producción de hierro y carbón. Pero, mientras, los bolcheviques procedían a formar el Ejército Rojo. A mediados de mayo contaban con más de 400.000 voluntarios. «Como resultado de este acuerdo leonino —dijo Lenin a Bruce Lockhart—, Alemania tendrá que mantener en el Este más tropas que antes de la paz, y no menos. En cuanto a que ahora podrá obtener grandes cantidades de suministros de Rusia, puede usted estar tranquilo. La "resistencia pasiva" —creo que la expresión es de ustedes— es un arma más potente que un ejército que no puede luchar.» Los hechos le dieron la razón.

«Ceder terreno para ganar tiempo», así consideraba Lenin el acuerdo con los alemanes. «Un armisticio, no la paz», escribía *Pravda* (30 de marzo). Lenin firmó el tratado pero se negó a leerlo. «Desde luego que estamos violando el tratado —dijo— y lo hemos violado unas treinta o cuarenta veces» (y esto antes de haber sido ratificado). «Nos hemos justificado lo suficiente ante la Internacional Socialista por esperar todo este tiempo», manifestó un delegado de los soldados ante el Comité Central ejecutivo del Congreso de los Soviets. En octubre de 1918, el

Estado Mayor alemán decidió que la moral de las tropas en el frente del Este había sido minada por la propaganda bolchevique, hasta el punto que era peligroso trasladarlas al Oeste; un mes después Alemania sufría su derrota final en el frente del Oeste, sus tropas se retiraban de Ucrania y las que ocupaban territorios rusos recibieron órdenes, del Mando Aliado ya, de permanecer en sus puestos para combatir contra los bolcheviques.

VII

Y es que, mientras se desarrollaban esas operaciones militares, había comenzado la intervención de los aliados en Rusia, tan temida por Lenin y razón por la cual insistiera tanto en concluir el tratado de Brest-Litovsk. Tropas británicas y japonesas entraron en Vladivostok, donde también los americanos habían desembarcado fuerzas para vigilar de cerca a los japoneses. También en Arcángel había unidades británicas. No es propósito de este libro relatar la sórdida y vergonzosa aventura de la intervención aliada, que lo único que consiguió fue reavivar la guerra civil en Rusia. Es una historia que ha sido olvidada en Occidente, pero no en Rusia, donde costó la vida a millones de personas a causa de los combates, los asesinatos, el hambre y las enfermedades, y que ocasionó inmensos trastornos en la vida económica del país.

La última palabra al respecto corrió a cargo del secretario americano de Estado, el 17 de julio de 1918, en un comunicado dirigido a los embajadores aliados: «El gobierno de Estados

Unidos ha llegado a la clara y definitiva conclusión, tras repetidas y minuciosas reconsideraciones de la situación general en Rusia, de que la intervención militar no haría más que añadir confusión a la ya triste situación de ese país, y desde luego no la curaría, lo destruiría más que lo ayudaría, sin que ello supusiese ventaja alguna en relación con nuestro principal propósito, que es ganar la guerra a Alemania. Como consecuencia de todo ello, este gobierno no puede tomar parte en esa intervención ni aprobarla en principio». A pesar de estas bellas y sinceras palabras, no habían pasado muchos meses cuando ya las tropas americanas se alineaban con las francesas, británicas y japonesas en contra de los bolcheviques.

Una cuestión, sin embargo, merece la pena traer a colación, a saber: el efecto de las guerras de intervención sobre el impacto internacional de la Revolución rusa. Aunque fracasaron en su objetivo principal de extirpar de raíz la revolución, impidieron que ésta se extendiese a la Europa central, y quizás a otros lugares. Así, en la primavera de 1919, cuando un régimen de tipo soviético intentaba sobrevivir en Hungría, el Ejército Rojo se vio obligado a permanecer en el Este ante el peligro de una convergencia de las fuerzas de Kolchak, controladas por los aliados —que habían penetrado desde Siberia al oeste de los Urales—, y las tropas británicas en Arcángel. Kolchak y sus tropas fueron derrotados, pero, para entonces, el gobierno revolucionario de Bela Kun en Hungría había sido derrocado y el terror blanco enseñoreaba el país. En palabras de Churchill: «Hemos podido dar un respiradero de inestimable importancia a toda la línea de países recientemente liberados, que limitan con las fronteras occidentales de Rusia».

Si los acontecimientos hubiesen discurrido de otra manera en

1919, si los inmensos recursos industriales y la capacidad técnica de Europa central hubiesen pasado a control de una unión de repúblicas soviéticas, se habrían ahorrado inmensos sufrimientos y esfuerzos a Rusia en los años veinte, y al mundo tras el advenimiento de Hitler al poder. No fue así y habrían de pasar otros veinticinco años antes de que los ejércitos soviéticos aparecieran en la llanura húngara, veinticinco años de dictaduras de clase en los Balcanes y en la mayor parte de la Europa del Este.

VIII

En los años anteriores a la guerra de 1914-1918 existía ya un grupo dentro de la Segunda Internacional, con figuras tan eminentes como Rosa Luxemburg, Clara Zetkin y Karl Liebknecht, identificados generalmente con los bolcheviques en la crítica del «parlamentarismo reformista» y de la «aceptación del sistema capitalista» que distinguían a los dirigentes de la Internacional. Durante los años de la guerra se organizó un ala izquierda en el seno de los partidos socialdemócratas en casi todos los países donde éstos existían, para oponerse a la guerra y a los dirigentes que colaboraban con los gobiernos de sus respectivos países. Lenin había lanzado un llamamiento a favor de la formación de una nueva Internacional, celebrándose varias conferencias de grupos de izquierda socialdemócratas en territorio neutral. La Revolución de Octubre dio nuevos impulsos, nuevos objetivos y, sobre todo, una nueva dirección a todos estos grupos. Al menos tenían, en la rusa, una revolución

que coincidía con sus esperanzas; en ella tenían una realización que defender y por la que luchar, un modelo que imitar.

Así, cuando al final de la guerra los partidos socialdemócratas oficiales de los principales países beligerantes empezaron a recomponer los diferentes trozos de la Internacional, ésta había perdido ya su contenido glorioso. Después de cuatro años de odio nacional era difícil recuperar la fe optimista en un inevitable, aunque gradual, avance hacia el socialismo y la hermandad entre los hombres; pero ahora, en la República soviética había un ejemplo de transición directa a un Estado de los trabajadores que atraía fuertemente a las masas hastiadas de la guerra, desilusionadas de las bellas palabras y ansiosas de resultados concretos. En algunos países, principalmente Alemania y Hungría, los socialistas de la tendencia izquierdista (estuviesen organizados o no en partidos comunistas) no solamente apoyaban a los bolcheviques sino que intentaron seguir su ejemplo. Estallaron guerras civiles en las que, como en Rusia, muchos homónimos de los mencheviques y de los social-revolucionarios lucharon al lado de los blancos; en cada país donde se producía una insurrección comunista, los partidos socialdemócratas oficiales estuvieron de parte del orden establecido. Se producía así una profunda división en el seno del movimiento obrero internacional, con el partido comunista ruso como líder natural del ala revolucionaria. En marzo de 1919 se celebraba en Moscú la conferencia inaugural de la Tercera Internacional (comunista).

La Tercera Internacional dio simplemente forma organizativa a una tendencia existente en el movimiento obrero de todos los países desde hacía muchos años; pero era inevitable que los partidos comunistas locales, en su lucha por una revolución

socialista inmediata en sus propios países, viesen en el victorioso partido comunista ruso un guía y un apoyo; y viceversa, el movimiento «fuera de Rusia», contra la intervención, que canalizó la general simpatía hacia el gobierno soviético en los países occidentales, ayudó también a aliviar la presión de las potencias capitalistas contra los bolcheviques. «Quitamos a Francia, Inglaterra y América sus obreros y campesinos —dijo Lenin en diciembre de 1919—. Sus tropas demostraron que no eran capaces de luchar contra nosotros.»

A causa de la atmósfera de guerra civil internacional en que se fundó la Internacional Comunista, el ingreso en ésta se hizo muy difícil y rígido, en gran parte por indicación de Lenin, que aplicó una vez más, en esta ocasión a escala mundial, su principio de «pocos pero buenos», uno de los elementos básicos en la formación del partido bolchevique ruso; asimismo, se insistió en la oportunidad de romper de manera definitiva y completa con los principios organizativos y políticos de la socialdemocracia. Es posible que esto fuese algo inevitable en aquellas circunstancias —la fusión del joven partido comunista húngaro con los socialdemócratas en 1919 no logró crear la organización capaz de hacer frente con éxito a la prueba suprema de la revolución—, pero fue el origen de nuevas dificultades. En efecto, era normal que los militantes de los recién creados partidos comunistas de países occidentales procediesen de los partidos socialistas, y que su paso al comunismo se debiera a su violenta oposición a la política parlamentaria de los partidos oficiales socialdemócratas, razón por la cual sólo querían oír hablar de huelga general y de acción revolucionaria.

Lenin había atacado este tipo de reacción negativa frente al parlamentarismo ya en 1907; en 1920 escribió *El izquierdismo*,

enfermedad infantil del comunismo, donde volvía a criticar esas posiciones en la Tercera Internacional. Y, aunque parezca paradójico, aquí vemos a un Lenin, ciudadano de un país que fue durante tanto tiempo el menos democrático de Europa, explicar a los líderes de la izquierda en la Europa occidental, y en nombre del marxismo revolucionario, que debían trabajar dentro de los sindicatos existentes; que debían aprovechar todas las instituciones de la democracia parlamentaria a fin de —utilizándolas como «tribunas del pueblo»— dar orientaciones y dirección a las masas; y, sobre todo, que no debían limitarse a imitar sin más las tácticas que habían triunfado en Rusia, sino que era su obligación aplicar de manera original los principios del bolchevismo en sus países respectivos. El marxismo revolucionario, pues, tenía que volver a Europa occidental.

Hasta finales de 1920 Lenin estuvo de acuerdo con Trotski sobre la cuestión de la revolución mundial. Después llegó a la conclusión de que había que situarla como objetivo último y ver en los procesos revolucionarios de otros lugares aliados incidentales; pensaba también que ninguna clase de especulaciones sobre el tema de la revolución mundial inmediata debía dominar su enfoque de las cuestiones tácticas. En cambio, habría estado de acuerdo con las ideas de Trotski, manifestadas inmediatamente después de la Revolución de Octubre, de que «la Revolución rusa, o desencadena una revolución en los países de Occidente, o los capitalistas de todos los países aplastarán la [revolución] nuestra». Pero el pensamiento de Lenin no se sometía nunca a estas categorías absolutas y excluyentes de blanco o negro o de todo o nada. Sabía que las posibilidades inmediatas eran infinitas e imprevisibles. Por eso daba más importancia que Trotski a lo que pudiera salir de Brest-Litovsk.

En 1916 Lenin sostenía que «el desarrollo del capitalismo es muy desigual en los diferentes países. En el sistema de producción de mercancías no puede ser de otra manera. De esto se sigue inevitablemente que el socialismo no puede triunfar al mismo tiempo en *todos* los países». «Para cualquiera que se haya detenido a examinar las condiciones económicas previas a cualquier revolución socialista en Europa —decía Lenin haciendo una sutil referencia a las posiciones de Trotski— tiene que estar claro que en Europa el comienzo será muchísimo más difícil, mucho más que para nosotros; pero les será mucho más fácil continuar la revolución, mucho más que a nosotros.» Estaba convencido de que «el comunismo no puede ser impuesto por la fuerza». «Todas las naciones alcanzarán el socialismo, esto es inevitable. Pero no todas lo alcanzarán de la misma manera.»

En general, Lenin contemplaba la revolución como un período histórico, no como un acontecimiento único. Ridiculizaba a «esos que imaginan que en un lugar determinado se pondrá en pie un ejército y dirá: "¡Viva el socialismo!", y que en otro lugar otro ejército se levantará también al grito de "¡Viva el imperialismo!", y que a continuación sobrevendrá la revolución social… El que espere una revolución social pura" no vivirá suficiente para verla». Cada país «aportará un rasgo especial según la forma de democracia que adopte, según su propia dictadura del proletariado, y también según el ritmo que invierta en reconstruir las diferentes fases de la vida social». «En un Estado pequeño vecino de otro grande en el que se haya realizado la revolución social, la burguesía podría incluso ceder el poder pacíficamente.»

IX

Mientras tanto, los bolcheviques iban consolidando la Unión Soviética como un Estado multinacional. La tesis de Lenin de que la mayor o menor independencia nacional de un país dependía de cómo la hubiera conseguido se demostró plenamente justa en los años que siguieron a la Revolución bolchevique. El 17 de noviembre de 1917, el gobierno soviético proclamó el derecho de los pueblos del Imperio ruso a la autodeterminación, incluido el derecho de secesión. Enseguida, las nacionalidades de la periferia de Rusia se convirtieron en piezas importantes en la política internacional. Alemania se apresuró a reconocer un gobierno ucraniano independiente, con el solo objeto de poner en dificultades a los bolcheviques en las negociaciones de Brest-Litovsk, no sin antes asegurarse el control del país, al que ocupaban militarmente, para reinstaurar por la fuerza el antiguo orden social. Ese mismo gobierno ucraniano comenzó a recibir estímulos y apoyos provenientes de la Entente. Por su parte, los bolcheviques ayudaron a los mineros de la cuenca del Donetz y a los trabajadores de zonas industriales de la Ucrania del Este a implantar un gobierno de tipo soviético en Jarkov. El gobierno ucraniano de Kiev se convirtió bien pronto en marioneta de los alemanes. Después de la derrota de los alemanes, el mando aliado en el sur de Rusia publicó un manifiesto en el que se decía a la población que «tanto los alemanes como nosotros hemos venido aquí no como conquistadores sino como campeones del derecho. Por eso sus objetivos y los nuestros son idénticos» (enero de 1919). La independencia de Ucrania no era precisamente el objetivo principal de cada parte.

Un acuerdo secreto anglofrancés firmado el 23 de diciembre de 1917 establecía que Ucrania era zona de influencia e intervención de Francia; el norte de Rusia, los Estados bálticos y el Cáucaso, de Inglaterra. Con ayuda de los alemanes primero, de las tropas británicas después, se formaron gobiernos «burgueses» en los Estados bálticos. El gobierno soviético, en cambio, reconoció la independencia de Finlandia, incluso con un gobierno burgués, en enero de 1918, gobierno que pudo mantenerse en el poder gracias al apoyo militar alemán. En noviembre de 1917 se constituyó por su cuenta, en Georgia, un gobierno de tendencia menchevique. Este gobierno no había mostrado nunca el menor interés en la secesión hasta que los bolcheviques llegaron al poder. Cuando esto se produjo, llamaron inmediatamente a las tropas alemanas para que garantizaran su «independencia nacional». El gobierno británico se ocupó, en un rasgo de benevolencia, de esta carga, y así fue como Georgia se convirtió en el mayor centro de reclutamiento y abastecimiento del ejército del barón Wrangel, el último de los ejércitos blancos que logró mantenerse en territorio soviético.

Pero donde no hubo interferencia exterior, es probable que los pueblos sometidos anteriormente prefiriesen antes a los bolcheviques que a los blancos, pues estos últimos propendían a encabezar sus programas con la restauración de los privilegios de la gran Rusia, después de la restauración de los terratenientes. Tenemos el caso de Denikin, uno de los jefes contrarrevolucionarios: nada más proclamar que «Rusia es una e indivisible» le surgieron conflictos en las zonas del sur de Rusia y de Ucrania que ocupó en 1918, y hasta tuvo problemas con los cosacos, los tradicionales defensores del antiguo régimen y ahora celosos también de su autonomía recién obtenida. En el

Turquestán, en cambio, un régimen soviético allí establecido logró mantenerse durante toda la guerra civil a pesar de estar desconectado de Moscú por el gobierno de Kolchak en Siberia.

Triunfante la Revolución, el gobierno soviético creó un Comisariado de las Nacionalidades dirigido por Stalin; este organismo elaboró una estructura federal para la República rusa y concedió autonomía regional a diversos grupos nacionales. En Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia se constituyeron otras tantas y separadas repúblicas soviéticas.

Las cuestiones de la defensa nacional y de la reconstrucción económica precisaban ser dirigidas en común, y estas necesidades llevaron a la creación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en diciembre de 1922. Al final, todo el territorio antes dependiente del Imperio zarista quedó unificado bajo una Constitución federal, como los decembristas habían soñado cien años antes. En la Constitución de la URSS, aprobada en 1923 y ratificada diez días después de la muerte de Lenin, una de las dos cámaras en que se dividía el órgano supremo de gobierno, el Comité Central ejecutivo, estaba constituida en base al principio de representación paritaria para todos y cada uno de los grupos nacionales dentro de la URSS. Los rusos, por tanto, podían ser derrotados en una votación por aquellas personas que «no saben hablar el idioma ruso», y que habían sido excluidas, como hemos dicho antes, de la Duma del Estado.

Existe un acuerdo general respecto al hecho de que en la política seguida hacia los pueblos antes sometidos, el régimen soviético ha obtenido uno de sus éxitos más notables. El zarismo había sido completamente incapaz de aplicar un mínimo de racionalidad al desarrollo económico y había dejado que las industrias surgieran sin orden ni concierto, sobre todo en las

comarcas periféricas. Los acontecimientos de 1917-1918 revelaron los grandes daños que un golpe por sorpresa de un enemigo exterior podía causar a la economía así organizada. Por eso, inmediatamente después de la Revolución, Lenin mismo se ocupó en atender los planes para el desarrollo de zonas industriales en lugares menos accesibles. En abril de 1918 pidió a la Academia de Ciencias que elaborase un «Plan para la reorganización de la industria y para el desarrollo económico de Rusia».

Una moderna civilización ha surgido en la Siberia occidental y en las regiones del Asia central, territorios ricos que el antiguo régimen había dejado lamentablemente abandonados en lo económico. A continuación, y gracias a las nuevas líneas ferroviarias, a las fábricas, los tractores y la radio, pueblos que antes de 1917 eran analfabetos pudieron acceder a la educación en sus lenguas nativas. Son imprevisibles las consecuencias últimas del renacimiento cultural, en el interior y en el exterior, de los pueblos del Asia central. El tipo de régimen soviético ha permitido a los nómadas más primitivos desarrollar formas de autogobierno y asimilar una cierta idea de la democracia. La inmensidad de los problemas administrativos y humanos con que hubo de enfrentarse el nuevo régimen la sugiere una estimación oficial de 1921, según la cual el 20 por ciento de los habitantes de la República soviética eran pueblos que vivían aún en un estadio tribal o patriarcal de desarrollo o en una fase de transición del tribalismo al feudalismo.

El simple hecho de que la civilización llegase al antiguo Oriente junto con el socialismo supone por sí mismo un fenómeno de repercusiones mundiales. En un discurso a la Internacional Comunista en julio de 1920, Lenin insistió sobre

sus puntos de vista relativos a la cuestión colonial. «Se ha producido una cierta aproximación entre la burguesía de los países explotadores y la burguesía de los países colonizados.» En consecuencia, afirmaba, «nosotros los comunistas debemos y podemos apoyar los movimientos burgueses de liberación en los países coloniales sólo cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios, cuando los representantes de estos movimientos no nos impidan orientar y organizar a los campesinos y a las amplias masas de explotados en un espíritu revolucionario».

Lenin prosiguió su discurso exponiendo observaciones de un alcance cuyo significado último está aún por agotar: «La idea de la organización según el modelo soviético es sencilla y aplicable no sólo en un marco de relaciones proletarias, sino también campesinas, feudales y semifeudales… Si el proletariado revolucionario victorioso desarrolla en estas capas una propaganda sistemática; y si el gobierno soviético presta toda la ayuda que esté a su alcance, puede ser incluso un error la afirmación de que la fase capitalista de desarrollo es inevitable en las naciones atrasadas». La verdad de este punto de vista se ha demostrado en el Asia central soviética, que ha conseguido elevar sus condiciones materiales y culturales, y en China; queda por ver si se confirma también en otros lugares.

Capítulo VII

LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS

Destruimos con el fin de construir mejor.

Lenin, carta a Clara Zetkin, 1920

I

Hasta aquí hemos hablado de Lenin como teórico, organizador y dirigente de la insurrección. Sólo nos queda una cuarta parte del libro para referirnos a los siete años que fue jefe del primer Estado socialista del mundo. Ésta fue la época en que se echaron los cimientos sobre los cuales los sucesores de Lenin crearon, en menos de veinte años, una gran potencia. Aunque sólo nos fijásemos en la tarea de reconstruir un país tan devastado después de las conmociones sufridas, ya habríamos de concluir que la obra del gobierno soviético fue prodigiosa; pero fue bastante más que eso. Todo el período estuvo lleno de tanteos y errores a escala gigantesca, de experimentación de formas de organización social hasta entonces inéditas.

No había precedentes ni huellas que seguir. Marx y Engels habían sugerido los principios generales de organización de la sociedad socialista, tanto en su forma final, sin clases (comunista), como durante el período de transición de «dictadura del proletariado». Pero Marx y Engels habían supuesto tácitamente que la revolución socialista se produciría, primero, en un Estado altamente industrializado o, incluso, simultáneamente en toda Europa. Al principio, Lenin y su gobierno esperaban que la Revolución rusa fuese la señal que desencadenaría insurrecciones socialistas victoriosas en Occidente. Perdida esta esperanza, tuvieron que afrontar la tarea, increíblemente difícil, de aplicar los principios del marxismo en un solo Estado en el cual, además, el pequeño sector industrial (en una economía básicamente agraria) había quedado deshecho por la guerra exterior e interior.

Al tratar de Lenin y de la Revolución rusa no se puede perder de vista esta cuestión, y es poco todo el hincapié que se haga sobre ella. Hemos de juzgar los éxitos y fracasos del régimen soviético no en virtud de varas de medir abstractas y absolutas, contemplando sólo la idea pura de un Estado socialista, sino como parte que fueron de un experimento que debía ser realizado, contra toda previsión, en condiciones de excepcional gravedad y dificultad. Y todo ello con recursos humanos y materiales desesperadamente inadecuados, frente a la cerrada hostilidad de casi todos los gobiernos del mundo civilizado.

Lenin y su gobierno, pues, intentaron aplicar a la peculiar situación rusa los principios que ellos afirmaban que eran universales. Las tremendas dificultades de la situación demostraron las grandes cualidades de Lenin: su coraje, su resolución, su sentido práctico, su capacidad para el compromiso

en todo lo que no fuera esencial, su aguda visión de lo que en cambio sí era esencial en cada momento, en un período en que casi todos sus críticos de fuera e incluso algunos de sus propios compañeros perdieron, en un momento u otro de esa etapa, el sentido de las proporciones. Como símbolo de todo este período podemos tomar la primavera de 1918, estación en la que, como casi siempre había sucedido, el suministro de energía eléctrica a Moscú sufrió serias perturbaciones. Y, sin embargo, Lenin y Gorki pasaban horas juntos en el Kremlin discutiendo sobre la electrificación en todo el país a la luz de las velas.

II

La mañana del día 8 de noviembre de 1917, Lenin salió de su cuartel general en el Instituto Smolni, antiguo colegio para señoritas y desde el cual había dirigido el derrocamiento del gobierno provisional, y se encaminó hacia el soviet de Petrogrado, reunido en otra dependencia del mismo edificio. No era frecuente su presencia allí. En los meses anteriores a la Revolución había tenido que esconderse de la policía; además, prefería que los asuntos relativos al soviet los llevaran otros compañeros, más dados a la oratoria. Mas aquel día los temas eran de importancia decisiva.

Dejó que los reunidos le aplaudieran frenéticamente unos minutos, y, luego, acallando las aclamaciones con un vigoroso gesto de su brazo, se fue derecho al grano: «La revolución de los obreros y campesinos, cuya necesidad los bolcheviques han urgido siempre, se ha cumplido. […] Esta tercera revolución

tiene que conducirnos, al final, al triunfo del socialismo».

Lenin anunció el programa del gobierno soviético: propuesta de paz inmediata a todas las naciones; reparto de la tierra a los campesinos; control obrero de la producción y distribución de mercancías; control nacional de la banca. El Segundo Congreso de los Soviets, que se inauguró aquella misma tarde, aprobó este programa. En los días siguientes se abolieron todas las desigualdades basadas en la clase, el sexo, la nacionalidad y la religión, fueron nacionalizados los bancos, los ferrocarriles, el comercio exterior y algunas grandes industrias.

En lo relativo a la cuestión agraria, los bolcheviques se adelantaron y rebasaron a sus más formidables oponentes, los social-revolucionarios, el partido campesino. Desde el comienzo mismo de su carrera, Lenin había insistido en la necesidad de recabar el apoyo campesino para hacer la revolución socialista en Rusia. Ya en 1906 había declarado que, en el momento de la revolución, los campesinos deberían ocupar inmediatamente las tierras sin esperar la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Al año siguiente, puso de manifiesto que las reivindicaciones de los campesinos elegidos a la primera y a la segunda Duma eran más radicales que los puntos del programa del partido social-revolucionario y también más avanzadas que las exigencias de los socialdemócratas.

En 1917 el programa de los social-revolucionarios se había radicalizado algo más. Comprendía la abolición de la propiedad privada de la tierra y el reparto de las grandes fincas por comités democráticos de campesinos. Aunque desde el punto de vista marxista esto era simplemente un programa «democrático-burgués», no obstante, su realización destruiría el poder y la influencia de los latifundistas, daría al campesinado una

expectativa de interés por la revolución y le empujaría a constituir comités con amplios poderes, lo cual era un paso importante para la expansión de las organizaciones democráticas en el campo.

Pero, por encima de todo, los bolcheviques aspiraban a que el campesinado pasase a la acción directa, único medio de que tomara confianza en su propia iniciativa. Una resolución que Lenin presentó en junio al soviet de delegados de los campesinos de todas las Rusias, manifestaba: «El campesinado tiene que apoderarse de las tierras inmediatamente, de una manera organizada, bajo la dirección de sus soviets de delegados de los campesinos, y cultivarlas, sin prejuzgar empero, en última instancia, el arreglo definitivo de la cuestión agraria por parte de la Asamblea Constituyente o por parte de un Consejo de los soviets de todas las Rusias, si es que el pueblo decide dar el poder político a este Consejo de los soviets».

Los dirigentes de los social-revolucionarios habían participado desde el principio en el gobierno provisional nacido de la Revolución de Febrero, pero nada habían hecho para satisfacer las demandas de sus representados. Chernov, ministro de Agricultura, del partido social-revolucionario, había presentado en junio doce proyectos de ley, pero ninguno se convirtió en ley efectiva antes de la Revolución de Octubre. Entre tanto, el soviet de delegados de los campesinos de todas las Rusias aprobaba en septiembre el programa de los social-revolucionarios; Lenin aseguró entonces que los bolcheviques aplicarían ese programa en cuanto tuviesen el poder en las manos. La resolución de la asamblea campesina fue recogida palabra por palabra en la ley soviética promulgada el 8 de noviembre de 1917, con el añadido de que la tierra, el ganado y

la maquinaria serían puestos bajo el control de comités agrarios elegidos en cada localidad rural. Esa ley entró en vigor inmediatamente. Los social-revolucionarios hubiesen deseado que esas medidas fueran refrendadas por la Asamblea Constituyente.

El efecto de la ley fue devastador. El partido social-revolucionario se partió de arriba abajo, y su ala izquierda expresó su adhesión al gobierno soviético; un social-revolucionario de izquierda fue nombrado comisario para la Agricultura; por su parte, el campesinado se sintió unido a los bolcheviques por los lazos firmísimos del interés propio. De esta forma, nacía y se desarrollaba en el campo un vasto movimiento revolucionario y constructivo, que hacía imposible que el campesinado o el ejército, nutrido a rebosar por campesinos, fuesen utilizados como fuerza de choque para derrocar al gobierno soviético. El régimen anterior a octubre quedó desarmado de un plumazo. Además, los bolcheviques habían ganado una de las batallas más difíciles al dejar fuera de juego la maquinaria estatal existente y al estimular la iniciativa directa desde abajo.

Según cierto relato, un comité de cosacos visitó a Lenin tres semanas después de la Revolución para preguntarle si el gobierno soviético tenía la intención de confiscar y repartir las fincas de los grandes propietarios cosacos. «Eso es cosa vuestra —respondió Lenin—. Nosotros apoyaremos lo que los trabajadores cosacos hagan… Lo mejor que podéis hacer es formar soviets de cosacos; tendréis representación en el Comité Central ejecutivo, y luego vuestro propio gobierno.»

¿Dónde queda, a todo esto, el programa agrario de los bolcheviques, que preveía el cultivo en gran escala organizado en

granjas colectivas? Lenin era franco a este respecto. Al presentar la ley agraria al Congreso de los Soviets, afirmó: «En tanto que gobierno democrático, no podemos ignorar las decisiones tomadas por las masas del pueblo, aun cuando podamos estar en desacuerdo con ellas; en la experiencia misma, aplicando la ley en la práctica hasta el último rincón, los campesinos se darán cuenta al final lo que más les conviene […]. Ahora lo importante es que los campesinos se aseguren de manera absoluta de que ya no hay terratenientes en el país, que ahora son dueños de arreglar su vida como les plazca». Lenin repetía con machacona insistencia esta misma lección: «El pueblo de Rusia, que ha sido víctima pasiva durante siglos del gobierno y de toda clase de burócratas, patronos y señores, tiene antes que nada que aprender a respetarse y a confiar en sí mismo, y esto sólo puede darlo la experiencia práctica de "disponer de si mismos a su criterio"». «El principal defecto de las masas —decía a los presidentes de los comités ejecutivos de los soviets provinciales— es su timidez y desconfianza para tomar sus asuntos en sus propias manos.»

En junio de 1917, Lenin había manifestado su «firme convicción de que, a menos que la tierra sea cultivada en común por los trabajadores agrícolas, usando la maquinaria más moderna y el asesoramiento científico y técnico de especialistas agrónomos, no habrá escape posible del yugo del capitalismo». Pero esto, por el momento, podía esperar. Lo más importante en noviembre de 1917 era convencer a los campesinos de que eran hombres libres, dueños de su propia casa. En ello había una revolución moral y psicológica muy profunda, al lado de la cual todo lo demás era secundario. Como Lenin observó más tarde, la Revolución de Octubre no comenzó en el campo hasta el verano o el otoño de 1918 y no quedó completada hasta la

colectivización de los años treinta.

III

En las ciudades se aplicó la misma técnica. El 8 de noviembre casi todos los funcionarios públicos se encontraban en huelga. Los bolcheviques hicieron entonces un llamamiento a los trabajadores con alguna experiencia administrativa pidiéndoles que se pusieran a disposición de los diferentes departamentos gubernamentales. Las paredes de los edificios de Petrogrado aparecieron cubiertas de carteles en los que se explicaban los perjuicios ocasionados por la huelga y se pedía el apoyo de la población. De esta forma, personas sencillas pasaron a ocupar puestos de confianza en el dispositivo gubernamental; el tradicional resentimiento popular contra las demoras y la ineficiencia burocráticas, en lugar de recaer sobre el gobierno revolucionario se volvió contra los propios huelguistas. Así perdieron una posibilidad de organizar el descontento; el gobierno bolchevique, en cambio, por haber denunciado a los causantes de las dificultades, reforzó aún más su posición.

Lo mismo sucedió en el ejército. En efecto, el comandante en jefe, general Dujonin, se negó a obedecer las órdenes del nuevo gobierno de abrir inmediatamente negociaciones con los alemanes para un armisticio; fue depuesto de su mando por ello y sustituido por un simple suboficial, Krilenko. Al mismo tiempo, Lenin lanzó una proclama al ejército en la que explicaba la situación, instaba a las tropas a que detuvieran a los generales contrarrevolucionarios y a poner fin a la guerra; la proclama

terminaba así: «¡Soldados! ¡La causa de la paz está en vuestras manos!». Dujonin fue linchado por sus propias tropas; se abrieron negociaciones para un armisticio; ningún general pudo durante varios meses reunir tropas para combatir al gobierno soviético. El 29 de diciembre se puso en vigor el principio de elección de los oficiales hasta el nivel mismo de comandante en jefe; dentro de cada unidad, la máxima autoridad eran el soviet y el comité de soldados. Es evidente que estas medidas tenían un alcance puramente político y provisional; se trataba de conservar la unidad del ejército en tanto no se firmara la paz, y mientras no se alcanzara ésta había que vigilar estrechamente a los oficiales y jefes. En esta espera, los soldados aprendieron bastantes cosas sobre democracia y administración.

Un efecto similar tuvo la ley del 12 de diciembre por la que se abolían «todas las instituciones legales vigentes», que fueron sustituidas por tribunales populares elegidos que funcionaban públicamente. Hubo de pasar algún tiempo antes de que los nuevos tribunales trabajasen a plena satisfacción; entretanto, los enemigos del nuevo régimen carecieron de protección judicial, aparte de que los jueces, por falta de experiencia, tampoco podían impartir de modo satisfactorio ni la propia justicia revolucionaria; en cambio, se suscitó un gran interés por parte de la opinión pública, que seguía los procesos personal y directamente. Al valorar los riesgos de dejar la administración de justicia, temporalmente, a la «consciencia revolucionaria», o a las «concepciones socialistas de la justicia», hemos de tener en cuenta que la práctica legal en el Estado zarista había sido en muchos aspectos tan bárbara y tan primitiva que cualquier persona con sentido común y razonablemente ilustrada era capaz de obrar y obtener resultados jurídicos más en consonancia, al

menos, con las ideas que en Occidente tenemos de la justicia.

En los primeros días de existencia del gobierno soviético se aprobaron numerosas leyes de gran alcance, dentro de un proceso general de educación, pero con escasas posibilidades de ser aplicadas de manera efectiva. Un ejemplo es la ley aprobada el 26 de diciembre de 1919, que obligaba a todos los ciudadanos de la Rusia soviética comprendidos entre los ocho y los cincuenta años que no supieran leer ni escribir —más de la mitad de la población— a estudiar en las escuelas estatales, en sus lenguas nativas o en ruso, según su preferencia. Estas leyes ponían de manifiesto, de todas formas, la intención del gobierno de dar amplio margen a la iniciativa y a la actividad autónoma de los soviets locales.

Lenin examinó esta cuestión en un discurso pronunciado en un Congreso del Partido, el 23 de marzo de 1919. «Si creyéramos que unos cuantos cientos de miles de leyes iban a transformar la vida en los distritos rurales, seríamos completamente idiotas. Pero si no señaláramos con leyes cuál es el camino que conviene seguir, traicionaríamos al socialismo. Estas leyes, aunque de momento no fuesen aplicables, plena e inmediatamente, tenían una enorme importancia como propaganda política. Pues así como antes hacíamos nuestra propaganda lanzando a los cuatro vientos verdades generales, ahora la podemos hacer gracias a nuestro obrar concreto… Las leyes son orientaciones que suscitan la acción masiva práctica de las masas.» El propio Lenin defendió en cierta ocasión una ley que disolvía los soviets locales, para probar su capacidad: si un soviet cualquiera se dejaba disolver sin ofrecer resistencia ¡debía ser disuelto efectivamente! En los primeros tiempos, diría Lenin después, el gobierno había manifestado, en efecto: «¡Aquí está la

ley! Así es como nos gustaría que fuese administrado el Estado. ¡Intentadlo!». «No tenemos miedo de reconocer todo lo que la aplicación de nuestras leyes saque a la superficie… tenemos que modificarlas continuamente.»

En diciembre de 1917, Lenin presentó para su discusión una ley para la nacionalización de todos los bancos y de las sociedades anónimas, la repudiación de toda la deuda pública interior y exterior, la introducción del servicio obligatorio del trabajo, de sociedades obligatorias de consumidores y de libros de contabilidad y de control de las clases poseedoras, a las que sólo se les permitiría recibir sus raciones alimenticias. Un miembro del Consejo Supremo de Economía Nacional describió después el desconcierto y asombro de sus colegas ante semejante proyecto de ley. Preguntaron a Lenin si se trataba de una declaración de política general o de una serie de leyes que debían aplicarse a un tiempo. Lenin manifestó que se refería a lo último; tras mucha discusión, el proyecto fue aprobado. Lo que Lenin pretendía, como él mismo dijo entonces, era «combatir a los saboteadores y contrarrevolucionarios» mediante la implantación del trabajo obligatorio para las clases poseedoras y el control de este por los obreros. Mas, durante las discusiones, aún introdujo ulteriores innovaciones. Una vez que hubiesen sido aplicadas las medidas de seguridad concretas más inmediatas, los principios generales enunciados en la ley podrían ponerse en vigor sin gran esfuerzo.

Hacia esa época, aproximadamente, dos organismos soviéticos entraron en conflicto a propósito de una diferente interpretación de la ley sobre el control obrero de la industria. Uno de esos organismos pidió a Lenin que respaldase legalmente su criterio e instrucciones concretas al respecto y desautorizara a sus oponentes. Tras examinar atentamente sus argumentos,

Lenin contestó: «Si de verdad queréis poner enseguida en práctica el control obrero, hacéis mal en querer apoyaros en una autoridad legal y formal. Tenéis que actuar, tenéis que agitar, echar mano del mejor método que encontréis para llevar vuestra idea a las masas. Si esa idea es vital y revolucionaria se abrirá camino por sí misma, al margen de cualquier instrucción e interpretación amorfa y sin vida, por muy legalizada que esté».

Detrás de los actos más revolucionarios de Lenin hubo siempre este sólido sentido común. «La vida dirá la última palabra», era una de sus frases favoritas; entretanto, prefería que los principios gozasen de libertad antes que comprometerse él personalmente a dar interpretaciones de detalle. Esto vendría después. Lo primordial era que los principios empezasen a ponerse en práctica.

IV

La revolución, por consiguiente, era el comienzo, no el final; representaba un cambio político, no económico. Después del paso del poder a los soviets, y tras la liquidación de los viejos baluartes del poder económico con las primeras leyes revolucionarias aprobadas por el gobierno soviético los primeros días de su existencia, Lenin preveía un período de tiempo largo, lento y más bien prosaico de firme desarrollo hacia el socialismo. El control del poder político podía utilizarse para estimular un incremento de las fuerzas productivas de aquel país atrasado y en completa ruina; sólo así podrían echarse los cimientos estables de una sociedad socialista. En otra ocasión analizó Lenin las

diferencias entre las tareas de la revolución burguesa y proletaria en general, y las dificultades con que se encontraría una revolución proletaria en Rusia, en particular:

> Pues la revolución burguesa, que emerge del seno mismo del feudalismo, precisa antes de las nuevas organizaciones económicas que gradualmente se fueron formando dentro de las estructuras del orden tradicional, organizaciones que, al mismo tiempo, fueron transformando esa sociedad vieja en todos sus aspectos. Sólo una tarea tenía ante sí la revolución burguesa: hacer saltar y destruir todos los cerrojos de la anterior sociedad. Haciendo esto, toda revolución burguesa ha terminado su objetivo: acelerar el desarrollo del capitalismo.
>
> La revolución socialista se encuentra ante tareas muy diferentes. Cuanto más atrasado fuese el país que […] hubiese de comenzar la revolución socialista, más difícil le sería pasar del viejo orden de relaciones capitalistas a las relaciones socialistas […] La tarea de vencer al enemigo interno fue muy fácil. La tarea de construir un poder político fue extraordinariamente fácil, porque las masas nos habían dado su calor, habían creado el cimiento de este nuevo poder [los soviets] […] Pero… aún quedaban tareas de una ingente dificultad […]. El poder soviético —el poder proletario— no hereda unas relaciones hechas y disponibles, si descontamos las formas más desarrolladas del capitalismo, que en realidad sólo afectaban a un pequeño estrato superior de la industria y a casi nada de la agricultura. El control y los sistemas contables en las grandes empresas, la transformación de todo el mecanismo económico estatal en una única y gigantesca máquina, en un organismo económico que funcione de manera que cientos de millones de personas trabajen según las orientaciones de un plan único: ésta era la enorme tarea organizativa que pesaba sobre nuestros hombros.

En mayo de 1918, Lenin comparó la posición de la Revolución rusa con una hipotética revolución socialista en Inglaterra en la década de los años ochenta del siglo XIX, un período en el que Marx creía en la posibilidad de una victoria pacífica del socialismo si los trabajadores sabían «quitarse de encima» a la burguesía. «Bien, pero ¿y qué decir de la Rusia soviética?», preguntaba Lenin.

> *Después* de la toma del poder por el proletariado, *después* de aplastar la resistencia armada y el sabotaje de los explotadores, ¿no está claro que predominan cierto tipo

de condiciones similares a las que se podrían haber desarrollado en Inglaterra hace medio siglo, de haberse producido en ese país una transición pacífica al socialismo…?

En la Rusia soviética […] *en lugar* de la absoluta preponderancia de los trabajadores, de los proletarios, la mayoría de la población, y de un alto grado de organización de clase, el factor más importante de la victoria fue el apoyo de los campesinos más pobres. Por último, nosotros no tenemos ni un alto nivel cultural ni el hábito del compromiso […]. Nosotros, el proletariado de Rusia, vamos *por delante de* Inglaterra o Alemania en lo que se refiere a nuestra estructura política, a la fuerza de poder político de los trabajadores; pero, en cambio, estamos *detrás* incluso de los países occidentales más atrasados en lo referente a la organización de un capitalismo de Estado eficiente, a nuestro nivel cultural y al grado de preparación material y productivo para la «introducción» del socialismo.

En Rusia, por consiguiente, el problema más importante —tal como ya lo viera Lenin a comienzos de 1918— era el de «elevar el nivel cultural», en el cual incluía el equipo industrial y agrícola, la capacitación técnica, la experiencia administrativa y el sentido político, hasta que en todos estos campos se alcanzase y sobrepasase al nivel europeo occidental. «Ningún comunismo se puede construir sino con lo que nos deja el capitalismo […]: el material humano que ha sido corrompido por cientos de miles de años de esclavitud, servidumbre, capitalismo, la pequeña empresa individual y la guerra de todos contra todos por un lugar en el mercado, por un buen precio para el producto o para su trabajo propios.» Así que, una vez abandonada la esperanza de que se produjera una inmediata revolución en los países occidentales de Europa, y ante el ineludible problema de tener que construir el socialismo en un país aislado y atrasado, Lenin hubo de concluir, en efecto, que a Rusia le esperaba un largo período de «trabajo duro y tenaz, sin pretensiones ni sensacionalismos». Durante este período se iba a exigir de los comunistas, no la elocuencia, la audacia temeraria, la capacidad de inventiva iconoclasta e irreverente para con lo viejo, sino las más mezquinas y

despreciadas cualidades burguesas: «Hay que llevar una contabilidad concienzuda y afinada al máximo, hay que ser frugales, austeros, no ser perezosos, no escatimar esfuerzos, no robar tiempo ni energías, observar la más estricta disciplina durante el trabajo».

V

Los pasajes que acabo de citar fueron escritos entre los meses de marzo y mayo de 1918, en un momento de breve relajamiento tras la guerra civil (antes de la intervención), que había terminado con una fácil victoria sobre los generales zaristas. Pero el período de organización y desarrollo económico que ya Lenin, para entonces, preveía iba a ser mucho más difícil que la revolución política; tuvo que ser pospuesto a consecuencia de los tres años de guerra de intervención extranjera, cuando Inglaterra, Francia, Japón y Estados Unidos financiaron, armaron y dieron apoyo militar directo a los generales blancos y convirtieron a Rusia en un inmenso campo de batalla. A finales de 1918 el territorio que prestaba adhesión al gobierno soviético se reducía a un área tan pequeña como el estado moscovita de comienzos del siglo XVI; pues bien, en tres años, los bolcheviques recuperaron territorios que los zares habían ido reuniendo trabajosamente a lo largo de más de cuatro siglos.

En 1921 el área de cultivo no pasaba del 60 por ciento y sus rendimientos representaban menos de la mitad que antes de la Revolución; los excedentes para el mercado habían disminuido más todavía a causa de la desaparición de las grandes fincas. En

1920, el producto de la industria pesada era el 13 por ciento con relación a antes de la guerra y el de la industria ligera, el 44 por ciento. El transporte y el comercio interior estaban completamente desorganizados; asimismo, como resultado del bloqueo, había cesado casi por entero el intercambio con el exterior (el bloqueo duró hasta el verano de 1921). No es posible traducir en palabras lo que estos hechos representaron en miseria humana, enfermedades y víctimas. Nadie sabe con exactitud los millones de personas que murieron en combates, por otras violencias, de hambre o de epidemias. Las tarjetas de racionamiento en Moscú, en 1918, daban individualmente una séptima parte de lo que recibirían más tarde los alemanes durante la segunda guerra mundial, y la décima parte, aproximadamente, de lo que se distribuía en Gran Bretaña en la misma época. Años después comentaba Stalin: «Las mejores épocas fueron aquellas en que podíamos distribuir a los trabajadores de Leningrado y de Moscú cincuenta gramos de pan negro, y eso que la mitad era salvado. Esto duró… dos años enteros».

Podemos ver ahora, pues, que la causa de los tremendos zigzags de la política soviética en los años que siguieron a la Revolución fueron esas desesperadas necesidades, y no sería correcto que estas vicisitudes confundieran o dieran de sí una estimación diferente de los verdaderos propósitos de Lenin o de las líneas generales de desarrollo y el significado histórico de la Revolución rusa en su conjunto.

Por lo demás, en todos los países europeos, la guerra de 1914-1918 exigió de los gobiernos, en mayor o menor medida, la regulación y el control estatales. En la Rusia de 1918 a 1920, un país abocado al colapso económico por el zarismo y la derrota militar en la guerra mundial, el control estatal era una necesidad

categórica. Los bolcheviques, ante estas circunstancias extremas, tuvieron que controlar mucho más y mucho antes de lo que hubieran deseado. Conviene recordar a este respecto que ya antes de 1917 la burocracia rusa se distinguía por su rigidez e ineficiencia; que, después de 1917, una buena parte de los altos funcionarios de la administración del Estado habían abandonado sus puestos o bien permanecían, pero para espiar y sabotear; que esas vacantes hubo que cubrirlas con sus subordinados, presumiblemente menos capacitados, o con intelectuales comunistas entusiastas y con obreros industriales carentes por lo general de experiencia administrativa; al tomar todo esto en consideración parece incluso casi milagroso que la máquina funcionase en absoluto, y así llegamos a apreciar con más conocimiento de causa los métodos, a veces crudos y sin contemplaciones, que por fuerza tuvieron que ser adoptados en este período de «comunismo de guerra».

El sabotaje en la producción industrial se terminó cuando las empresas empezaron a ser nacionalizadas. Una ley de 28 de junio de 1918 decretaba la nacionalización de unas 2.000 grandes empresas, y en diciembre de 1920 todas las fábricas y talleres con más de diez trabajadores fueron igualmente nacionalizados. La administración y dirección de estas empresas era todo lo mejor que las circunstancias permitían; los responsables de su gestión eran en parte trabajadores elegidos para el caso por sus compañeros, en parte delegados nombrados por los sindicatos y en parte técnicos que habían permanecido en sus puestos. Para eliminar el acaparamiento de alimentos en las ciudades, el gobierno ordenó que todos los productos agrícolas, sobre todo los cereales destinados a la siembra y al consumo doméstico, fueran entregados al Estado a precios fijos (13 de mayo de 1918).

A esta medida siguió otra por la cual se organizaban los «comités de campesinos pobres» (esto es, aquellos que no empleaban a otros trabajadores), que confiscaron los excedentes y actuaron como organismos de distribución de productos agrícolas y de aperos en los pueblos. Llegado el momento en que se consideró insuficiente el abastecimiento por estos métodos, partieron de las ciudades cientos de miles de obreros de las fábricas y talleres hacia las zonas rurales, autorizados a recoger las cosechas por sí mismos y distribuirlas entre ellos y los campesinos que les ayudasen y orientasen en su trabajo. Se reimplantó el racionamiento en las ciudades, si bien a lo más que se pudo llegar fue al reparto equitativo de la escasez. Al mismo tiempo, la moneda perdió su valor.

Ciertos teóricos bolcheviques quisieron elevar a la categoría de virtud las necesidades del comunismo de guerra, ensalzando la igualdad en la miseria como transición directa a la sociedad comunista, e incluso defendieron la catastrófica inflación reinante como medio de expropiar a las clases medias y de escapar a las crisis de las economías monetarias. Lenin nunca se dejó arrastrar a estas locuras. En octubre de 1921 admitía que «en parte como resultado de los problemas militares que nos abrumaban y de la que parecía ser desesperada situación de la República […] cometimos el error de implantar directamente una producción y una distribución comunistas […]. Sólo una breve experiencia ya nos bastó para convencernos del error en que incurríamos, […] que además contradecía lo que antes habíamos dicho y escrito de la transición del capitalismo al socialismo, a saber: que sería imposible acometer ni siquiera el estadio más elemental de comunismo sin un período previo de control y de dispositivo socialista […]. En el frente económico

sufrimos una derrota muy severa». Pero Lenin se hacía poca justicia a sí mismo al asociarse personalmente al error cometido. En diciembre de 1919, en lo más álgido del comunismo de guerra, y en un discurso pronunciado ante pioneros de la agricultura colectiva, declaró lisa y llanamente: «Sabemos que no podemos establecer un sistema socialista ahora; quiera Dios que lo podamos implantar para cuando nuestros niños de hoy sean hombres, o para cuando sean hombres los hijos de nuestros hijos».

VI

¿Cómo se las arreglaron los bolcheviques para conservar el poder durante la intervención, cuando tantos Estados, todos ellos más poderosos que Rusia, se propusieron derrocar el régimen soviético? En primer lugar, hemos de tener en cuenta el hecho de que los bolcheviques se ganaron en todo el mundo una profunda simpatía entre las poblaciones de los Estados intervencionistas, actitud que impedía a sus gobiernos concentrar todo su poderío militar en el objetivo de derrocar a los bolcheviques. Ahora bien, ¿cuáles fueron los factores internos de mayor relevancia en el mantenimiento del régimen soviético?

Primero y por encima de todo hay que citar el apoyo de los obreros organizados, que los bolcheviques lograron en 1917 y que nunca más perdieron. Empero, cuatro de cada cinco habitantes de Rusia eran campesinos, de suerte que para obtener alimentos con que mantener en funcionamiento la máquina de guerra en aquellos años, el gobierno tuvo que adoptar medidas

bastante duras con los campesinos. ¿Cómo se explica entonces que los bolcheviques consiguieran mantenerlos a su lado?

Lenin abordó el fondo de este problema en diciembre de 1919, cuando preguntaba por qué el almirante Kolchak, sostenido por todas las grandes potencias de la Entente, no había sido capaz de hacerse fuerte ni siquiera en Siberia, el área que en 1917 menos votos dio a los bolcheviques y más a los social-revolucionarios, cuyos dirigentes apoyaban a Kolchak; un área, además, donde nunca existió el latifundismo en gran escala, lo que menguaba la capacidad de atracción inicial de los bolcheviques. «¿Qué le faltó a Kolchak para poder vencernos? Le faltaba lo que les falta a todos los imperialistas; o lo que les sobra, a saber: que seguía siendo un explotador; […] [él] hablaba de democracia y de libertad, cuando entonces lo único posible eran dos dictaduras: o la de los explotadores, que defendían salvajemente sus privilegios […] o la de los trabajadores. […] Nosotros no le pintábamos al campesino cuadros encantadores y agradables; nosotros no decíamos que era posible salir de la sociedad capitalista sin una disciplina de hierro y sin el sólido poder de la clase obrera […]; nosotros le decíamos al campesino que la dictadura del proletariado le garantizaba sacudirse el yugo de los explotadores. Y hablando y haciendo esto, demostramos que teníamos razón.»

Para el campesinado, una victoria de los blancos representaba la vuelta de los terratenientes; para los pueblos no rusos suponía la restauración de la supremacía y privilegios de la gran Rusia. «No era raro que los campesinos dijeran: "… estamos a favor de los bolcheviques porque echaron a los terratenientes; pero no queremos a los comunistas porque se oponen al cultivo individual". Y así, por esto, la contrarrevolución ganó ventaja por

un tiempo en Siberia y en Ucrania, porque la burguesía tuvo un momentáneo éxito en la lucha por ganarse la confianza de los campesinos. Pero éstos necesitaron poco tiempo para abrir los ojos a la verdad. Enseguida aprendieron por propia experiencia y entonces dijeron: "Sí, desde luego los bolcheviques son gente más bien desagradable; no nos gustan, pero de todas formas son mejores que los guardias blancos y la Asamblea Constituyente".»

Estas palabras eran propaganda de Lenin, en julio de 1921, cuando era de la máxima importancia convencer y ganarse la confianza del campesinado. Pero eran algo más que propaganda según se desprende de otras fuentes. El comandante de las fuerzas americanas en Siberia manifestó que «en ningún momento de mi estancia en Siberia comprobé un apoyo popular suficiente a Kolchak; en la Siberia oriental, si le hubieran faltado las ayudas de los aliados, no habría durado ni un mes. [...] Pueden creerme si les digo que los antibolcheviques mataron a cien personas por una sola que mataran los bolcheviques».

Aquellos regímenes contrarrevolucionarios, que tuvieron que mantenerse a fuerza de terror, tampoco eran eficientes. «Creo que la mayoría de nosotros simpatizaba en secreto con los bolcheviques, después de las experiencias que tuvimos con la cobardía y la corrupción del otro bando», escribió después el mayor Phelps Hodges, oficial británico que sirvió con Kolchak. Y exactamente la misma historia de corrupción flagrante es válida en el caso del ejército de Denikin al sur de Rusia. En el otoño de 1919 se produjeron un levantamiento campesino en Siberia y masivas deserciones de las fuerzas de Kolchak, entre ellas un cuerpo de ejército entero, con 20.000 hombres, armas y equipo.

Por fin, los bolcheviques consiguieron apelar al patriotismo de los campesinos y de muchos miembros de las capas de

profesionales; así, conforme su poder se asentaba y estabilizaba, los bolcheviques se iban convirtiendo en representantes de toda Rusia, mientras los contrarrevolucionarios tenían que depender cada vez más del apoyo descarado de los invasores extranjeros, cuyas intenciones últimas respecto de Rusia y su independencia eran más que dudosas. Así, los bolcheviques —derrotistas e internacionalistas— terminaron aprovechándose de la creciente ola de patriotismo campesino, de la determinación de expulsar a los extranjeros y de conservar la independencia de Rusia. Esto se puso claramente de manifiesto en 1920-1921, cuando el tradicional enemigo, Polonia, se unió a los presentes enemigos de la Rusia soviética. El estallido de patriotismo estrictamente ruso a que esto dio lugar quedó simbolizado en el hecho de que Brusílov, el único general zarista que había obtenido éxitos en la guerra de 1914-1917, se puso a disposición de los bolcheviques, lanzando una proclama dirigida a todos los oficiales rusos para que ayudaran al Ejército Rojo.

VII

Sin embargo, aunque este tipo de apoyos permitió al Ejército Rojo aproximarse a las puertas de Varsovia, no significó la mutación de la guerra revolucionaria fuera de Rusia ni la generalización de la revolución en la Europa occidental. En tanto persistió la guerra de intervención contra el régimen soviético, los bolcheviques concedieron importancia primordial a la actividad de los movimientos revolucionarios internos contra aquellos gobiernos que apoyaban la intervención; pero con la progresiva

vuelta a la paz, estos pronunciamientos perdieron su importancia inmediata al tiempo que las cuestiones internas rusas pasaban a primer plano. En definitiva, mientras continuase la agresividad europea frente al régimen soviético, todo debía subordinarse a la prosecución de la guerra, de la que dependía su supervivencia. Pero ya en 1921 empezó a verse con claridad que ni las fuerzas del mundo capitalista tenían poder suficiente para liquidar la Revolución rusa, apoyada ya por aquel entonces por el patriotismo primitivo del campesino ruso, ni el gobierno soviético, aun contando con la fuerza de la Internacional Comunista, podía derribar el capitalismo en la Europa occidental. La lucha internacional terminó en tablas, y el gobierno soviético tuvo que enfrentarse de nuevo con el problema de la reconstrucción de su país, iniciada sólo en los primeros meses de 1918 e interrumpida por la intervención.

Pero ¡cuán diferente era la situación ahora! En 1918 el país estaba económicamente exhausto y en total bancarrota, pero lleno de optimismo y confianza en los propios recursos; la clase trabajadora, sobre todo, se creía capaz de superar todas las dificultades. En 1921 Rusia sufría el hambre y la desolación completas, de un confín al otro, con su actividad económica totalmente paralizada. Los obreros de las ciudades, en los que el gobierno soviético se apoyaba con mayor firmeza, habían visto diezmadas sus filas por las enfermedades y el hambre, estaban desmoralizados por el paro, obligados a volverse en muchos casos a sus pueblos de origen para no perecer. Lo peor de todo eran las pérdidas sufridas por el partido bolchevique. Durante la guerra civil, los cuadros y militantes bolcheviques habían soportado el peso mayor de las responsabilidades militares. En 1920 servían en el Ejército Rojo unos 280.000 comunistas, un tercio

aproximadamente de los efectivos totales del partido, incluidas las mujeres. «Los comunistas, al frente» había sido el eslogan de la propaganda bolchevique escrito en todas las esquinas. Dondequiera que los encontraran, los blancos fusilaban a los comunistas prisioneros, comisarios, oficiales y simples soldados o militantes. Así murieron muchos miles de obreros muy capacitados, de intelectuales, que eran en potencia los cuadros de mando de la reconstrucción económica y política, y con los cuales ya no pudo contar el régimen soviético a partir de 1921. En consecuencia, este año, la tarea de los bolcheviques no sólo era infinitamente más difícil que en 1918, sino que, además, las fuerzas y apoyos de los que disponía tenían menos experiencia y eran menos de fiar.

El partido bolchevique sufrió siempre de escasez de hombres cualificados. Cuando, en 1917 y comienzos de 1918, Lenin insistía en la necesidad de destruir la vieja maquinaria estatal y llamaba a «las masas» a que ocupasen los servicios administrativos, pensaba tácitamente en un núcleo dirigente de cuadros políticos capacitados y maduros. Pero este núcleo se había reducido considerablemente. Así, por ejemplo, para poder hacer frente a la intervención hubo que aceptar la colaboración de oficiales del antiguo ejército, estrechamente controlados por los comisarios políticos del Ejército Rojo. De la misma manera, muchos funcionarios de la Administración civil volvieron a ocupar sus puestos. Tanto unos como otros, militares y civiles, constituyeron, de hecho, el núcleo de la llamada «burocracia soviética», burocracia a la que Lenin nunca se cansó de denunciar, pero que ha demostrado tener una gran capacidad de supervivencia.

Conforme retrocedía la perspectiva de una revolución

mundial, los problemas administrativos de la construcción del socialismo en la Rusia agraria se agrandaban, con lo que la burocracia crecía también en importancia. Este problema preocupó seriamente a Lenin en los últimos años de su vida. Hablaba del Estado soviético diciendo que era un «Estado obrero con distorsiones burocráticas»; y hacía de la eliminación de estas distorsiones un objetivo fundamental de la política del gobierno. «Ahora tenemos que mantener en pie con resolución un gobierno firme y disciplinado, […] tenemos que inventar toda clase de métodos de control que vayan de abajo arriba […] para que sin desmayo, con tenacidad, podamos ir eliminando la burocracia.» Lenin aspiraba a ver a toda la población participando en la tarea de gobierno: era la única manera de que todos pudieran aprender la técnica administrativa, y evitar asimismo el tener que recurrir a una clase de mandarines. «Nuestro objetivo es que *cada* trabajador, después de terminar su "clase" de ocho horas en un trabajo productivo, realice otras faenas públicas gratuitamente.»

Por eso disentía Lenin tan abiertamente de Trotski sobre las relaciones que debían existir entre el gobierno soviético y los sindicatos. Trotski quería transformar los sindicatos en parte del aparato del Estado y que éste los dirigiera desde arriba; Lenin vio en ellos un control, un dique democrático para la burocracia; por eso quería que participasen en «la obra de gobierno integrados directamente en todos los organismos estatales y organizando el control por las masas de las actividades de tales organismos». Los sindicatos debían formar una «correa de transmisión» entre el partido y los demás trabajadores. Debían ser «organizaciones educativas, para encuadrar y entrenar, escuelas de administración, de gestión, escuelas de comunismo». Su función

consistía, según la tesis de Lenin, en formar «una reserva de poder estatal».

VIII

Lenin insistió siempre en que la Nueva Política Económica (NEP) introducida en 1921 era en realidad la vieja política económica iniciada en 1918, aunque jamás ocultó el hecho de que constituía una retirada en gran escala, una pausa para tomar nuevas fuerzas, una especie de Brest-Litovsk en el frente económico. La clase obrera rusa estaba diezmada y exhausta. A la república soviética la habían salvado, en última instancia, ejércitos formados principalmente por campesinos. De la producción agrícola dependía el que las ciudades fueran abastecidas, y de esto la recuperación de la industria. Lo cual, por consiguiente, significaba que era necesario establecer unas relaciones económicas y políticas satisfactorias con la mayoría del campesinado. El personaje clave en la nueva política económica fue el campesino.

En marzo de 1921 se produjo un amotinamiento de las tropas de guarnición en el viejo bastión bolchevique de Kronstadt; era la primera señal del peligro que se avecinaba: aquellas tropas ya no estaban formadas por los bravos proletarios de 1917, sino por jóvenes campesinos. La rebelión estaba preñada de significados y advertencias. Se producía justamente después de la interrupción de las operaciones del Ejército Rojo en Polonia, perdidas casi las esperanzas de una revolución en Occidente; Lenin, inmediatamente, defendió la necesidad de

proceder a una radical revisión de la línea política a seguir.

Uno de los efectos resultantes de la división de las fincas de los grandes latifundistas había sido el de aumentar el número de «campesinos medios», que se situaban en medio y en contra tanto de kulaks como de campesinos pobres. Por esto, razonaba Lenin, era urgente llegar a un acuerdo con los campesinos medios si se quería tener abastecidas a las ciudades. Los métodos militares de incautación de productos agrícolas que prevalecieron durante la guerra civil, así como el apoyo de los pobres contra los campesinos medios, ya no eran una línea de conducta política justa; tampoco era práctico acometer una colectivización en gran escala hasta que no se dispusiera de tractores y de maquinaria agrícola en grandes cantidades. Por ello, como primer paso, el gobierno soviético animó a los campesinos medios a producir alimentos para el mercado y combustible para la industria.

Para cumplir estos objetivos no bastaban las buenas intenciones, las promesas y los halagos. «No se puede engañar a las clases —decía Lenin—, las clases no se satisfacen con resmas de papel impreso, sino con hechos y cosas materiales.» Insistió en que debía concederse libertad de comercio al pequeño productor, para que pudiera cambiar productos y bienes de consumo producidos en las ciudades por productos agrícolas. Y, por encima de todo, había que garantizar al campesino que no se tolerarían confiscaciones arbitrarias y ventas forzosas, única forma de estimularles a trabajar y cultivar con esmero sus tierras. Una vez satisfecho el impuesto en especie, proporcional al producto, el campesino era libre de vender el resto de sus cosechas donde y a quien gustase. En 1922 la legislación soviética incorporó normas que definían la posición y derechos de la empresa privada en el Estado socialista. En contra de la opinión

de la mayoría del Comité Ejecutivo, Lenin obtuvo el nombramiento de un fiscal general para «salvaguardar la legalidad revolucionaria» e introducir un cierto grado de uniformidad judicial.

Lenin definió los principios básicos de la NEP del modo siguiente: 1) son propiedad del Estado toda la tierra y «los puestos de mando en la esfera de la producción»; 2) los pequeños productores tienen derecho a ejercer el comercio libremente; 3) el capitalismo de Estado tiene por objeto atraer capital privado y supone concesiones a los inversores capitalistas extranjeros, así como la creación de empresas de capital mixto, privado y estatal —estos principios no fueron adoptados sin un fuerte forcejeo entre los propios bolcheviques.

El motín de Kronstadt, en realidad, se produjo en un momento de aguda controversia en el seno del partido. Trotski y sus seguidores deseaban continuar, y mejor, intensificar el proceso iniciado con el comunismo de guerra, con militarización del trabajo como única forma de salir de la crisis económica. Los dirigentes sindicales se oponían a esta política, que, además, como señaló en cierta ocasión Lenin, ignoraba pura y simplemente la existencia del campesinado, que era la clase que nutría masivamente las filas del ejército. Un historiador del Ejército Rojo ha sugerido que el motín de Kronstadt «anunciaba el fin de las ambiciones de Trotski de llegar a la jefatura del partido comunista y a líder máximo de Rusia». A mi juicio esta observación exagera la importancia de Trotski en el seno del partido y no tiene en cuenta el hecho de que la NEP había sido adoptada antes del motín. Cierto es, no obstante, que los sucesos de Kronstadt ayudaron a que la Nueva Política Económica fuese, por fin, aceptada por la mayoría del partido.

Ahora bien, la proclamación de esa política no era más que la mitad del camino que había que recorrer. Desde entonces, Lenin se dedicó preferentemente a estimular a sus compañeros en esa dirección. La NEP, decía, era experiencia real que iba a probar la capacidad de los comunistas para gobernar el país. «El capitalista trabaja por su cuenta. Trabaja como un ladrón de bienes ajenos, hace un beneficio, pero hay que reconocerle habilidad para ello; en cambio, vosotros intentáis hacer las cosas de otra manera: no queréis sacar ningún provecho; vuestros principios comunistas, vuestros ideales son excelentes, están escritos tan bien y son tan bonitos que merecéis que os eleven a los altares; pero ¿sois capaces de sacar el negocio adelante?» El propio Lenin contestaba, en representación de los campesinos, en un congreso del partido celebrado en marzo de 1922: «Sois unas personas excelentes; defendisteis nuestra patria, y por eso os obedecimos; pero si no sacáis esto adelante, ahora, ya os podéis marchar».

Con su habitual franqueza, Lenin resumió la filosofía política de la NEP en un Congreso de la Internacional Comunista en julio de 1921: «Teníamos que demostrar a los campesinos que podíamos y estábamos dispuestos a cambiar inmediatamente nuestra política para calmar sus ansias. […] Somos el poder del Estado. En cierta medida, estamos en condiciones de distribuir las cargas de las privaciones, imponerlas sobre las distintas clases y así aliviar relativamente las condiciones de vida de algunas capas de la población […]. Tenemos que repartir las cargas de manera que podamos conservar el poder del proletariado. Nos hemos guiado por este viejo principio […]. Es evidente que, desde la Revolución, el campesinado ha conseguido más cosas que el proletariado […]. Ayudamos al campesinado porque es absolutamente necesario hacerlo para retener en nuestras manos

el poder político». Simultáneamente, el comercio cooperativo iría procurando una escuela administrativa para el campesinado similar a la que Lenin esperaba que fuesen los sindicatos para los obreros de las ciudades.

IX

Ahora podemos valorar la NEP en los términos en que la vio el propio Lenin. La Revolución de Octubre había puesto el poder en manos del gobierno soviético. La Revolución había sido un éxito completo en su aspecto negativo, es decir, en lo que significó de liquidación del orden zarista y feudal. Empero, no había conducido a la implantación del socialismo, y no podía haberlo hecho porque Rusia era un país económicamente atrasado. Muchos obreros tuvieron un tiempo la esperanza de que los obreros occidentales, mejor preparados, ayudasen al reducido proletariado ruso. Pero ya en marzo de 1921 estaba claro que no se produciría de modo inmediato una revolución en la Europa occidental y que el campesinado —la mayoría de la población y apoyo firme del gobierno soviético frente a la intervención extranjera— no se mostraría conforme con la prolongación de las medidas tomadas durante la guerra. «En cierta medida —decía Lenin—, la nuestra fue una revolución burguesa.» Al menos, en tanto en cuanto el campesinado se benefició más que nadie de la expulsión de los grandes terratenientes y de la división de la tierra. Pero los bolcheviques habían hecho algo más que llevar la «revolución burguesa hasta sus últimas conclusiones»: también habían implantado el

gobierno soviético y extendido este sistema por todo el Estado ruso, con lo que abrieron caminos firmes que «facilitaban la lucha por la revolución socialista». ¿Qué es lo que faltaba, entonces?

La respuesta de Lenin a esta cuestión arroja mucha luz sobre la política seguida por los soviéticos durante las dos décadas siguientes. «Es posible realizar la revolución socialista en un país en el que los pequeños agricultores constituyen la inmensa mayoría de la población, pero sólo si se aplican medidas especiales de carácter transitorio que serían totalmente innecesarias en un país capitalista desarrollado.» Había que conservar por encima de todo el poder político, el poder estatal (para lo cual era necesario mantener buenas relaciones con los campesinos), y usarlo para desarrollar los recursos productivos de la atrasada Rusia hasta alcanzar el nivel de desarrollo económico de la Europa occidental. «El comunismo —manifestó Lenin en una frase que se ha hecho famosa— es igual al poder de los soviets más la electrificación de todo el país.» De 1921 en adelante, los intereses del socialismo coincidían con cualquier medida encaminada a estimular la productividad, siempre y cuando tales medidas no amenazasen lo esencial: el mantenimiento del sistema soviético, del poder político en manos del Partido Comunista.

Con esta única reserva, el gobierno soviético podía llegar todo lo lejos que fuera necesario para reconstruir la vida económica de Rusia. Se restauró el comercio privado; fue estabilizado el rublo; algunas pequeñas fábricas que habían sido nacionalizadas fueron transferidas a cooperativas de productores, e incluso una o dos, devueltas a los propietarios privados; se abrieron negociaciones con capitalistas extranjeros con vistas a la

inversión de capital; no se escatimó esfuerzo que contribuyese a restaurar la confianza en la estabilidad del régimen soviético. «El trabajador ruso es malo en comparación con el de los países avanzados» —había declarado Lenin sin reservas en 1918—; y si bien explicaba luego por qué razones existía aquel retraso, ello no fue obstáculo para la introducción de medidas drásticas tendentes a remediar la situación y que con el tiempo se han hecho normas habituales en la URSS: responsabilidad personal de funcionarios y directivos, no la general típica de las sociedades anónimas; incentivos a la producción, racionalización tayloriana del trabajo, etc. Las primas a la producción se introdujeron, en realidad, en 1918, pero tanto ésta como muchas otras medidas similares —raciones preferentes, primas y bonos— para estimular el interés personal y egoísta sólo se pusieron en vigor efectivo con la NEP.

Aquello sorprendió a los igualitaristas; sentían que la época de heroísmo revolucionario se abandonaba rápidamente. Lenin se mantuvo firme en este criterio de sentido común para apoyar el cual incluso podía recurrir a escritos de Marx y Engels. «El interés particular desarrollará la producción», escribió Lenin para *Pravda*, el 31 de octubre de 1921; «y antes que nada tenemos que desarrollar la producción, a toda costa […]. No confiando únicamente en el entusiasmo, sino ayudados por ese entusiasmo nacido de la gran revolución, y sobre la base del personal interés, del beneficio propio, así es como nos hemos de poner a trabajar en este país de pequeños campesinos; sólo así podremos tener muchos pequeños pero sólidos puentes que nos conduzcan al socialismo por la vía del capitalismo de Estado». Había que emplear también a expertos y técnicos burgueses, aunque fueran hostiles al régimen soviético: «La idea de que podemos construir

el comunismo con las solas manos de los comunistas puros, sin la asistencia de expertos burgueses, es infantil […]. No podremos construir el socialismo a menos que sepamos aprovechar la herencia de la cultura capitalista […]. Hay que acostumbrar a los técnicos burgueses a trabajar de manera organizada, creadora y armoniosa, hay que ponerles en línea con el proletariado, y no importa que a cada paso pongan dificultades y resistencias». «No nos ha de importar el precio que debamos pagar por esta tutela educativa, a condición de que nosotros aprendamos con inteligencia.»

X

Los economistas extranjeros que no simpatizaban con la Revolución rusa no habían visto en el comunismo de guerra, con su heroica y desesperada resistencia, más que caos y anarquía; ahora, ante esta nueva política económica, concluyeron que la Revolución se rendía definitivamente. Pero Lenin no perdió la cabeza; sabía a la perfección a dónde iba y los límites de su maniobra. Así, por ejemplo, cuando Krasin, jefe de la misión comercial soviética en Londres, sugirió la modificación del monopolio estatal del comercio exterior para facilitar las negociaciones con el gobierno británico, Lenin manifestó que se había vuelto loco. Sin el monopolio estatal del comercio exterior, «cualquier país industrial rico puede derribar y reducir a pedazos una barrera arancelaria. Para ello no tiene más que primar sus exportaciones a Rusia, que nosotros gravamos con un arancel. Cualquier país industrial tiene recursos financieros más que

suficientes para subvencionar esas primas, con el resultado de que cualquier país rico podría, en ese supuesto caso, hundir las industrias nacionales, incapaces de competir con unos productos extranjeros más baratos», hecho que explica también el recelo con que miran los países subdesarrollados toda sugerencia de «puerta abierta» que les hacen desde fuera.

«Hay que escoger: o ellos o nosotros, o los capitalistas o el gobierno soviético», así resumía Lenin su posición sobre la NEP. Algunos economistas soviéticos empezaron a pensar en una NEP permanente, en un proceso ininterrumpido de conversión de los kulaks al socialismo; pero Lenin, a todo esto, ya estaba pensando en la fase siguiente, la de la electrificación de todo el país, el desarrollo planificado de la industria pesada, la colectivización de la agricultura; y ya preveía también la posibilidad de la guerra mundial, que él consideraba inevitable.

Ya en febrero de 1918, una ley soviética hacía referencia al «desarrollo de la agricultura colectiva [...] con vistas a la transición a la economía agrícola socialista», y nueve meses después, Lenin debatía «el método de transición a una forma comunal y cooperativa de cultivo de la tierra». También en esta ocasión insistió en la función del Estado, llamado a crear no sólo la posibilidad técnica de la agricultura colectiva, sino también la buena disposición del campesinado para aprovechar esa posibilidad. Replicando a la pulla de Krautsky de que «los pequeños campesinos nunca han pasado a la producción colectiva bajo la influencia de convicciones teóricas», Lenin preguntaba: «Pero vamos a ver, Krautsky: si los campesinos *no tienen aperos* para una pequeña producción, y, en cambio, el Estado socialista los *ayuda* a comprar maquinaria agrícola para un cultivo colectivo de la tierra, ¿es esto también una "convicción

teórica"?». «Todas las formas de agricultura individual […] hay que considerarlas transitorias y fuera de lugar para nuestro tiempo», rezaba una resolución aprobada por el Comité Ejecutivo del Congreso de los Soviets, en febrero de 1919. Ya se habían organizado algunas granjas colectivas en tierras confiscadas a los grandes terratenientes. En 1920 existían más de 16.000, y gozaban de importantes incentivos gubernamentales.

Lenin volvió una vez sobre este tema en uno de sus últimos escritos, el famoso *Sobre el cooperativismo*, que dictó con dificultad, en períodos de veinte minutos, en enero de 1923. «Antes de la revolución —decía— los marxistas despreciábamos los sueños utópicos de una transición directa al socialismo por medio del movimiento cooperativo. Pero, ahora, al estar el poder político en manos de la clase obrera, todo ha cambiado radicalmente, puesto que este poder es el propietario de los medios de producción, de manera que lo que nos queda por hacer es, sencillamente, organizar a la población entera en sociedades cooperativas.»

Con anterioridad, los bolcheviques habían hecho hincapié, fundamentalmente, en la conquista del poder político, ridiculizando a los «reformistas»; en adelante —una vez conquistado ese poder—, los «métodos reformistas», el trabajo educativo, pacífico, organizativo, todo esto era lo que contaba y pasaba a primer plano. La revolución política había hecho posible, precisamente, el «gradualismo» en el desarrollo económico. A muchos miembros del partido comunista les fue difícil acomodarse psicológicamente a un reajuste de esta clase y actuar en consecuencia; Lenin nunca se cansó de llamar la atención sobre este punto. La adopción de la NEP en sustitución del comunismo de guerra la comparaba Lenin a la adopción de la

táctica de asedio tras fracasar en tomar una fortaleza por asalto: «El heroísmo desplegado en un trabajo prolongado y oscuro y a escala nacional es inmensamente más difícil, y al mismo tiempo mucho más valioso, que el heroísmo desplegado en una insurrección».

El Partido Comunista ruso, como bien sabía Lenin, caminaba por encima de una delgada cuerda tendida sobre un abismo. El partido intentaba conducir a la población según directrices de las cuales tenía una concepción clara, mas, «entre el pueblo, nosotros somos como gotas de agua en un océano; seremos capaces de administrar sólo cuando sepamos expresar correctamente lo que el pueblo sabe». Para llevar a la práctica su programa, debía retener la dirección en su poder; la dificultad de esto estribaba en la enorme sangría sufrida por las fuerzas del Partido durante las guerras de intervención. La meta del socialismo exigía, primero, que el partido comunista aupase a Rusia al nivel económico y cultural del capitalismo occidental, lo cual imponía, como primera provisión, y en un cierto sentido, reconstruir el capitalismo; utilizar el móvil del interés particular para construir las bases previas de una sociedad sin clases, y utilizar el control estatal para estimular la iniciativa individual, la dictadura para educar a la población en y para la democracia. Este vasto proceso de reeducación de una población de 150 millones de personas imponía una tensión casi insoportable a la vitalidad y generosidad de los propios educadores. La mirada de Lenin era preciso que vigilase la conducta de los miembros del Partido en todo momento, que sus penetrantes críticas les alertasen y estimulasen, críticas que no perdonaron jamás la complacencia, a la que ridiculizó y atacó como el pecado más grave del revolucionario. «Nuestro peor enemigo interior es ese

comunista que ocupa irresponsablemente un puesto responsable y que goza del respeto general como hombre concienzudo.»

XI

Pero sólo estamos relatando la mitad de la historia. Había muchos comunistas holgazanes e ineptos; a éstos Lenin los pulverizaba con brutalidad despiadada. Disfrutaba desinflando la elocuencia de los que eran miembros del partido y nada más. A los chistes sobre que Rusia en tiempos de la NEP era como «un hombre con muletas» replicaba Lenin con orgullo diciendo que «Rusia ha sido combatida durante siete años, y gracias a Dios aún *podemos* tenernos en pie aunque sea con muletas». A pesar de toda su insistencia en suscitar los móviles más egoístas para arrancar la vida económica del país de nuevo; a pesar de todas sus pullas a los que despreciaban las tareas rutinarias de cada día y preferían las discusiones bizantinas o los sueños utópicos, a pesar de todo esto Lenin estaba siempre atento a captar cualquier desarrollo en el que creyera descubrir el germen de un nuevo espíritu, y entonces toda su elocuencia se volcaba para estimularlo. La fuente de su fuerza de voluntad residía, en última instancia, en su profunda fe en la bondad del hombre, del hombre no corrompido por la propiedad.

En el verano de 1919 se suscitó espontáneamente entre los órganos locales del partido un movimiento para hacer del sábado, día no laborable de la semana, una jornada de trabajo voluntario en favor de las necesidades más urgentes de la guerra. El movimiento se extendió por todo el país; en mayo de 1920

participaban en estos *subbotniki*, sólo en Moscú, 15.000 miembros del partido y 25.000 obreros independientes. Un cínico no habría visto en este movimiento otra cosa que un hábil medio de extraer muchas horas-hombre de trabajo a los exhaustos obreros rusos. Pero Lenin miraba mucho más allá. «Si nos preguntásemos de qué clase es la actual estructura económica rusa —escribió— tendríamos que decir que se están poniendo los cimientos del socialismo, que se está removiendo el viejo sistema económico capitalista. [...] Lo que conseguimos con la expropiación de capitalistas y terratenientes fue sólo la posibilidad de edificar las formas iniciales de socialismo; pero en éstas todavía no hay nada comunista [...]. Y si hay algo comunista en nuestro presente sistema en Rusia es el movimiento de los *subbotniki*... Se ha creado algo [...] en forma de trabajo organizado gratuito para ayudar a satisfacer las necesidades del Estado en su conjunto, lo cual es algo absolutamente nuevo, lo más opuesto a todas las reglas capitalistas, algo superior a la sociedad socialista que está triunfando sobre el capitalismo.»

Actitud característica suya era que después de este canto de alabanza del nuevo espíritu del nombre que él veía emerger de la miseria y el sufrimiento de la guerra civil, añadiera que tenía sus dudas sobre el grado de éxito alcanzado por los *subbotniki*, al menos hasta que recibiera estadísticas completas y detalladas; pero, concluyó, de todas formas los *subbotniki* eran muy útiles para poner al descubierto a los perezosos e hipócritas dentro del partido. «El soñador del Kremlin», como le llamó H. G. Wells, podía ser un hombre práctico casi hasta la mezquindad.

XII

En diciembre de 1922 sufrió una segunda hemorragia cerebral, de resultas de la cual le quedaron paralizadas la mano y la pierna derechas. Después de esta crisis ya apenas tomó parte en los asuntos prácticos. Murió en enero de 1924 a la edad de cincuenta y tres años. Estaba en plena madurez, pero su actividad le había consumido. Sólo un primer ministro británico (lord Rosebery) alcanzó la más alta cima del poder antes de los cincuenta y dos años, la edad a la que tuvo que retirarse Lenin de la vida pública.

Lenin murió antes de que el nuevo orden social triunfase definitivamente en la URSS; pero él sabía que «lo conseguido por la Revolución rusa es inalienable. Ningún poder de la tierra nos lo arrebatará […]. Durante siglos se han construido Estados según el modelo burgués, y ahora, por primera vez, ha sido descubierta una nueva forma de Estado, no burguesa. Quizá sea cierto que nuestra máquina tenga muchos defectos, pero también dicen que la primera máquina de vapor era bastante mala; ni siquiera estamos seguros de que funcionase […]. Lo que importa es que ahora tenemos máquinas de vapor. Por mala que sea nuestra máquina del Estado, lo que vale es que la hemos construido y que ahí está: hemos hecho una invención histórica importante, hemos creado un tipo de Estado proletario. Por eso, dejemos que toda Europa, dejemos que miles de periódicos burgueses lleven noticias sobre los horrores y la pobreza y los sufrimientos que padecen los trabajadores de nuestro país; lo que vale es que de una parte a otra del mundo todos los trabajadores se sienten atraídos por el Estado soviético.»

PARTE TERCERA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Capítulo VIII

LENIN Y LA REVOLUCIÓN RUSA

Cada uno obra según sus luces.

Lenin, en agosto de 1918, después de que Fanny Kaplan intentara asesinarlo

I

Lenin murió el 21 de enero de 1924. Kalinin, un campesino que, como él mismo decía, había hollado con sus sucios pies la casa de los zares, lloraba al anunciar la noticia al Congreso de los Soviets. Su cadáver estuvo expuesto una semana, mientras miles de personas hacían cola durante horas en el intenso frío del invierno para verlo por última vez. «Los bolcheviques tienen gran capacidad de organización —escribió Duranty al *New York Times*, el 27 de ese mes—, pero no ha sido la propaganda lo que lleva a esos cientos de miles de personas a los pies de Lenin.» Desde que se construyó el mausoleo en la Plaza Roja, donde Lenin yace embalsamado, hasta su clausura en los años de la guerra contra los nazis, largas procesiones de gentes del pueblo han ido allí diariamente a rendir tributo de respeto al líder

muerto. El cuerpo de Lenin, como los de los santos de la Iglesia ortodoxa, no ha sufrido corrupción. Trotski era uno de los que se oponía a que se conservara de esa forma el cadáver, y, probablemente, una cosa semejante parece impensable en los países occidentales hoy día. Pero en el siglo XVII, en Inglaterra, la efigie de Oliver Cromwell permaneció también expuesta muchas semanas después de su muerte, y «las multitudes se apiñaban todos los días para ver su cuerpo ilustre aunque muerto». No hay duda de que la decisión de embalsamar y exponer el cadáver de Lenin respondía a un tipo de sentimiento popular muy semejante, y desde luego real. Su cuerpo muerto lo han contemplado muchos más millones de personas de las que lo vieron en vida.

Cada civilización ha de hacer con sus grandes hombres lo que puede, para incorporar sus ideas a su propio idioma. En Tadjik y Kazak, la leyenda de Lenin era tan alta como los montes, como las nubes; en el folklore de Dungan, más brillante que el sol, desconocedor eterno de la noche. Los oyruts dicen que tenía un rayo de sol en su mano derecha, un rayo de luna en la izquierda; la tierra temblaba bajo sus pies. Para los uzbekos, Lenin era un gigante que podía sacudir la tierra y mover grandes rocas en busca de la fortuna que escondían sus entrañas; era capaz de desentrañar el enigma más impenetrable. En la fábula kirguís, Lenin llevaba un anillo mágico con la ayuda del cual prevalecía siempre sobre el mal y liberaba a los pobres de la iniquidad y la injusticia. Se cuenta que llegó a Armenia montado en un caballo blanco, para conducir al pueblo. En otra leyenda, Lenin era un titán en lucha contra Asmodeo, amigo del rico y el privilegiado, el peor enemigo de los pobres. Asmodeo intentó dar muerte a Lenin, pero la luz de los ojos del héroe le puso en fuga. Lenin se

subió entonces a un águila y voló a Daguestán, donde encendió la guerra contra el rico, y por último regresó a las regiones frías para escribir libros de verdad para el pueblo. Para los ostiaks del Norte, Lenin era un gran cazador de focas que sembraba el pánico entre los ricos traficantes de pieles y cueros y daba su botín a los pobres; de igual manera, los nentsy afirman que Lenin era el más experto marino, que venció a todos sus enemigos en el combate, se apoderó de sus perros y renos y los repartió entre los pobres. Los cosacos de Cholojov se imaginaban a Lenin como un cosaco del Don.

En la Rusia prerrevolucionaria, la Iglesia ortodoxa, al igual que la Iglesia católica occidental en la Edad Media, sabía bien que sus ideas abstractas tenían que concretarse a través de imágenes, iconos, estandartes, reliquias y otros objetos cuyo significado era fácilmente comprendido por el campesinado ignorante pero perspicaz para los hechos concretos. (La iconoclastia de los puritanos y otros se debía a esa arrogancia intelectual propia de quienes acaban de relacionarse con las ideas abstractas y con su poder sobre los objetos materiales.) Los bolcheviques habían denunciado la mixtificación mediante la cual la iglesia intentaba dar un poder milagroso a sus imágenes y reliquias, y con ellas, a sí misma; pero ellos utilizaron algunas de estas mismas técnicas para difundir sus ideas, porque éstas iban dirigidas al mismo pueblo. Es necesario reconocer este marco histórico de la propaganda bolchevique, de su idioma particular, que en otras condiciones parecería y sería inocente y primitivo, y reconocer también que, si bien aprovecharon las técnicas de la Iglesia ortodoxa rusa, las emplearon para fines muy diferentes. Lenin, por ejemplo, no es objeto de culto o adoración; su cuerpo en el mausoleo de la Plaza Roja y su retrato reemplazando al del

zar en todos los lugares públicos y privados, lleva algo concreto al campesino, algo que éste entiende de inmediato porque está dominado en su vida cotidiana por y sólo por objetos materiales.

De todas formas, lo que hoy tiene realmente autoridad en la Unión Soviética son las palabras de Lenin, sus ideas. A Stalin le gustaba que le llamaran discípulo de Lenin. Incluso Trotski, quien antes de unirse a los bolcheviques en agosto de 1917 había sido uno de los más implacables críticos de Lenin dentro del movimiento socialdemócrata, recurrió de 1924 en adelante a la autoridad de Lenin para apoyar sus propios criterios ideológicos y políticos.

Tengo, pues, la esperanza de haber logrado dar en las páginas anteriores una impresión general de las posiciones de Lenin. Quizá valga ahora la pena exponer brevemente sus características más personales, que de manera tan peculiar simbolizaron toda la Revolución rusa y por las cuales, además, se le recuerda hoy de manera especial.

II

Primero y sobre todo Lenin simboliza la Revolución rusa en tanto que movimiento de los pobres y oprimidos de la tierra que se han alzado con éxito contra el grande y el poderoso. Éste era y es el rasgo individual más importante de la revolución, tanto en sus repercusiones internas como externas. «Esto de la revolución está muy bien —decía un campesino cuya propiedad había aumentado de ocho a ochenta y cinco acres—. Todos estamos a favor de ella. No nos gusta el partido comunista, pero nos gusta

la revolución.» Esto era lo que de verdad sentían las víctimas de la injusticia social, lo que todos los observadores y testigos presenciales en aquella hora vieron y reconocieron. Como exclamara un viejo obrero que conducía a John Reed desde Zarskoye Selo a Petrogrado días después de la Revolución de Octubre, «con el rostro iluminado ante la vista de la ciudad»: «¡Mía! ¡Toda entera es mía ahora! ¡Mi Petrogrado!».

Todos los que lo conocieron están de acuerdo en que Lenin, a pesar de sus orígenes aristocráticos y de su educación de clase media, era un excelente prototipo del ruso medio. En su campaña contra los que en marzo de 1918 querían lanzarse a una guerra revolucionaria contra los alemanes, lo más duro que Lenin pudo decir de ellos era que «miran las cosas desde el punto de vista del caballero, quien al morir, la espada en la mano, exclama con pose hermosa: “¡La paz es deshonrosa, la guerra es honorable!”. Tienen palabras propias de una mentalidad aristocrática. Yo, por mi parte, prefiero hablar desde el punto de vista del campesino». «Había en él algo así como un íntimo parentesco de sangre con el suelo ruso» —decía su adversario político Axelrod—; «el más pegado a la tierra de todos los hombres que la hemos caminado», decía el poeta Mayakovski. El propio Lenin, recordando que en 1889 su madre le instaba para que se hiciera cargo de la administración de las fincas de la familia, comentaba: «Mis relaciones con los campesinos dejaron de ser normales y naturales». Todos coinciden en recordarle viviendo en el Kremlin de la manera más sencilla, sin afectación; dormía en una cama de hierro, en una alcoba sin alfombra. A los muchos campesinos que le enviaban alimentos en las épocas de hambre, les devolvía invariablemente el presente.

La actitud y el pensamiento de Lenin para con los demás

eran, fundamentalmente, democráticos. Antes que él muchos hombres expresaron la opinión de que la democracia de verdad era imposible sin el socialismo; Lenin volvió el concepto al revés: para él, lo imposible es el socialismo sin democracia, puesto que «1) el proletariado no puede llegar a la revolución socialista si no está preparado, para esta tarea, por una lucha previa por la democracia; 2) un socialismo victorioso no conservará esa victoria y conducirá a la humanidad al estadio en que desaparezca el Estado si no es capaz de establecer una completa democracia». Lenin concedió tan inmensa importancia a los soviets porque representaban «la democracia para los pobres, para el pueblo, no para los ricos», y, por otra parte, creía que la principal función de los sindicatos en un Estado socialista es la educación de los trabajadores en los hábitos democráticos.

Lenin resumía su concepción del significado de la revolución rememorando una conversación oída por casualidad en un tren; una anciana había dicho sorprendida: «Hoy no hay que temer porque un hombre lleve una pistola. Cuando yo vivía en el bosque me tropecé con un hombre que llevaba una pistola, pero en lugar de quitarme la leña que yo acarreaba para el fuego de mi casa, el hombre me ayudó a recoger un poco más». Lenin acudía a estas palabras para ilustrar el cambio habido en los fundamentos del Estado, a saber: que el poder se usaba ahora para proteger a las masas de la población. Bajo el zarismo había sido utilizado contra ellas.

En uno de sus últimos discursos volvió sobre este tema, aunque en este caso se refería más bien a los efectos liberadores de la revolución sobre el pensamiento: «Hasta ahora todo el genio creador de la inteligencia humana ha trabajado únicamente para que unos pocos aprovechasen las ventajas de la técnica y la

civilización, y para privar a los demás hasta de sus necesidades más elementales: educación y desarrollo libre. Pero, ahora, todas las maravillas de la técnica, todas las conquistas de la civilización son patrimonio de todo el pueblo; por esto, en adelante, la inteligencia y el genio humanos no serán corrompidos en medios de opresión y de explotación. Una cosa sabemos con seguridad: que vale la pena que pongamos todas nuestras energías para llevar a cumplimiento esta magnífica tarea histórica. Los trabajadores realizarán este titánico esfuerzo histórico, pues llevan dentro de sí inmensas energías revolucionarias, energías inmensas de regeneración y renovación».

El estilo de hablar de Lenin parece haber tenido las mismas características de sencillez y concreción que sus argumentos. No era un gran orador, en el sentido en que lo eran Trotski y Kerenski. Todos los testigos de aquellos años coinciden en que dominaba a sus auditorios por la fuerza desnuda de su inteligencia y de su personalidad: «Salí a la calle como si me hubieran golpeado la cabeza con un látigo», comentaba un adversario político. Lenin ahorraba a su auditorio gestos, trucos oratorios y florituras; ni lo halagaba ni recurría a conmover sus emociones. «Sus palabras me recordaban siempre el brillo frío de una navaja de acero», escribió Gorki; Clara Zetkin decía que lanzaba las frases «como bastos bloques de granito». «¡Qué maestro perdió el mundo!», hubo de exclamar el gran historiador Kovalevski. En todos sus discursos iba inmediatamente al asunto que importaba, sin pararse en circunloquios, y tan pronto como había terminado de explicar su pensamiento, dejaba de hablar, muchas veces repentinamente, sin despedidas, saludos ni rúbricas oratorias. En sus años maduros mostró una impresionante seguridad en sí mismo, basada en un profundo análisis de los

hechos; hablaba como una exhalación, casi sin respirar, con urgencia y convicción que lo barría todo delante de él. Moralmente, el orador esmerado y retórico que era Trotski «era tan incapaz de tenerse ante Lenin como una mosca frente a un elefante», observó Bruce Lockhart.

III

Lenin poseía otra cualidad que simboliza las conquistas de la revolución como un proceso único, la cualidad que tanto impresionó a Maurice Baring en su primera visita a Rusia, característica además del ruso ordinario: la humanidad. El intento de derrocar a los bolcheviques después de la revolución desató crueldades, ciertamente; pero el proceso revolucionario, en su conjunto, abolió una situación, una actitud de desesperación y creó un nuevo mundo de esperanza. «Niños, estas manos no pueden escribir —les decía un viejo campesino, en 1918, a un grupo de escolares—; y no pueden escribir porque el zar las quería solamente para arar la tierra. Pero vosotros, niños de esta nueva Rusia, vosotros ahora sí podéis aprender a escribir. ¡Ah, si yo pudiera empezar otra vez como un niño en esta nueva Rusia!»

Éstas eran las nuevas realidades que más afectaban la sensibilidad y el juicio del pueblo. El asesinato y la muerte violenta habían sido demasiado familiares durante siglos en la historia rusa. Gorki, que muchas veces durante la guerra civil intercedió ante Lenin a favor de intelectuales sospechosos, sin ser nunca rechazado, dice de él: «Nunca he encontrado a nadie en

Rusia, el país donde se predica el sufrimiento como inevitable vía de salvación, ni sé de nadie que odiase y maldijese tanto como Lenin la infelicidad, la humillación y el sufrimiento». En cierta ocasión, tras escuchar una sonata de Beethoven, Lenin le confió a Gorki: «No puedo escuchar música con frecuencia. Ataca los nervios, impulsa a decir cosas bonitas y estúpidas, y a acariciar la cabeza de la gente capaz de crear esa belleza y, al tiempo, de vivir en medio de este vil infierno. Pero ahora no se te ocurra pasarle la mano por la cabeza a nadie, son capaces de arrancártela a mordiscos. Ahora hay que darles fuerte encima de la cabeza, sin ninguna piedad, aunque nuestro ideal no sea el de usar la fuerza contra nadie… Este oficio nuestro es condenadamente duro».

De la figura alegórica de la Victoria, obra de la escultora Claire Sheridan, dijo que no le gustaba porque era demasiado hermosa, que la victoria real no era así. («No la estoy criticando —añadió suavemente—; pero, por favor, no me contradiga.» Como Cromwell, quería que se representasen verrugas y todo.)

Lo que había detrás del odio de Lenin a la tiranía y la opresión era su repugnancia a sus efectos degradantes tanto sobre opresores como sobre oprimidos; esto era lo que le daba la fuerza moral para combatir al zarismo y a cualquier sistema de explotación económica o de opresión nacional. Ya en 1916 no olvidaba recordar a polacos y a finlandeses «que quienes ahora odian a los rusos blancos por el papel de ejecutantes que desempeñan, no es justo extiendan ese odio a los obreros *socialistas* y a una Rusia socialista; que los intereses económicos y el instinto y la consciencia internacional y democrática exigen el urgente establecimiento de la confianza entre (y la amalgama de) todas las naciones en una sociedad socialista».

En septiembre de 1919, envuelta todavía la Rusia soviética

en una guerra desesperada, Lenin hablaba a las mujeres sobre su posición de «real inferioridad por serles confiada la atención de las labores domésticas [...], el trabajo más arduo, más bárbaro e improductivo que quepa imaginar», que es «enormemente insulso y tonto y no tiene nada que favorezca el desarrollo de las mujeres». A Clara Zetkin le comentó Lenin con mal humor «la tranquila complacencia de los hombres que ven cómo las mujeres se destrozan en la estúpida y monstruosa labor doméstica, cómo disipan y derrochan sus energías y su tiempo, cómo se empequeñece y atrofia su entendimiento, cómo sus corazones van latiendo con menos fuerza y su voluntad se mengua». En el debate en torno a la agricultura colectiva, Lenin volvía sobre este tema, como un argumento más a favor del nuevo sistema: «... la economía del pequeño campesino significa hogares pequeños y separados, con las mujeres encadenadas a ellos». Llamaba a las mujeres mismas a que se pusieran al frente en la lucha por establecer las instituciones comunales que contribuirían a su liberación de esa carga y a convertirlas en ciudadanos libres e iguales.

Un comienzo bastante modesto; pero son estos pequeños y concretos comienzos lo que luego más se recuerda, como decía Lenin a los maestros de escuela al exaltar la gran dignidad del papel que les correspondía en la creación de una sociedad socialista; y terminaba diciéndoles que «lo más importante de todo, absolutamente lo más importante de todo es mejorar vuestra posición material». En la sociedad prerrevolucionaria, la posición del maestro había sido tan baja que sin la frase final todo lo demás habría sido puro verbalismo. Una de las pocas ocasiones no políticas en que se recuerda que Lenin perdiera los estribos fue con el padre de un niño; sostenía aquél que a un

chico sano no le perjudicaba nada cansarse. Lenin se había bajado de su bicicleta para ayudar al pequeño a subir una cuesta y le espetó al padre: «A tipos como usted no habría que permitirles en absoluto tener hijos».

IV

En tercer lugar, Lenin puso todas esas cualidades —decisión, realismo, sentido común, voluntad, tenacidad— al servicio único de la Revolución rusa, unas cualidades generalmente ausentes en los intelectuales prerrevolucionarios a los que tanto ridiculizaba Chejov. En el Congreso de Londres de 1903, un adversario político se quejó a Lenin: «¡Es opresiva la atmósfera en este congreso! ¡Con todas estas discusiones, esta agitación de unos contra los otros, estas controversias ofensivas, este comportamiento sin compañerismo!». «¡Qué magnífico congreso estamos celebrando! —replicó Lenin—. Hay un debate franco y libre. Se han expuesto opiniones diversas. Sombras de desacuerdo han quedado iluminadas. Hay grupos que han tomado forma. Ha habido votaciones a mano alzada. Se ha llegado a acuerdos. Hemos superado un estadio. ¡Adelante! ¡Esto es lo que vale para mí! ¡Esto es la vida! ¡Qué diferente de ese inacabable cotorreo lógico, aburrido y sin fundamento de vuestros intelectuales, que no se marchan porque la cuestión haya quedado zanjada, sino porque están demasiado cansados para continuar…!» Después de este Congreso, Lenin se quedó casi solo frente al resto de dirigentes emigrados y contra los cinco restantes y antiguos colegas en la dirección de *Iskra*, personas mucho más viejas que

él, nombres de gran relieve en el movimiento revolucionario ruso. Imperturbable y confiado sobre todo en el apoyo del interior del país, escribió *Un paso adelante*, *dos pasos atrás*, donde proclamó: «Sería cobardía criminal dudar siquiera un instante del inevitable y completo triunfo de los principios de la socialdemocracia revolucionaria, de la organización proletaria y de la disciplina del partido». «¿Qué quieres hacer con un hombre así?», preguntaba el menchevique Dan. Para tal confianza en sí mismo sólo hay una justificación: el triunfo.

Catorce años después, en junio de 1917, el líder menchevique Tsereteli, lleno de dignidad y empaque ministerial, dijo en el Primer Congreso de los Soviets que no había un solo partido en toda Rusia que quisiera tomar él solo todo el poder. «¡Eh, sí lo hay! —le gritó Lenin desde las últimas filas—. Nuestro partido está preparado en todo momento para tomar todo el poder.» Hubo muchas risas; pero Lenin conocía perfectamente cuáles eran las posibilidades reales. Lo que más aborrecía eran los revolucionarios que, en lugar de calcular sobriamente las realidades de cada momento y situación, preferían «el vigoroso flamear de pequeñas banderas rojas». «Lanzarse a una guerra revolucionaria socialista sin ferrocarriles sería una siniestra traición» —decía a los románticos seguidores de Trotski durante las negociaciones de Brest-Litovsk—. «Me horroriza totalmente —escribió a los líderes del partido en Rusia, en 1905— que la gente pueda ir hablando de bombas durante más de seis meses sin haber fabricado ni una sola.» «La insurrección es un arte», proclamaba Lenin en cada ocasión propicia, un arte que él estudiaba con su habitual minuciosidad. Las tácticas de Octubre —la ocupación de la Telefónica y la Oficina General de Correos, de puentes, estaciones de ferrocarril y la planta de energía, y por

encima de todo, el mantenimiento de una ofensiva vigorosa— se basaban en las conclusiones a que había llegado Lenin tras estudiar la revolución de 1905 y los manuales militares de las bibliotecas de Ginebra.

He dado ya muchos ejemplos de la asidua atención de Lenin al detalle. Corregía personalmente las pruebas de *Iskra* para tener la seguridad de que no se deslizasen erratas. En 1917, tan pronto como tuvo noticia de la Revolución de Febrero, Lenin escribió a Aleksandra Kollontai, en Suecia, para darle sus opiniones sobre las tácticas que debían adoptarse en lo sucesivo; no dejó de señalar que los servidores domésticos podían interesarse ahora por la política. En los febriles días inmediatamente posteriores a la Revolución de Octubre, Lenin halló un momento para entrevistarse con un hombre totalmente desconocido que venía a verle con propuestas para una cooperativa de productores; y se acordó de preguntar a la persona a quien encargó del asunto qué medidas se habían tomado. Cuando Gorki preguntó a Lenin de dónde sacaba el tiempo para preocuparse de mejorar el servicio de comidas en la cantina del Kremlin, le replicó en tono embarazoso: «¿Se refiere usted a la alimentación racional?», como si la evidente importancia de la pregunta fuese una respuesta en sí misma. Durante la guerra civil, un paisano desconocido que se unió a un grupo de expertos militares para examinar una pieza de artillería antiaérea les impresionó a todos por sus conocimientos técnicos: más se impresionaron aún al descubrir que el paisano en cuestión era Lenin. No mucho antes de que cesara totalmente su tarea política activa, en enero de 1922, Lenin escribió al director de un periódico dirigido a campesinos pobres preguntándole cuántas cartas se recibían de los campesinos y a qué temas se referían; y pidió que semejante información se le

enviara bimestralmente.

A pesar de toda la atención que Lenin ponía en la teoría, en ocasiones ostentaba un campechano empirismo al actuar. Citó en una ocasión la frase de Napoleón «*On s'engage, et puis on voit»;* como podía haber citado la observación atribuida a Cromwell: «Nadie llega tan alto como el que no sabe adónde va». «Como si uno pudiera comenzar una gran revolución y saber de antemano cómo podrá completarse», dijo Lenin en otra ocasión. El 27 de noviembre de 1917, parafraseó la famosa sentencia cromwelliana —«Confía en Dios y mantén seca la pólvora»— en respuesta a un orador social-revolucionario de izquierda que había manifestado que la obra de la Asamblea Constituyente dependería de la reacción del país. «Pero yo digo, "Confiad en esa reacción, pero no olvidéis los fusiles".» Cromwell y Napoleón son los hombres de acción con quienes es más natural comparar a Lenin, si bien su período de auténtico poder fue más breve que el de ellos. Pero Lenin era lo que no eran ni Cromwell ni Napoleón: un pensador. Nadie desde Calvino ha combinado así ambos papeles. Lenin tenía profunda consciencia de su deuda para con el pasado, tanto el pasado ruso como el pasado de la civilización europea occidental tal y como lo había interpretado Marx. Habló severamente a jóvenes comunistas entusiastas que hacían tan poco caso de la «cultura burguesa» como de los bárbaros métodos educativos zaristas: «Debemos comprender que en lugar del viejo sistema de enseñanza, el viejo empacho pedagógico, la antigua disciplina propia de una plaza de armas, hemos de conseguir la habilidad necesaria para posesionarnos del compendio de los conocimientos humanos, de tal forma que el comunismo no sea para vosotros algo que se aprende de memoria, sino algo que hayáis reflexionado vosotros mismos,

conclusiones que aparezcan irresistibles a la luz de la educación moderna».

No obstante, al mismo tiempo Lenin era tolerante con la intolerancia de los jóvenes, y con los a veces impetuosos experimentos que florecieron en los primeros años de liberación de la censura zarista y la ortodoxia eclesiástica. Empleó palabras que nos ayudan a comprender mucho de lo sucedido desde sus tiempos en el mundo del arte y la literatura soviéticos. «El fermento caótico, la búsqueda febril de nuevas soluciones y nuevas divisas, el Hosanna para ciertas tendencias artísticas y espirituales de hoy, el ¡"crucifícales" mañana!, todo ello es inevitable.»

Las propias preferencias de Lenin en la literatura se dirigían a los maestros clásicos: no admiraba la poesía declamatoria experimental de Mayakovski, por ejemplo, aunque le respetaba por su influencia en la generación más joven. No se preocupaba de los círculos literarios. «No es importante lo que da el arte a unos cientos o miles de una población tan grande como es la nuestra. El arte pertenece al pueblo. Ha de tener sus raíces más profundas en la amplia masa de los trabajadores. […] Para que el arte llegue al pueblo, y el pueblo al arte, debemos en primer lugar elevar el nivel general de educación y cultura.» La incuria del antiguo régimen por la educación y la imposibilidad de remediar el problema durante la guerra civil habían sido «un cruel crimen contra la felicidad de la nueva generación».

El propio pensamiento de Lenin, por lo menos según se revela en sus escritos, fue siempre estrictamente funcional. Ni siquiera Marx perdió menos tiempo en especulaciones sin importancia. No hallamos digresiones en las obras de Lenin; ni pérdidas de tiempo con alusiones de pasada; no hay relajación: su

obra más original está elaborada usualmente en forma polémica, de modo que no siempre es fácil su lectura hoy. La amplia reflexión de Lenin llega en chispazos ocasionales, cuando de repente una visión del futuro le parece de uso práctico inmediato. Cuando hablaba sobre el comercio exterior bajo la NEP, Lenin dijo inesperadamente: «Cuando triunfemos en todo el mundo creo que utilizaremos el oro para construir urinarios públicos en las calles de algunas de las mayores ciudades», pero entonces era preciso hacer importaciones. Cuatro años antes de la Revolución, Lenin se ocupó seriamente de la gasificación subterránea del carbón; desde la implantación del poder soviético, se llevaron a cabo experimentos para poner fin a la fatigosa tarea del minero. El socialismo era para Lenin sobre todo una organización más racional de la sociedad, en la que no se desperdiciara la energía humana, en la que no se frustrara o se aplicara erróneamente el esfuerzo humano. Sólo un orden socialista podía llevar plena libertad humana a más que una minoría de la población.

En las escasas ocasiones en que Lenin discutió «la fase superior de la sociedad comunista» lo hizo con prudencia casi exagerada. Consideraba que tal estadio sólo se alcanzaría cuando hubiera desaparecido «la antítesis entre trabajo intelectual y físico… una de las fuentes principales de la moderna desigualdad *social*». Pero se negaba a discutir cuándo o cómo ocurriría esto, «ya que no disponemos de bases que nos permitan responder a tales preguntas». «Jamás ha entrado en la cabeza de ningún socialista "prometer" que llegará la fase superior del comunismo.» Al *prever* su advenimiento los grandes socialistas «presuponían tanto una productividad del trabajo distinta de la actual como un ser humano distinto del que está hoy presente en

la calle». Pero cuando se llegue a esta fase, «el “estrecho horizonte de los derechos burgueses”, que le empuja a uno a calcular, con la mezquindad de un Shylock, si no ha trabajado media hora más que otro —si no va a cobrar menos que otro—, este estrecho horizonte quedará abandonado. La sociedad no necesitará entonces hacer un cálculo exacto de la cantidad de productos que debe distribuir a cada uno de sus miembros; cada uno los tomará libremente “de acuerdo con sus necesidades”».

V

Finalmente tenemos a Lenin, el patriota ruso. Hoy día solemos apreciar más el aspecto patriótico de la Revolución rusa, pero es ésta una cuestión de la que los ciudadanos soviéticos siempre han sido conscientes. La revolución liberó a Rusia del dominio y la explotación extranjeros, la dotó de una política exterior independiente, derrotó al invasor extranjero y creó la poderosa URSS de hoy a costa de muchos sufrimientos. Ya en 1931, el príncipe Mirski advirtió que la aceptación patriótica de la política soviética llevó a los emigrados a un estudio más cuidadoso de la Revolución rusa y de su líder, y le condujo a la conclusión de que era imposible aceptar la Revolución de Octubre sin aceptar las ideas de Lenin. La Revolución rusa fue la revolución de Lenin.

A pesar de sus años de exilio y de su internacionalismo, Lenin no era cosmopolita. Tenía una afición y un orgullo muy especiales por la literatura rusa, especialmente por Chernichevski y Tolstoi. La propia prosa de Lenin es un modelo de eficiencia y

precisión. Sus escritos no contienen fuegos de artificio sobre el patriotismo, ya que había demasiados al otro lado de las barricadas. Pero estaba dispuesto en ocasiones a «arrastrarse por el fango» si así lo requerían los intereses de Rusia y de la Revolución, como cuando fue en persona a la Embajada de Alemania para ofrecer disculpas por el asesinato del conde Mirbach, a quien había dado muerte un social-revolucionario con la esperanza de enfrentar al gobierno soviético con Alemania.

Sobre todo se identifica a Lenin con la reconstrucción económica y política de la URSS, con la construcción del socialismo. Su esposa dijo después de su muerte: «No expreséis vuestra profunda y enorme pena en honores externos a la personalidad de Lenin, en monumentos en su memoria y en ceremonias suntuosas —todo lo que en su vida valoró tan poco y le parecía tan fastidioso—. Recordad cuánta pobreza y desorden hay todavía en nuestro país. Si deseáis honrar el nombre de Lenin, edificad asilos, guarderías, escuelas, bibliotecas, hospitales, sanatorios, y por encima de todo: tratad de hacer aquello que él hubiera hecho».

He tratado de sugerir lo que significó Lenin para la aplicación del marxismo a la específica situación histórica rusa, al tratar de los principales problemas que tuvieron que afrontar los bolcheviques. Su grandeza reside en que él representó perfectamente el punto de intersección entre lo viejo y lo nuevo, entre Rusia y Occidente, entre el campesino y el socialista. A diferencia de la corte zarista progermana, de la aristocracia francoparlante, de los *cadets* anglófilos, a diferencia incluso de los teóricos occidentalizantes del movimiento revolucionario —los mencheviques y Trotski—, Lenin conocía a las gentes rusas y valoraba sus tradiciones. Así pudo arrastrar a las masas. Pero por

otra parte, a diferencia de los eslavófilos y los *naródniki*, no menospreció los logros de la ciencia y el pensamiento occidentales. Cuando se procedió a la preparación de un código que recogiera las leyes soviéticas, Lenin escribió al encargado del borrador: «Toma inmediatamente toda la bibliografía existente y considera la experiencia de los países de Europa occidental. Pero no te pares ahí (eso es lo más importante). No te quedes satisfecho con "Europa"; ve más allá… No pierdas la menor oportunidad de intensificar la injerencia del Estado en las relaciones de propiedad privada».

Fue por su marxismo por lo que Lenin obtuvo el triunfo donde el terrorista *naródnik* Zheliabov fracasó, en «dar un empujón a la historia». Para la vieja Rusia fatalista, con sus filosofías de pasividad y sufrimiento, la revolución le llevó la tremenda esperanza de que los hombres podían controlar sus propios destinos.

Con Gorki, el más grande escritor ruso contemporáneo, que fue también su amigo íntimo, Lenin discutió frecuentemente durante su última enfermedad el sentido de la revolución que había sido la tarea de su vida. Gorki señala una observación tomada de una de estas conversaciones que podría constituir el epitafio de Lenin. Hablando de la generación soviética creciente, dijo Lenin: «Sus vidas serán mucho más felices que las nuestras. No tendrán que experimentar mucho de lo que nosotros hemos sufrido. No habrá tanta crueldad en sus vidas… Y, sin embargo, no les envidio. Nuestra generación consiguió algo de asombrosa significación en la historia. La crueldad, que hicieron necesaria las condiciones de nuestra vida, será comprendida y justificada. Todo será comprendido, todo».

CAPÍTULO IX

EL SIGNIFICADO DE LA REVOLUCIÓN RUSA

> No copiéis nuestras tácticas, pero considerad las razones por las que asumieron esas características peculiares, las condiciones que las determinaron y sus resultados.
>
> LENIN, a los comunistas caucasianos,
> abril de 1921

I

La disolución de la Internacional Comunista en mayo de 1943 pareció proclamar que la Revolución rusa no era susceptible de exportaciones y subrayar su carácter nacional. No obstante, no hay duda alguna de que la influencia de la URSS y del comunismo es mucho mayor hoy que en tiempos de la muerte de Lenin: han adquirido el prestigio del éxito demostrado. La Revolución francesa, única efeméride histórica comparable, no produjo organización internacional alguna, y sin embargo su influencia fue mundial y duradera. Algo parecido puede suceder con la Revolución rusa, con o sin una Internacional Comunista, ya que hay problemas en el mundo

para los cuales la experiencia de esta revolución ofrece una esperanza de solución.

¿Cuáles serán las probables influencias a largo plazo de la Revolución rusa? Es todavía demasiado pronto para tratar de hallar una respuesta final a esta pregunta, aquí y allá he indicado a lo largo de este libro cuáles pueden ser algunos de los efectos de la revolución. Pero tal vez sea conveniente hacer ahora un resumen.

En primer lugar, la experiencia soviética en llevar la civilización moderna a pueblos atrasados, y especialmente el desarrollo del sistema soviético y de las granjas colectivas como medios de autogobierno para los pueblos agrícolas, puede tener enorme influencia en la Europa oriental, en Asia y quizás finalmente en África y Sudamérica.

En segundo lugar, la URSS ha demostrado en la práctica que el socialismo es un sistema que puede funcionar incluso bajo las condiciones menos prometedoras, y el sistema soviético de partido único ha presentado ante todos los países altamente industrializados del mundo una solución posible para el conflicto entre la planificación económica y la libertad política. Se hace cada vez más evidente que la libertad absoluta de la empresa privada es incompatible con la demanda del ciudadano medio de liberarse de la pobreza y del temor. La consecución de una planificación racional, de pleno empleo y de seguridad económica universal en la URSS ha establecido ya unos patrones con los que tiene que contar el resto del mundo. El ejemplo del socialismo soviético puede tener los efectos más incalculables en todos los países durante un período muy largo de tiempo, incluidos aquellos países de Europa occidental y de América del Norte donde las técnicas de gobierno soviéticas tienen menos

probabilidades de ser adoptadas en su totalidad.

Finalmente, y para reforzar ambos puntos, la Revolución rusa ha demostrado que la gente común de la tierra (y, desde luego, la que poblaba un país muy atrasado) puede asumir el poder y dirigir el Estado con mucha mayor eficacia que sus «mejores». Desde este punto de vista, cada victoria del Ejército Rojo en la última guerra contra Alemania fue más provocadora que un montón de manifiestos publicados por la Internacional Comunista.

Lenin sustentó este principio en el artículo «¿Conservarán los bolcheviques el poder político?», que escribió unas tres semanas antes de la Revolución de Octubre: «Aún no hemos visto la fuerza de resistencia de los proletarios y los campesinos pobres. La plena medida de esta fuerza sólo será revelada cuando pase el poder a las manos del proletariado, cuando decenas de millones de personas que fueron oprimidas por la miseria y la esclavitud capitalista vean por su propia experiencia, *sientan* que el poder del Estado ha pasado a manos de las clases oprimidas. […] Sólo entonces seremos capaces de ver qué desatadas fuerzas de resistencia al capitalismo están latentes en el pueblo, […] que hasta entonces estuvo políticamente aletargado, languideciendo en la pobreza y la desesperación, perdida la fe en sí mismos como seres humanos, en su derecho a vivir, en la posibilidad de que a ellos también les sirviera la fuerza total del Estado centralizado moderno».

Las victorias del Ejército Rojo en 1918-1921 y 1941-1945 hicieron realidad el sueño de un inglés que, trescientos años antes, dijo que si en una sociedad comunista «un enemigo extranjero intenta penetrarla, nos alzaremos todos en mutuo consenso para defender nuestro patrimonio, y seremos fieles unos

a otros».[1] A un soldado desconocido de la División 548 se le oyó decir lo mismo justo antes de la Revolución de Octubre: «Cuando la tierra pertenezca a los campesinos, las fábricas a los obreros y el poder a los soviets, entonces sabremos que tenemos algo por lo cual luchar y lucharemos por ello».

II

Me remito continuamente a esta característica de la Revolución rusa, que levantó al pobre y al oprimido y mejoró su suerte en las cosas diarias de la vida. Esto es lo que más impresiona en los relatos contemporáneos de la revolución y esto es lo que probablemente será su efecto más divulgado y duradero, pues la vida diaria representa todavía mucho más para el pobre y el oprimido, que constituyen aún la mayor parte de la población del mundo. La mejor imagen de la revolución que conozco aparece en una narración escrita por un hombre muy sencillo que, por una serie de circunstancias, se vio enviado como comisario soviético a un distrito rural en la lejana isla oriental de Sajalín. Allí le dijo un viejo campesino en un mitin: «Oiga, señor, hemos oído rumores de que hay guerra en Rusia entre el pueblo ruso, entre unos a quienes llaman bolcheviques y otros a los que se conoce por blancos. Dicen que los bolcheviques luchan por el pueblo para que nunca más haya zar y para que se arrebate la tierra a los señores y sea repartida entre los campesinos; no comprendemos gran cosa de todo eso. ¿Querría explicárnoslo?». Otro campesino, un convicto exiliado, dijo: «Habría sido bonito que el zar hubiese repartido la tierra a los

campesinos. Recuerdo que en mi pueblo, en Rusia, en mis tiempos, solía decirse que algún día se repartiría la tierra, pero nunca llegaron a dárnosla». El comisario, que estaba muy lejos de ser bolchevique, concluyó: «Había excitación general. Todo el mundo hablaba, y pude observar que pensaban que algo nuevo había sucedido, a partir de lo cual iban a vivir mejor».

Esto es lo que significa la revolución.

NOTAS

[1] Seguiré utilizando las expresiones marxistas «revolución burguesa» y «revolución proletaria» por su convincente valor de síntesis.

[2] «¿Puedes tú comprender que un hombre [el Gran Duque Nicolás] que se convirtió en vulgar traidor a un hombre de Dios pueda estar en Gracia y ser buenas sus acciones?» La sintaxis y la puntuación son de la zarina, la cual escribía en inglés, pero pensaba en alemán.

[1] Lenin, siguiendo a Berkeley, definía el idealismo en sentido filosófico como la doctrina que «sostiene que los objetos no existen "sin el pensamiento"; que los objetos son "combinaciones de sensaciones"». Al idealismo filosófico Lenin opuso el materialismo, con su «reconocimiento de la existencia de "objetos en sí mismos" o fuera del pensamiento; ideas y sensaciones son copias e imágenes de esos objetos».

[1] La Primera Internacional, fundada por Marx en 1864, tocó a su fin tras la derrota de la Comuna de París, en 1871.

[1] Ed. Hamilton, *Selections from the Works of Gerrard Winstanley*, p. 103.

La revolución rusa
Christopher Hill

Título original: *Lenin and the Russian Revolution*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: © Everett Historical / Shutterstock.com

Traducción de Ángel Abad

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-344-2535-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Ātona-Víctor Igual, S. L.

Índice